

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

MANUEL T. PODESTÁ

DELFINA



BUENOS AIRES
1917

DELFINA

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

MANUEL T. PODESTÁ

DELFINA



BUENOS AIRES
1917

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

DELFINA

A LAS MAESTRAS

Estas páginas, escritas para vosotras, encierran un episodio de la vida real. Delfina ha sido y será siempre vuestra compañera. El destino le señaló la vía dolorosa en el alba sonriente de su juventud. Ella la afrontó con valor, con la fe inconmovible de sus principios y pudo triunfar. Triunfar del dolor sentido con toda el alma para renacer a una existencia ya sin juventud, sin ilusiones, sin la promesa halagadora del porvenir. Vaso purísimo de alabastro que se rompe—la obra perfecta de Fidias que concluye—, fragmentos que valen un tesoro, pero ya

sin la visión de la belleza, de la inspiración genial —forma sublime perdida para siempre—, polvo sagrado que se guarda en los viejos cofres como las reliquias, como las cenizas de los muertos.

Todo lo demás es vulgar, monótono, sin poesía. Después el sacrificio, el deber como una compensación a esa nueva existencia siempre igual, tranquila, apacible, fecunda como el riego que da vida a la planta. Aguas que corren como una vertiente sagrada llevando en su seno todos los gérmenes bienhechores y que ustedes reparten a diario en la labor simpática de la escuela—. ¡ Delfina !

Más allá el sacrificio, la supresión de la personalidad social—una silueta luminosa que irradia consuelos y calmas—, una mano blanca, delicada, con tonalidades de marfil antiguo, pero vigorosa y firme que levanta a los caídos, a los inermes, a los vencidos. Siempre en la brecha. El sagrado paño de la Verónica que no se cansa de enjugar lágrimas. Un eco de amor que impregna el alma del desvalido y le hace ver por las rendijas del tugurio un retazo de azul con franjas de oro ; un rayo de esperanza que

le hace exclamar en la suprema desesperación del abandono : yo también soy criatura de Cristo con todas las ansias de las almas desoladas.

El ángel del bien llama a las puertas de tu mísero hogar ; te trae el pan que has pedido en tu invocación mística. Un consuelo para tu existencia desorientada en la eterna lucha—. ¡ Sor Josefa !

I

Sentada delante de una pequeña y artística mesa de escritorio, apoyando en ella los codos, en tanto que sus manos blancas y de dedos afilados rodean la cabeza como un casco de marfil, Julia Morán, torturada por un pensamiento íntimo, por un dolor que se ha adueñado de su corazón y que lo rasguña minuto por minuto como una crisálida que pugna por salir de su envoltura, lanza a intervalos suspiros profundos y quejumbrosos acompañados de monosílabos que parecen el murmullo de una plegaria.

Largo rato había permanecido en esa actitud de meditación, cuando de pronto, con un movimiento brusco que revelaba la nerviosidad de que estaba poseída, abandonó el asiento y dirigiéndose al balcón que tenía vistas al poniente, separó los visillos de fina batista recamada, y comprimiendo su frente contra los cristales, se

complacía en renovar, cambiando de sitio, la grata impresión de frío que le producía ese contacto.

Esa sensación de bienestar la indujo a levantar sus brazos en alto, aplicando también las palmas sobre el cristal. Estando así, habíanse corrido las mangas de su ligero traje de muselina dejando ver las desnudeces de sus lindos brazos torneados, en uno de los cuales ostentaba una valiosa pulsera: una hermosa cadena de zafiros engarzados con platino y sujeta con un broche de diamantes.

Julia Morán era indudablemente lo que puede llamarse una linda muchacha: de porte distinguido, garbosa en el andar, con flexibilidades voluptuosas en el estrecho talle, alta, esbelta, con una hermosa cabeza de Diana, bien plantada, sobre un cuello largo y arqueado, poblado en la nuca de rizos con reflejos de acero que caían sobre su espalda amplia y robusta, digno *pendant* a un seno levantado y marmóreo.

Habituada a todos los refinamientos de la sociedad aristocrática, con una educación esmeradísima, era así, por todas estas cualidades y por su origen, un ejemplar completo de la niña de salón.

A todas estas ventajas debemos agregar el timbre de su voz sonora y armoniosa como no-

tas musicales que daba más atractivo a su persona. Pero, lo que hacía relieve en la mímica de su fisonomía de líneas correctas era la expresión intensa de su mirada, serena, escudriñadora, penetrante, cual si quisiera adivinar en todo momento el pensamiento de los demás.

Para un psicólogo, habría sido la revelación de un carácter firme, resuelto y dispuesto a vencer las dificultades que entorpecieran la realización de sus deseos.

No podía llamarse voluntariosa porque la educación la hacía razonable, y es por esto por lo que en más de una ocasión se veía forzada a recurrir a esos frenos de cultura para disimular las impetuosidades que podrían presentarla como ligera e irreflexiva.

Precisamente en el momento en que la encontramos, encerrada en su habitación, se había impuesto ese aislamiento para combatir uno de los tantos episodios de crisis nerviosa que la dominaban cuando era presa de una intensa contrariedad.

Huérfana, sin fortuna, vivía con su hermanito Emilio, al lado de su tía la señora Eleonora de Morán, que se había hecho cargo de su educación desde el día que perdieron sus padres. Poco había disfrutado de los afectos tiernos de una madre, y por más que su tía, que era toda una

dama distinguidísima, hubiese hecho por ella cuanto le fuera posible para ocupar en su corazón, los afectos perdidos, Julia se había penetrado y no pocas veces con disgusto de que, si bien tenía cariño y gratitud por su parienta, faltaban a ese cariño el calor y la espontaneidad que hubiera experimentado en el propio hogar. Es que el cariño de la madre no se reemplaza. Muchas veces, cuando una nube de tristeza obscurecía el horizonte siempre iluminado de sus días felices, solía exclamar : «¡ Ah ! Eleonora es muy buena, muy afectuosa... pero muy convencional. Su cariño me lo administra por dosis como los remedios». El temperamento de ambas tenía puntos de contacto : en el fondo de esa bondad, de esa afección, de esa comunidad de ideas y de sentimientos, había una gota amarga de egoísmo recíproco que producía en ellas temporadas de enfriamiento y de indiferencia, cual si fuesen personas extrañas obligadas por una circunstancia cualquiera a vivir bajo el mismo techo.

—¡ Qué hermosa tarde ! — exclamó Julia sin abandonar la actitud en que la habíamos dejado, y mientras abarcaba con su pupila la vasta llanura que se extendía ante su mirada y que constituía una parte de la valiosa posesión de su tía

y en la que pasaban todos los años los meses de calor.

Desde el balcón donde se había instalado Julia, se divisaba la campaña uniforme, lisa como un tapiz de verdura; en el fondo un gran bosque que parecía cortar el cielo con curvas caprichosas y en ese momento con una orla dorada por los reflejos de los últimos rayos del sol poniente.

La casa, sin ser una obra artística, presentaba un conjunto armónico en su distribución apropiada; su amplitud y las líneas bien estudiadas de su perspectiva y orientación la revestían con todos los contornos de una mansión señorial. Rodeada por un extenso parque que circundaba los bien trazados jardines que se extendían en vastas terrazas de un verde cambiante según la hora y los reflejos de luz que le imprimían entonaciones y matices tan variados que no pocas veces servían a Julia para combinar los colores de su paleta. Porque era también artista y de buena escuela.

En esa actitud, distraía su atención ora en un punto, ora en otro del variado panorama campestre que tenía por delante; pero su mirada inquieta se detenía con más insistencia sobre una elevación del terreno, allá en el fondo, cerca del bosque, límite de los dominios de la señora de

Morán. En ese sitio estaba la tranquera que daba acceso al parque, y era allí precisamente donde su mirada escudriñadora esperaba divisar algo que parecía interesarle.

En ese momento, un pequeño reloj de fantasía que estaba colocado en la repisa de su artístico escritorio hizo oír las horas. Julia giró su linda cabeza hacia el sitio donde vibraba el timbre con sonidos metálicos y de eco prolongado, y con cierta amargura exclamó lentamente, contando una por una las vibraciones: «¡ Las seis !...» «No puede tardar» agregó, y volvió a su actitud aplicando de nuevo la frente sobre el frío cristal del balcón. Pero, no bien se había apoyado, cuando se retiró de pronto para dejarse caer en un sillón como una persona que ha presenciado un espectáculo capaz de producir una impresión angustiosa. «¡ Ah ! Ella, otra vez allí con el pretexto de pasear a Emilito... ¡ Malvada ! y cómo sabe disimular. Cómo juega hábilmente la comedia de una humildad que no tiene y de una simpatía que no siente... ¿La presa te seduce, no?... Pero ¡ ya verás cómo te desalojaré del nido que has venido preparando con tanta cautela e hipocresía !»

Dichas estas palabras que envolvían un sentimiento de reproche, de encono y de amenaza, Julia se levantó bruscamente del sillón, to-

mó de su pequeño escritorio un espejo encuadrado en un marco de plata repujada, una verdadera joya de orfebrería estilo Renacimiento, se miró, dió a su semblante la expresión mímica, ora del enojo, ora de la placidez más engañadora, sonrió, dando a los labios rojos la voluptuosa expresión de un beso, alisó las hebras desordenadas de los cabellos, y contemplando extasiada como Narciso la blancura de su cuello, se sintió satisfecha porque se veía linda, joven y con atractivos que sabía esgrimir oportunamente como armas irresistibles para obtener cuanto su corazón anhelaba.

Eligió después de entre un soberbio ramo de rosas blancas que había recogido esa mañana y arreglado con gusto insuperable en un artístico vaso de cristal y ónix, la más fresca y fragante y la colocó con gracia exquisita en medio del seno. Volvió a contemplarse en el espejo y, exhalando un suspiro prolongado, exclamó: «Así, como esta rosa que descansa sobre mi pecho, quisiera sentir sobre él, el calor de su linda cabeza...» Ansias de púdica Salomé que hicieron brillar sus ojos con asaltos de voluptuosidad... «Estas rosas—exclamó después de haber quedado largo rato pensativa cual si la dominara un pensamiento íntimo—son sus flores predilectas» y desprendiendo de nuevo la que

había colocado en el seno, aspiró con arrobamiento su delicado perfume y, después de besarla repetidas veces, volvió a sujetarla con el broche de oro que unía las blondas finísimas de su corpiño—. «¡ Ah ! pronto morirás... así mueren y desaparecen las gratas ilusiones y las cosas más bellas que amamos en la vida como esta rosa depositaria de mis secretos...» Después, sus palabras se hicieron ininteligibles, el murmullo de su voz tenía rumores de colmena...

—¡ Valor !—exclamó de pronto interrumpiendo su monólogo y empezó a percutir con las yemas sonrosadas de sus dedos afilados con golpecitos rítmicos esas mismas blondas un tanto rebeldes y desordenadas, hasta imprimirles pliegues simétricos, con la atención y la maestría con que el escultor modela la pasta dócil de una «maquette». Dirigió una última mirada al espejo, y sus labios se entreabrieron como pétalos, en una sonrisa de satisfacción y de orgullo. Su semblante era en ese supremo momento un cartel de desafío... Y engreída, arrogante, animada su belleza con la excitación de un estímulo nervioso que la había dominado durante todo el día y que se había exacerbado en presencia de la visión que cruzara ante sus ojos en el jardín, al pie del balcón donde había permanecido en acecho, abandonó la habitación haciendo oír soni-

dos guturales que salían de su garganta cual si fueran amenazas.

Al verla así, en el arranque que imprimió a su persona y por la manera brusca con que arrojó el espejo sobre el sillón, parecía la encarnación de una artista que abandona contrariada su camarín ante las exigencias de un público impaciente que la reclama.

Es que, ella también, en ese momento de ansiosa expectativa, llevando en sus labios una dulce sonrisa y en el corazón la garra de garfios afilados que se hunde sin piedad en la carne palpitante, tenía que fingir, ocultar el dolor, sonreír, y representar así un cruel episodio en esta eterna comedia de la vida.

II

... ...

—Pobrecita Delfina, siempre tan buena y cariñosa con su viejo padre—decía emocionado y con temblor senil en los labios el anciano maestro de música don Anselmo Dervil paseándose lentamente a lo largo de su habitación mientras comprimía con su diestra una carta que acababa de recibir, y de la cual se había impuesto en parte.

De trecho en trecho interrumpía su paseo para continuar la lectura; pero, en ciertos momentos, nublábasele la vista con lágrimas que en vano se esforzaba por contener, y entonces limpiaba los vidrios empañados de sus anteojos, secaba las mejillas flácidas, amarillentas y descarnadas, y haciendo un movimiento rítmico de vaivén con su hermosa cabeza cubierta con una

tupida y nívea cabellera, volvía a repetir su amoroso estribillo : «¡ Pobre Delfina, qué buena es... es un ángel esa niña ! Ella no conoce más felicidad que la de amparar a este mísero despojo que va camino del sepulcro y que pronto tendrá que dejarla...» «¡ Ah ! ¿ qué será de ella cuando yo falte?» exclamó don Anselmo con la garganta anudada ahora por un sollozo que en vano trataba de contener...» «¿ Qué será de ella?» —repitió con acento angustiado mientras se dejaba caer cual una masa inerte sobre un antiguo y monumental sofá que adornaba la vivienda.

Después de un momento de silencio, comprimiendo siempre el papel de la carta con la diestra, con el cuerpo encorvado hacia adelante, la palma izquierda apoyada en la mejilla haciendo puntal del codo sobre el muslo para sostenerse en esa actitud de meditación y de desconsuelo, don Anselmo dirigía sus miradas por encima del disco de oro de sus anteojos y contemplaba con los ojos fijos y con expresión de arrobamiento el retrato de una linda mujer, joven, y de tipo distinguido. Un óleo de buena factura encuadrado en un marco de ébano tallado, una verdadera pieza artística que representaba a su inolvidable compañera muerta en plena juventud. «Ella también era hermosa y buena ; era todo

para mí; era el ensueño de mis horas felices, el estímulo que había encontrado en la vida para luchar con fe y con entusiasmo, ¡ah!, qué poco debía durarme esa felicidad. El destino lo ha querido así... cúmplase su voluntad» dijo el anciano haciendo con sus labios un pliegue que podía traducirse por una expresión de amargura y de desencanto.

—¡*Fœderis arca!*—dijo después de un momento de silencio juntando sus manos en actitud de plegaria.

»¡Oh! puedo invocarte así. Eras también digna de ese nombre, arca de mi fe, reina de mi hogar feliz, dueña absoluta de mi corazón, de mis pensamientos, de mi existencia...

»Si me oyera Delfina—exclamó después de una pausa—, seguramente se reiría con esa gracia infantil con que siempre ha procurado disipar las sombras de mis días tristes.

»Dicen que la vejez nos convierte en niños; es posible—exclamó—, ¡pero es tan dulce recordar el pasado feliz, los días alegres de la juventud, las horas fugaces de una felicidad perdida para siempre!

»En ese inventario de la existencia, archivo del pasado, nos complacemos como los coleccionistas de antigüedades en exhumar de los cofres envejecidos por el desgaste del tiempo, to-

dos los objetos que en comunidad heterogénea se guardan como reliquias. Así, al lado de una medalla que tiene siglos de existencia, encontramos el libro de páginas amarillentas con caracteres apenas inteligibles, carcomido por la polilla y por el uso, pero que de trecho en trecho, ostentan láminas grabadas de un valor inestimable, y después de la medalla y del libro, las porcelanas finísimas de fábricas extinguidas, y las tazas de plata repujada y los platos de bronce antiguo y los topacios de gran tamaño con tallas maravillosas e incrustaciones de oro que son verdaderas obras maestras, y las telas de gran valor y los manuscritos que os comprarían a precio de oro y retazos de otras telas y otras medallas y miniaturas sobre marfil y pequeños cofres de plata cincelados con incrustaciones de piedras preciosas; un nunca acabar de extraer objetos a cual más atrayente, capaz de exaltar el sentimiento de lo bello y el culto de lo antiguo. ¡ Ah ! en nuestra existencia exhumamos también como en la colección de antigüedades todas las medallas que tienen un signo de felicidad en una cara y tal vez una lágrima desecada y adherida en la otra, y en ese contraste entre la felicidad de pocos minutos y el dolor que siempre la sigue, como una persecución de mala sombra, nos deleitamos con esos

recuerdos, factores inolvidables que nos presentan las épocas pasadas con los distintivos de nuestras alegrías perdidas y nuestras amarguras.

»Y al abrir esos cofres, se exhalan los perfumes del sándalo mezclados al aliento de las telas viejísimas, porque ellas tienen vida y también respiran y se alegran cuando los rayos de luz evocan sus colores amortiguados por el tiempo y el olvido dentro de los cofres que las guardan como en una sagrada custodia, libres de las miradas profanas de aquellos que no entienden y no sienten estas bellezas».

Y al decir esto, el anciano se levantó, terminó la lectura de la carta, e imprimiendo un beso prolongado sobre el papel ya estrujado por su mano temblorosa, fué a depositarla dentro del cajón de una cómoda que hacía *pendant* con el sofá antiguo y monumental.

—¡ Pobre hija mía !...—repitió después—dulce y valiente apoyo de mi ancianidad... todo lo debo a tu ternura, todo a tu amor filial...

En ese momento, dos golpecitos discretos dados a la puerta de la vivienda le anunciaron la presencia de una visita.

Don Anselmo se apresuró a poner en orden sus cabellos rebeldes, arregló su corbata cuyo lazo se había desviado hacia el lado izquierdo del

cuello, y alisando rápidamente con sus manos temblorosas los pliegues de su levita raída y lustrosa, miró la hora de su antiguo reloj de plata sujetado a un ojal del chaleco por un simple cordón de seda. «Las once—exclamó—, es seguro que es Mariucha que viene a dar su lección... es ella, seguramente...» «Adelante» exclamó mientras se dirigía a abrir la puerta...

—¡ Delfina ! tú aquí—gritó el anciano abriendo los brazos como un Santo Cristo, y pálido y tembloroso, sin poder avanzar, esperó el abrazo cariñoso de la niña, de su hija idolatrada, a quien no sospechaba ver en ese momento.

Y la niña se precipitó sobre el pecho de su padre para recibir en la frente el beso de bienvenida, en tanto que le echaba los brazos al cuello con una efusión de cariño y de ternura que lo conmovieron profundamente.

Un largo instante permanecieron en esa actitud : ella había reclinado su cabeza sobre el pecho del anciano, y siempre con los brazos entrelazados alrededor de su cuello y sin proferir una palabra, trataba de ocultar las lágrimas que corrían silenciosas sobre sus mejillas, mientras don Anselmo comprimía su hermosa cabeza con ambas manos acariciándola como a un niño.

Cuando abandonaron esa actitud y sus ojos se encontraron para mirarse con expresión de

ternura y de cariño, el anciano sintió algo asi cual si se desgarrara una fibra dolorosa dentro de su pecho. Delfina había perdido sus colores de manzana, estaba demacrada, ojerosa y con una expresión en su fisonomía que denotaba una inmensa congoja, un dolor oculto, una angustia mal disimulada por una sonrisa que aumentaba aún más la extraña expresión de su semblante.

Ella, que era linda, de facciones dulces y suaves como las de las vírgenes soñadas por los artistas de la leyenda cristiana, se presentaba ahora transfigurada por algo íntimo; por algo que el anciano quería adivinar y que claramente decía el cambio que se había operado de una manera tan brusca en la persona de esa criatura antes tan satisfecha, tan animada, tan impregnada de alegrías ruidosas cuando visitaba al autor de sus días.

Reflejábanse en ella todas las bellezas y todas las distinciones que podían observarse en el retrato de la madre, y su parecido era tal, que hubiera podido creerse que fuera la de ella misma la imagen que se destacaba en el óleo que constituía la adoración perenne de su padre. Era una de esas figuras deslumbrantes de mujer que vistas una vez se graban en nuestras retinas como una visión ideal que podemos evocar a cada

momento. Armonioso conjunto de belleza, de sencillez y de elegancia sin ostentación. La vemos al pasar y sin quererlo, decimos al instante : esa criatura debe ser buena, afectuosa, inteligente, humilde, y ese concepto, en la rápida apreciación de su persona, se impone a nuestro cerebro como una obsesión. Y la imagen queda fijada como un recuerdo grato y desearíamos verla de nuevo y concerla y tener su amistad y oír su voz, y contemplar sus ojos grandes, de iris azul, nivelados por pestañas largas, sedosas, formando contraste por su color negro. Ojos que miran con efluvios de dulzura, con irradiaciones de alma, sombras de cosas misteriosas que os atraen inspirando simpatías que no engañan en la candorosa ingenuidad de sus veinte años.

Así era Delfina, la hija de don Anselmo, que ejercía las funciones de institutriz cerca de Emilito, sobrino de la señora Eleonora, tía de Julia Morán.

Por la carta que había recibido su padre y que había leído pocos minutos antes, estaba muy ajeno de pensar que su hija estuviera tan cerca de él ; por esto la sorpresa y el temor del anciano aumentaron aún más cuando se encontró con ella y pudo apreciar los estragos que el dolor o una enfermedad habían impreso en su sem-

blante. Su presencia en esos momentos significaba un enigma que había llevado a su corazón de padre un cúmulo de zozobras.

—Dime, ¿estás enferma, Delfina?—exclamó don Anselmo tomando ambas manos de la niña en tanto que la miraba con aire de desaliento y como queriendo adivinar lo que pasaba en su interior...

—No, papá, no; no estoy enferma... he venido a verte... a quedarme contigo algunos días, aquí a tu lado... me harás un lugarcito, ¿es verdad, papá?... ¿No te disgusta que haya venido, no?

Y al decir esto, con la voz temblorosa por la emoción, Delfina no pudo resistir el impulso emocional que la dominaba y se arrojó de nuevo entre los brazos del anciano.

—¡Disgustarme! ¡Oh Dios! Y tú lo dices, Delfina, hija mía... yo que vivo por ti, sólo por ti, pues si estuviera solo en el mundo ya mis días habrían concluído y me hubiera reunido con ella—exclamó el anciano fijando sus ojos humedecidos en el retrato de la madre.

—No hables así, papá, no, no quiero que tengas pensamientos tan tristes, no...

—Siéntate aquí a mi lado, vamos a conversar, tú tienes algo que contarme—y rodeando dulcemente con su diestra la cintura de Delfina, mien-

tras comprimía una de sus manos con la izquierda, la condujo hasta el sofá, sentándose ambos en cada uno de los extremos.

Don Anselmo retenía siempre la mano de Delfina para acariciarla como un enamorado, en tanto que le decía: «¿Por qué te demoraste en la puerta y no entraste en seguida? ¿Qué te detenía?». Con estas preguntas banales quería el anciano iniciar un motivo de conversación que lo llevara al objeto que se proponía: averiguar por qué había abandonado de una manera insólita la casa de campo de la señora de Morán, siendo así que dos días antes le escribía una carta en la que ningún párrafo se refería a su próxima visita.

Delfina miraba fijamente a su padre con aire de azoramiento cual si no comprendiera el significado de la pregunta que acababa de dirigirle. Encerrada en un mutismo que no era habitual en ella, mucho menos cuando visitaba al anciano, visitas que eran toda una explosión de júbilo, de manifestaciones de cariño, de preguntas y averiguaciones minuciosas respecto de su salud, de lo que había hecho durante su ausencia, del número de discípulos que habían concurrido a dar lección, porque don Anselmo ganaba su vida enseñando música: el piano y el violoncello, del cual era apasionadísimo; en fin,

durante los días que permanecía a su lado, era de una actividad incansable; ponía en orden la ropa, limpiaba los viejos muebles hasta dejarlos relucientes como espejos, se convertía en una verdadera ama de llaves que tenía posesión del gobierno de la casa y entre una tarea y otra palmeaba las mejillas de su padre, le daba y recibía besos cariñosos, diciéndole con amoroso acento: «Mi viejecito querido, mi papacito viejo, cuánto te quiero y cómo deseo verte feliz y contento».

Y el anciano sonreía dulcemente, sentía su corazón impregnado de legítimo orgullo y de gratas esperanzas, se emocionaba hasta derramar lágrimas que ocultaba a las miradas de Delfina, y cuando alguna vez le sorprendía así, emocionado y con los ojos brillantes, se cruzaba de brazos delante de él y con acento de sorpresa y el semblante grave y adusto, decíale: «¿Lloras?... ¿Por qué lloras, papacito? ¿Te he hecho enojar? ¿No te agrada que te haga tanto ruido, que revuelva toda la casa, que arrastre los muebles y ponga todo en desorden? ¿Te incomodo acaso?»

—Pobrecita hija mía, ¿cómo puedes pensar eso? ¿Cómo te imaginas que pueda incomodarme esa actividad tuya?... ¡Si estoy loco de alegría al verte contenta y hacendosa!

Entonces Delfina, como para recompensar tan afectuosas manifestaciones, se sentaba al piano y tocaba las mejores piezas de su repertorio, aquellas que más agradaban al anciano. Escuchábala atento llevando el compás con movimientos rítmicos de cabeza y diciendo sólo de vez en cuando: «piano... alegro... ¡bravo, bravo!», mientras doblaba con manos temblorosas las hojas del cuaderno de música, hasta que llegaba un momento en que él, en el colmo del entusiasmo, tomaba su violoncello para improvisar un pequeño concierto que completaba Delfina entonando con purísima voz de soprano las notas más bellas y tocantes. Al final el anciano soltaba el arco, aplaudía ruidosamente y cubría sus mejillas de besos y caricias.

... ...

Ahora, Delfina estaba frente a él, triste, callada, marchita como un lirio azotado por el viento, con su lindo semblante desfigurado por una pena oculta, y no sabía cómo penetrar en su pensamiento para darse cuenta del cambio que ofrecía la niña a su mirada escrutadora.

—Delfina, hija mía—exclamó después de una larga tregua de silencio, durante el cual la hermosa niña permanecía con la cabeza reclinada

sobre el respaldo del sofá, con los párpados caídos, cuyas pestañas largas y tupidas contribuían a aumentar la aureola de sombra violácea que circundaba sus órbitas—. Hija mía—repitió—, tú me ocultas algo muy importante ; tu visita en forma tan inesperada responde a algún acontecimiento que produce en ti una extrema contrariedad : dime, Delfina, sé franca con tu padre, que tanto te quiere, que sólo vive por ti, para quien tu existencia es la suya : ¿qué te pasa?

Y al decir esto se acercó a la niña, comprimió con las suyas sus manos, ahora yertas, e insistió en escuchar de sus labios una palabra que lo tranquilizara. Delfina no contestó, sólo levantó los párpados para mirar de nuevo a su padre con la misma expresión de azoramiento y de estupor cual si despertara de un sueño y se encontrara de pronto en presencia de personas desconocidas. Un momento después sus labios empezaron a moverse como para articular una palabra, y abriendo de pronto desmesuradamente sus lindos ojos en tanto que su semblante adquiría una intensa palidez, desprendió sus manos de las de su padre, que aún las comprimía cariñosamente, y haciendo un movimiento brusco con toda su persona cual si quisiera incorporarse, lanzó un suspiro profun-

do y prolongado seguido de un ¡ ay ! como de persona que experimenta un dolor irresistible, y llevando la mano al corazón cayó sobre el sofá como una muerta.

—¡ Delfina !... ¡ hija mía ! Dios mío — exclamó el anciano en el colmo de la desesperación.

Tomó una de las manos de la niña para llevarla a sus labios, pero sus piernas flaquearon y cayó de rodillas junto a ella como ante la visión inesperada de una santa.

III

El salón de la casa de campo de la señora Eleonora de Morán, había sido engalanado para una fiesta.

Celebrábase el cumpleaños de la aristocrática señora, y Julia se había propuesto festejarlo con todo el esplendor con que permitiera hacerlo la amplitud de la hermosa vivienda, generalmente monótona y solitaria en medio de los jardines y parques que la rodeaban.

Durante todo el día, acompañada de Delfina, la simpática institutriz de Emilio, que ya hemos visto en casa de su padre en una situación bien diversa, lo había revolucionado todo, disponiendo con el mejor gusto los muebles y una multitud de objetos de adorno y obras de arte que constituían la decoración de la vasta sala.

Las flores más hermosas del jardín y una colección seleccionada de plantas de invernáculo

distribuídas con el más refinado buen gusto en vistosos jarrones de fina porcelana y de cristal, producían un golpe de vista soberbio en la suntuosa combinación de tanta riqueza de arte antigua y moderna.

Cuando hubieron terminado la fatigosa tarea e invitaron a la señora de Morán a fin de que diese su fallo, la señora quedó verdaderamente encantada. «Muy bien, señoritas; muy bien», repitió contemplando extasiada aquel concierto armónico de muebles, de tapicería que parecía revivir con el brillo de sus colores apagados por el tiempo, de mármoles, de bronces, de picos, de candelabros de plata vieja con cinceladuras que eran otras tantas filigranas, y todo ese conjunto engalanado con la profusión de flores, de plantas exóticas, reflejado y multiplicado todo ello en las lunas de los grandes espejos. Aquel salón, refugio para la vejez de todos los muebles que habían sido desalojados de su palacio de la capital, le pareció en ese momento de una grandiosidad que tenía algo de solemne y casi sintió verdadero remordimiento por haber desdeñado todas aquellas riquezas de mérito incomparable, auténticas en la antigüedad, y a las cuales había clasificado con la expresión de objetos pasados de moda y alojado en su casa de campo como se aloja un inválido en un

asilo. Y, sin embargo, eran ellos por sí mismos el exponente más incontrastable de la tradicional opulencia de la aristocrática familia de los Morán.

Varias generaciones habían disfrutado de esas bellezas, no pocas y brillantes fiestas habían presenciado en su muda e inerte actuación de objetos de valor, y a ellos, como a las personas, les había alcanzado la senectud de la moda y con ella el desdén, el desalojo y el alejamiento de la ciudad para terminar la existencia en el abandono de la quinta.

Uno a uno y por series, habían ingresado en el salón donde ahora los encontramos. Primero el juego de sala compuesto de sofaes y amplios sillones tapizados con telas de damasco que sólo se encuentran en los palios y ornamentos sagrados de las viejas catedrales; después las consolas de jacarandá con tallados artísticos e incrustaciones de bronce del más exquisito gusto. Luego los espejos monumentales encuadrados en ricos marcos de estilo florentino y los jarrones de porcelana antigua de la China y del Japón y los gobelinos envejecidos por el abandono y por el desconocimiento de su verdadero mérito con dibujos de escenas campestres, en un ambiente suave, melancólico, casi triste y a

su lado los retratos de familia en los que figuraban los antepasados de la señora Eleonora.

Los abuelos con semblantes adustos en la tiesa gravedad de la *pose* convencional y característica de aquellos tiempos. Ancianas señoras en las que se transparentaban, a pesar de los años, los rasgos de pasadas bellezas y el sello de distinción que no amenguaban los peinetones ridículos y los blancos *fichús* de muselina recamada estilo María Antonieta que cruzaban sus bandas sobre el pecho.

Los hombres con los cuellos de la camisa terminados en triángulo que cubrían gran parte de la mejilla y circundados por corbatones de raso arrollados como fajas.

No pocas veces Julia, con espíritu travieso, solía detenerse frente a uno de esos retratos, y apuntando con el índice extendido mientras sonreía con malicia, se permitía decir a la señora de Morán : «Tía, ¿quién es esta vieja con cara de mala y que mira con encono cual si la hubiesen ofendido?... ¿quién es? ya no lo recuerdo...»

La señora de Morán, que en materia de protocolo aristocrático estaba siempre en la defensiva, tomaba una actitud digna y, con acento de reproche que no carecía de gravedad, contestaba la pregunta irreverente de Julia, acompaña-

da de una amonestación que obligaba también a ella a identificarse con el aire solemne de la aristocrática señora.

—Ese señora anciana de quien hablas con esa despreocupación irrespetuosa, es la muy digna matrona doña Remedios de la Cruz y Morán, dama distinguidísima que tuvo gran figuración social, de una belleza deslumbrante en su juventud y de una cultura que en aquellos buenos tiempos de verdadera sencillez y sinceridad social era muy poco común.

»Sus salones eran el centro de reunión de todo lo más selecto de nuestra sociedad. Sus trajes, sus joyas y las riquezas de todo género que adornaban su casa eran la admiración de todos. Y a pesar del fausto y de la opulencia que la rodeaban, era persona de hábitos modestos y enemiga de toda ostentación.

»Muchas veces, cuando se le hablaba del escudo nobiliario de su casa, que ocultaba empeñosamente, sonreía con desdeñosa placidez de sus cuarteles y del castillo almenado en campo de gules, que habría colmado de vanidad a otra persona que no hubiese reunido su distinción y la convicción profunda de valer por sí misma más que cualquier escudo heráldico.

»Su caridad era inagotable y la piedad de sus sentimientos la hacía designar con los nombres

más afectuosos : la llamaban la madre de los pobres».

—Pues ya tendría hijos—exclamó Julia con tono picaresco.

—Niña, eres incorregible ; tú no ves sino las cosas presentes y no sientes el orgullo y la satisfacción de saber que tus antepasados eran personas de tanta calidad — exclamó un poco exasperada la señora de Morán.

—No, Eleonora—replicó Julia, así llamaba a su tía en sus ratos de expansión—, es que todas esas viejas, perdón—dijo Julia, cambiando de tono—, quería decir estas ancianas señoras con caras de engreídas y cual si las hubiesen retratado por penitencia, no hablan a mi espíritu, ni me siento vinculada a ellas por sentimiento alguno que me imponga respeto o cariño. Miro esos retratos cual si fueran personas extrañas, y el hecho de estar colgados en la pared de nuestra casa, no es motivo para que deje de encontrarlos un tanto ridículos.

—Ya te llegará el turno si tienes la suerte de alcanzar a esa edad y tus descendientes se vengarán en ti de la ofensa que haces a tus antepasados—dijo la señora de Morán con tono sentencioso.

—Es posible—dijo Julia sonriendo—. De todas maneras — agregó—, nunca mejor aplica-

do aquello de *pulvis es et in pulverim reverteris...* : a eso va a parar todo y los retratos poco a poco caminito del cuarto de los trastos viejos, donde ya hay unos cuantos sirviendo de banquete a las polillas. Es que, pobrecitos—agregó Julia con acento entre tierno y burlón—, ellos también han pasado de moda como los muebles del salón.

En el fondo, la señora de Morán estaba de acuerdo con Julia, y la defensa contra la ironía y la burla con que pretendía ampararlas con tan ferviente manifestación, no obedecía a un sentimiento de veneración o de respeto a los méritos y bondades de esas personas cuya memoria se extinguiría en la generación siguiente. Su propósito respondía más bien a un sentimiento de vanidosa ostentación perfectamente justificada por la posición social que ella ocupaba. Esos retratos antiguos eran el blasón de la casa, el escudo de armas, un abolengo de nobleza, que en medio de la sociedad de *parvenus*, como decía ella misma desdeñando la incorporación de tantos elementos heterogéneos en la figuración social del día, daban fe del lustre de su casa y del origen de sus antepasados.

«Con dinero no se tienen esos exponentes señoriales» solía decir la señora de Morán cuando herida en su vanidad y en su amor propio veía

surgir a su lado ilustres desconocidos hasta ayer y que aparecían en sociedad como una improvisación que tenía mucho de cómico pretendiendo las mismas consideraciones y el mismo acatamiento que ella disfrutaba.

—¡Qué te parece, Julia—exclamaba la engreída dama—la señora de B..., que ayer no más vegetaba en la sombra de su insignificancia, se presenta de pronto en Colón cargada de diamantes y de perlas, con una diadema como podría usarla una emperatriz, y se pone en primera fila con una desenvoltura y un desparpajo que sería impertinente si no fuese *rastaquère!*

Julia, que conocía la debilidad de su temperamento y la altivez irreductible de sus ideas, se limitaba a sonreír, y con un movimiento de cabeza que podía significar muy bien la indiferencia con que miraba el caso en discusión, decíale tranquilamente:

—Tía, todo evoluciona; también en nuestra sociabilidad tiene que producirse esa evolución. Tú vives muy apegada a tus tradiciones de familia. Hoy por hoy, esas cosas, muy nobles y muy dignas de tenerse en cuenta, especialmente cuando van acompañadas de sentimientos elevados y principios morales inconmovibles, y que se transmiten de una genera-

ción a otra como una herencia nobilísima, tienen que sufrir la agresión del dinero y de la fortuna que no reconoce más abolengo que la cifra que representa. Sobre todo—agregaba Julia—, vivimos en una democracia que tiende a igualarlo todo.

Estos conceptos, expresados así, con tanta despreocupación, abrían una brecha dolorosa en el espíritu de la señora de Morán, que interrumpía a Julia para protestar con impetuosidad, mientras decía con exaltación creciente :

—Sí ; está muy bien el dinero, la fortuna ; nadie puede discutir que no sea un mérito el conquistarla con el trabajo asiduo y honrado ; pero un mérito y nada más. Pero, mi querida Julia, eso de englobar como en una síntesis y llamar aristocracia del dinero a aquellos que se han enriquecido sin mirar para atrás, como expresa el dicho popular, no me parece justo. Bien venida sea esa nueva aristocracia si se presenta con patente limpia — exclamó sonriendo la señora— ; en cambio, cuando se trata de don Marcelino, por ejemplo, un rústico de gran fortuna, un ignorante, un impresentable y cuyos caudales tienen un origen tan discutible... entonces debe modificarse el concepto para ajustarlo a otro criterio ; ésa no es aristocracia de nada—agregó—, y no es digna de tal nombre.

—¿Y has visto el tesoro de alhajas que siem-

pre lleva encima su mujer?—exclamó Julia como para estimular la ironía y el fastidio de Eleonora.

—Sí. Y no me extrañaría que se acostara a dormir con el collar de perlas, los dedos cargados de anillos de gran precio y las rosetas de brillantes... ¡ Ah ! ¡ y es de una ordinariez abrumadora !...

Julia no pudo reprimir una explosión de risa ; pero, reponiéndose súbitamente, dijo con aire grave :

—Todo lo que quieras, tía, pero esos rústicos te dan veinte puntos en materia de fortuna...

—Basta, basta, niña ; tú quieres exasperarme...

—No, Eleonora, no ; quiero que te convenzas de que nuestra sociedad, compuesta hoy de elementos tan heterogéneos y tan diversos por su origen y por su educación, encontrarán poco a poco el equilibrio en un denominador común como en las cuentas de quebrados.

—Tienes unas ocurrencias—exclamó la señora de Morán—, no sé de dónde sacas esas comparaciones de aritmética para nivelar la sociedad. Y, sin embargo, juraría que no sientes las mismas cosas que dices. Tus ideas democráticas, casi fronterizas con el socialismo moder-

no, no han penetrado a tu cerebro como una convención, y te daré la prueba de ello : Si Mariano, el hijo de don Marcelino, ese pedantuelo ensimismado en el dinero que posee su padre, y que hoy se cree él también un gran personaje porque tiene carruajes, caballos de raza, palco en Colón, autos y todo cuanto puede adquirirse con dinero, se presentara a pedir tu mano, ¿tú consentirías en esa unión? Di la verdad; con toda franqueza. Y al decir el hijo de don Marcelino quiero nombrar uno de tantos de los de su especie. Di, ¿serías capaz de vincular tu apellido ilustre al de ese...?

Una risotada sonora de Julia interrumpió el discurso de su tía, y haciendo una pirueta, giró sobre los talones como una niñita juguetona y, encarándose después con aire grave frente a ella, exclamó :

—Mañana contestaré a tu pregunta... Necesito tiempo para reflexionar—agregó haciendo una mueca desdeñosa.

En este momento un rumor de pasos en la habitación contigua interrumpió el diálogo, y un hombre joven, de tipo bizarro y de porte distinguido, vestido con traje de montar, apareció en la puerta del salón.

—¡ Cristián !—exclamó Julia ante la aparición inesperada y sin poder contener el impulso de

sorpresa y de algo que le produjo una visible turbación reflejada en su semblante, del que había desaparecido de pronto el tinte rosado que le daba tanto realce y frescura.

El joven se adelantó sonriendo y besó en la mejilla a la señora de Morán, quien retribuyó el agasajo con igual manifestación de cariño en la frente tersa y despejada. Dirigiéndose después a Julia, le tendió la mano a tiempo que decía:

—Buen día, Julia. ¿Por qué estás tan pálida? ¿Has estado enferma?

Ante esta advertencia, la señora Eleonora miró fijamente a Julia, diciendo a su vez:

—En realidad, Julia, te has puesto como de cera. ¿Qué te pasa?

Julia, aún más turbada y presa ahora de un temblor invencible, sentía latir con violencia su corazón, experimentando al mismo tiempo una sensación tan molesta de opresión y de angustia, que no le permitía articular una palabra.

En ese estado de agitación y de penosa contrariedad, se limitó a dibujar una sonrisa en sus labios descoloridos, y cuando consiguió reponerse un tanto, dijo con acento inseguro y que traicionaba visiblemente su pensamiento:

—Es que pensaba en la contestación que debo darte mañana...

—Contestación para mañana—exclamó Cris-

tián con aire de sorpresa mirando alternativamente a su madre y a Julia—. ¿De qué se trata, mamá? — agregó después—. ¿Acaso Julia debe contestar algún pedido de esos que las niñas tienen necesidad de meditación para resolverlo? Si es así, te felicito, mi querida prima— exclamó Cristián sonriendo con malicia.

—¡ Qué perspicacia !—exclamó la señora Eleonora riendo ruidosamente—, has adivinado. Figúrate, Cristián, que he propuesto a Julia una unión con el hijo... ¿de quién te figuras?

Cristián llevó la palma de la diestra a la frente, y así, en actitud pensativa, comenzó a nombrar a todos los jóvenes relacionados con la familia y que podrían ser candidatos aceptables como pretendientes de su prima.

La señora de Morán, recordando el juego de los niños, decíale a cada uno que nombraba:

—Frío, frío...

Julia, entretanto, había adquirido de nuevo el dominio sobre sí misma y hacía coro a las manifestaciones de su tía, batiendo palmas alegremente.

—No acierto—exclamó por último Cristián—. Di, mamá, ¿de quién se trata?

La señora de Morán, complacida por el hecho de que Cristián no acertara con el candidato con el que había dado bromas a Julia, ol-

vido que de cierta manera venía en favor de sus principios aristocráticos y de los conceptos que había sostenido pocos momentos antes con la sobrina, se dirigió a ésta con ademán significativo a tiempo que le decía:

—¿Ves? Cristián piensa como yo...

Efímero triunfo, que para la vanidad de la encumbrada señora tenía una gran significación.

—¿Ves, Julia...?—y luego agregó—: Era todo una broma, Cristián; pero te explicaré el origen de ella.

Y la señora de Morán impuso a su hijo de la conversación que habían tenido con motivo de los retratos de familia, calcando sus principios en contradicción con la indiferencia y el desdén de Julia.

Cristián escuchó respetuosamente la relación de la señora hecha con toda gravedad, cual si se tratara de un asunto de vital importancia para el buen nombre y las tradiciones inmaculadas de su familia, y cuando Eleonora hubo terminado su discurso, permaneció un momento silencioso, cual si meditara una respuesta y un concepto, que al definir sus principios y sus convicciones, ellos no pudiesen herir la susceptibilidad de la señora, tan persuadida de la importancia que debían tener en sociedad las tradiciones de su hogar.

—Mamá—dijo de pronto Cristián—, creo que Julia dice muy bien; todo evoluciona en esta época de progreso, de aspiraciones legítimas, sin restricción y sin privilegios; en esta época en que la libertad, el derecho, la justicia nivelan a todos los hombres porque las conquistas de la civilización, de la cultura y el trabajo no son privilegios de los elegidos, sino de todos aquellos que tienen elementos para utilizarlas. Cada uno es hijo de sus propias obras y de sus propios esfuerzos. Las puertas de la sociedad están abiertas de par en par para todos, y cada uno vale lo que por sí mismo es capaz de hacer y producir. Todo lo demás son ficciones. El mérito real consiste precisamente en la actividad de aquel que se prepara para la lucha y del que sabe utilizar mejor los elementos que están siempre a la disposición si tiene inteligencia, constancia, capacidad y perspicacia para sacar partido de ellos. Ese debe ser el ideal del hombre moderno, factor útil para sí y para la sociedad. Un filósofo inglés ha dicho con razón: «La felicidad y el éxito no dependen de las circunstancias, sino de nosotros mismos». Ahora, en cuanto a la honradez, ella no se aprende, se posee y se siente.

Al decir esto, Cristián desvió su discurso y, dirigiéndose a la señora y a Julia, exclamó:

—Pero ustedes no me han revelado aún quién es el candidato afortunado que pretende la mano de mi linda prima...

—El hijo de don Marcelino—exclamó Eleonora, presa de una nerviosidad que no podía dominar y con la convicción de que al lanzar el nombre del supuesto candidato, su hijo, se «haría cruces» y convendría con ella en que la unión de una Morán con ese sujeto, como ella lo designaba, sería una verdadera afrenta para los fueros de su familia.

—Ese—replicó Cristián riendo de buena gana, mientras contemplaba a Julia, a la que nunca había visto más linda, más atrayente y más distinguida... — ése — repitió—, es un parásito de la propia familia... Un inútil—exclamó después—. Uno de los tantos que gastan tranquilamente un caudal en despilfarros y no sabe cómo se empieza para ganar un centavo.

—¿De modo que los millones de su padre no serían un atractivo eficaz para que una niña de las condiciones de Julia le diera preferencia con sus afectos?...

—No se trata de millones, mamá, se trata simplemente de saber si el hijo de don Marcelino es persona digna de ser aceptada en un hogar que ha tenido siempre por lema la honradez, la distinción, la cultura y todo aquello que

puede elevarlo, para merecer las consideraciones sociales de que disfruta. Ser rico es muy fácil, cualquiera puede llegar a serlo, mediante un cúmulo de factores que lo encaminen a ese fin; pero ser señor es otra cosa. Hay muchas maneras de enriquecerse; pero hay una sola que puede hacer merecer a un hombre ese título que lo haga respetable y respetado. Don Marcelino y su hijo—agregó después—son ricos; pero ni el uno ni el otro tienen derecho a llamarse señores. La psicología del padre no la han modificado las pilas de dinero que ha acumulado...

—¡ Sabe Dios cómo !—exclamó Eleonora interrumpiendo a su hijo.

—Dejemos eso de lado; nada nos interesa; pero, lo que hace relieve y lo hará siempre cualquiera que sea la posición que ocupe, es que don Marcelino es un palurdo...

—Y un usurero—volvió a interrumpir Eleonora, sin poder contenerse—, y su hijo—agregó con ironía—no levanta un jeme sobre la ilustre prosapia de su digno padre.

Iba Cristián a continuar su discurso sobre el escabroso tema, cuando fué interrumpido bruscamente por la entrada ruidosa de Emilito, seguido de Delfina, que venía apresurando la marcha para alcanzarlo.

—Cristián, Cristián, ya estoy de vuelta—ex-

clamó el niño arrojándose en sus brazos para recibir las cariñosas manifestaciones a que estaba habituado.

Delfina, entretanto, se había detenido en la puerta del salón sin atreverse a dar un paso.

Al verla, Cristián le dirigió un amable saludo a tiempo que le decía con tono amistoso :

—Señorita Delfina, permítame que la felicite por el buen gusto que ha tenido usted al disponer de una manera tan *chic* el arreglo de este salón, o mejor dicho, de este verdadero montepío de antiguallas—agregó, refiriéndose a los muebles de que ya hemos hablado.

Delfina se adelantó un tanto trémula, y cuando estuvo cerca de Cristián, éste le tendió la mano, que comprimió efusivamente, notando al mismo tiempo que el semblante de Delfina era invadido en las mejillas por dos chapas de rubor que se extendían con entonación suave y difusa como para poner más en relieve su belleza.

—No es a mí, señor Cristián, a quien usted debe felicitar, es a la señorita Julia, pues es la señorita quien ha dirigido todo este arreglo que...

Iba a proseguir, pero Julia la interrumpió para decir con afectada indiferencia :

—No vale la pena, Cristián—y luego agregó

con acento frío y con tono casi imperativo— : Señorita Delfina, tenga usted la bondad de llevarlo a Emilito...

—¿Por qué me echas, Julia? ¿Por qué?—preguntó el niño encuadrándose de pronto frente a su hermana en actitud hostil.

—Porque si te dejamos un instante más en el salón concluirás por hacer alguna de las tuyas.

En realidad, el niño se entretenía en correr de un extremo a otro, y en curiosear por todos los rincones, diciendo al mismo tiempo sus impresiones infantiles en presencia de ese arreglo que tanto hería su imaginación.

Delfina, con toda suavidad y mientras acariciaba los rulos de la tupida cabellera del niño, trataba de persuadirlo a fin de que la siguiera; pero no hubo caso, Emilito se plantó en medio del salón y exclamó:

—Me iré si me lo manda Cristián... Tú no me gobiernas — dijo después, mirando a Julia con aire entre burlón e irritado.

—Ven acá—dijo Cristián, dando a sus palabras un acento acariciador—, ven acá, Emilio— repitió—, tú debes obedecer a Julia y a la señorita Delfina... los niños buenos y educados son siempre razonables y obedientes...

—Sí, pero...—exclamó el niño.

—No, Emilito, debes obedecer sin replicar—

le interrumpió Cristián, y pasando su mano por las mejillas del niño exclamó— : Bueno, vamos a transar... vámonos todos... vámonos al jardín... allí podrás correr, jugar y hacer tu gusto...

—Todos, sí... así me voy yo también—replicó el niño tomándose ahora alegremente de la mano de Delfina.

Delfina se dirigió hacia la puerta del fondo, Cristián colocóse a su lado con el pretexto de acariciar al niño ; pero, en realidad, para decirle con acento quedo, mientras la contemplaba con una mirada impregnada de ternura :

—¿Has pensado mucho en mí?

Delfina inclinó su cabeza sobre el seno y con el semblante cubierto de súbito rubor, temerosa de ser oída y sin atreverse a levantar los párpados para mirar a Cristián apenas pudo articular un sí, que salió de su pecho con la púdica entonación de una culpa confesada con esfuerzo.

Julia, que en su aparente actitud de indiferencia y distracción no había perdido el más leve detalle de cuanto pasaba a su alrededor, tomó el brazo de su tía y mientras se adelantaban para reunirse al grupo le dijo en voz baja :

—¿Has visto?... ¿has oído?... Ahora te convencerás, Eleonora, de que mis sospechas eran bien fundadas.

IV

La fiesta del cumpleaños de la señora de Morán celebrábase esa misma noche en un ambiente de distinción y de buen tono, propio de la cultura y calidad de las personas invitadas.

Esos factores armonizaban al mismo tiempo con la sencillez propia del sitio donde la fiesta tenía lugar, lo que contribuía a imprimirle cierto aire de familiaridad que la hacía aún más simpática. La misma dueña de casa, a pesar de sus fueros aristocráticos y de sus intransigencias protocolares, se había penetrado de que hubiese tocado las fronteras del ridículo el pretender imprimir a esa reunión los convencionalismos de los salones de la ciudad.

—Estamos en el campo—le había dicho a Julia—, y debemos dar a esta reunión todos los caracteres de una fiesta de familia, sin etiqueta y sin formulismos que no harían otra cosa que

malograr su éxito. Así, debemos invitar exclusivamente a nuestras relaciones más íntimas, a nuestros buenos amigos para que todos nos tratemos con confianza y para que cada uno tenga la libertad de disponer y hacer lo que sea de su mejor agrado.

Partiendo de ese concepto, había preparado un programa sumamente atrayente: números de música, canto, cinematógrafo en el amplio jardín. Una orquesta instalada en una glorieta oculta entre los árboles y el follaje, tocaría un repertorio selecto.

El parque, profusamente iluminado, tenía un aspecto fantástico, que contribuía a aumentarlo aún más la noche tibia y serena. Una encantadora noche de plenilunio, que invitaba a las gratas expansiones del espíritu.

Las fuentes y los surtidores contribuían a refrescar el ambiente con sus grandes chorros de agua que se desmenuzaban en forma de lluvia irisada de una manera fantástica por la combinación de lamparillas de diversos colores hábilmente dispuestas.

El salón, iluminado profusamente como la nave de un templo, resplandeciente de luz, de colores, de reflejos armónicos, ostentaba sus ricas antigüedades, a las que formaban digno marco los grandes ramos de olorosas flores y las

plantas exóticas con sus hojas de una belleza pictórica.

Dispuestas con el mejor gusto y en sitios adecuados, se hallaban esparcidas por los amplios jardines una serie de mesitas, en cuyo centro se ostentaban en una pequeña jardinera hermosos claveles de Italia, de los más variados matices, y entre las soberbias flores, un pequeño pergamino historiado como un misal antiguo, en el que estaba escrito con caracteres de estilo bizantino el rico y variado menú de la cena.

Se respiraba en todos los sitios un aire tibio y perfumado, refrescado de tiempo en tiempo por rachas de viento fresco que agitaban las hojas de los árboles haciendo unísono al rumor de la caída de las aguas en las fuentes y surtidores.

Después de las diez, la concurrencia había invadido ya el salón y los jardines, formando simpáticas parejas y corrillos, y de tiempo en tiempo, los carruajes de la casa y los automóviles de los invitados se detenían ante las gradas de mármol del vestíbulo para dar entrada a nuevos concurrentes a quienes recibían con demostraciones amistosas y efusivas la señora Eleonora, Julia y Cristián.

Entretanto, la orquesta, invisible, continuaba ejecutando brillantes trozos aplaudidos estruendosamente al final de cada uno, y de pron-

to, los acordes de un vals de Strauss hicieron oír sus brillantes y acompasadas notas.

Julia, que estaba elegantísima y hacía relieve entre un grupo de niñas que discurrían agradablemente al pie de la gradería, dirigió una mirada significativa a Cristián ; era una insinuación directa para que la invitara a bailar el vals ; pero, Cristián, fingiendo no comprender el significado de aquella mirada, se adelantó hacia el grupo y, ofreciendo su brazo a una de las niñas, se dirigió al salón.

Julia sintió la impresión punzante del desaire ; pero, sin demostrar contrariedad, aceptó a su vez el brazo de un amigo de Cristián y se entregó con aparente entusiasmo a los giros de la danza.

Muy lejos estaba Julia de sospechar lo que iba a suceder después de terminar el vals, pues, así que su acompañante, haciendo un ceremonioso saludo, se despidió de ella, Julia abandonó el salón para instalarse en uno de los bancos del jardín un tanto alejado del bullicio y de la alegría de la fiesta.

—¡ Cristián, Cristián !—murmuró—, ¿por qué me persigue tu imagen como una visión imborrable? ¿Por qué mi corazón se sobresalta cuando te veo? ¿Por qué me siento desfallecer en una languidez que produce vértigos cuando de

improviso me encuentro contigo? Y tú—continuó siguiendo su monólogo— ; tú, no quieres darte cuenta de todo lo que sufro, de todo lo que siento por ti, de todo lo que mis labios quisieran murmurar a tu oído, en tanto que debo fingir una indiferencia que me abruma y me hace morir... ¡ Oh ! ¡ qué horrible es sufrir así !— exclamó con acento dolorido, y abandonando de pronto el asiento, se internó en un bosquecillo de rosas—. Estas son las predilectas de Delfina —exclamó contemplando los hermosos rosales cubiertos de flores—. ¡ Malvada, intrusa, eres tú quien me arrebata esa felicidad que tantas veces he acariciado ! ¡ Ah ! pero bien cara pagarás tu audacia : por cada día de sufrimiento, por cada hora, por cada instante—exclamó con vehemencia creciente—que mi corazón se oprime y se desgarra fibra por fibra, cual si tu mano traidora se metiera dentro de él para estrujarlo, te haré derramar raudales de lágrimas y te haré implorar indulgencia, humillada y vencida. Y no habrá indulgencia para ti. ¡ Oh ! mi odio será implacable y...

No bien había pronunciado esta amenaza, cuando se interrumpió bruscamente para poner el oído atento y escuchar una romanza que llenaba con sus notas todos los ámbitos del salón

y repercutía en el jardín con ecos vibrantes de una poderosa voz bien conocida por ella.

—¡ Delfina !—exclamó en el colmo de la exasperación—. ¡ Ella, es posible !... Eleonora le ha permitido que concurra a la fiesta —y rápida y convulsa apresuró el paso hasta penetrar en el salón.

La escena que allí presenció acabó por consternarla : de pie, sonriente, y con aire satisfecho, al lado del piano, Cristián acompañaba a Delfina, que con voz deliciosa y en medio del silencio y la atención de la concurrencia, era objeto de todas las aprobaciones, de todas las miradas, y al final, cuando la última nota salió de su bella garganta, una salva de aplausos repercutió en el cerebro de Julia como el ruido metálico de los cascabeles de un juglar. Estaba anonadada.

Delfina abandonó el piano, púdica y modesta, con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y humedecidos por la emoción, más hermosa que nunca en la sencillez de su traje de tul blanco y valencianas. Tomó tímidamente el brazo que le ofrecía Cristián y mientras paseaba por el salón recibiendo las felicitaciones que todos se disputaban prodigarle por su hermosa voz, por la gracia y correcta entonación con que dijera la romanza, llegaron al sitio donde se en-

contraba Julia, aparentemente tranquila y sonriente, pero con una palidez intensa en sus mejillas y un temblor en los labios que denotaba claramente su contrariedad y el esfuerzo supremo que debía hacer para disimular la profunda contrariedad que la agitaba.

—¿Has escuchado la romanza, Julia? — exclamó Cristián ante la indiferencia con que recibiera a Delfina.

—Sólo al final—dijo fríamente—, pues estaba en el jardín admirando los rosales que tanto agradan à la señorita Delfina, y que, vistos así de noche, iluminados por la luz amarillenta de la luna, parecen flores amortajadas. Al verlas, no sé qué triste presagio ha movido mi espíritu; mañana le diré a Eleonora que haga arrancar esas plantas.

—Eres supersticiosa, Julia—exclamó Cristián con aire grave.

Delfina, a su vez, experimentó una intensa impresión de terror, a tal punto, que Cristián pudo advertir que su brazo temblaba cual si lo agitara una corriente eléctrica.

—Esas flores son siniestras—exclamó Julia con tono de sibila clavando su mirada en un ramo de ellas que Delfina había colocado como único adorno en la faja de raso blanco que ceñía su hermoso talle.

Cuando Julia se hubo alejado, insensiblemente Delfina arrancó las flores de la cintura y las dejó caer a sus pies ; un presentimiento, más poderoso que su voluntad y que su predilección por esas flores, la impulsó a repudiarlas como un símbolo funesto.

—¡ Qué ingenua eres !—le dijo Cristián, que no había perdido un solo detalle de la escena que acababa de tener lugar y que había interpretado las palabras de Julia más como una manifestación de despecho que como convicción de un espíritu supersticioso ; y al ver las flores esparcidas por el suelo, se inclinó para recogerlas.

—No las toques, Cristián —exclamó Delfina— ; las palabras de Julia me han dado miedo. ¡ Oh ! a veces se cumplen esos presagios.

—¿ Tú lo crees? — dijo Cristián sonriendo, mientras aspiraba el perfume de las rosas que había recogido.

—Sí... no sé... pero Julia lo ha dicho así con un tono de convicción... así como una profecía...

—No hagas caso, Julia está muy nerviosa... tiene necesidad de satisfacer una pequeña venganza, y no pudiendo realizarla contigo se ensaña con las rosas... Ella es mala... y tú eres una niña crédula como Emilito.

En ese momento, un grupo de niñas y de jó-

venes, a quienes había impresionado la voz de Delfina como una revelación del más puro sentimiento musical, venía a pedirle el bis de la bella romanza, que tanto les había deleitado.

Delfina estaba indecisa y temerosa de que la señora de Morán pudiese observar que ella, la institutriz, se considerase también como una invitada. Había llenado un número del programa por pedido de Cristián y creía que ya debía retirarse del salón, y lo hubiera hecho, si Cristián mismo no la hubiera retenido con insistencia. Ese mismo pensamiento la había obligado a rehusar acompañarlo en una pieza de baile que tanto la suplicara concederle.

Ante la insistencia del grupo, dirigió una mirada a Cristián como para consultarlo respecto de lo que debía hacer.

—¡ Sí, sí, queremos oírla otra vez !—repitieron todos a coro— ; usted no puede negarnos ese pedido. ¡ Tiene usted una voz tan linda, canta con tanto gusto !—exclamó una de las niñas— que una verdadera artista no lo haría mejor.

Cristián, que había comprendido la interrogación que le dirigiera Delfina con una mirada tan expresiva, insistió a su vez a fin de que satisficiera tan amables exigencias, y sin esperar su asentimiento la acompañó de nuevo al piano,

y a fin de que los concurrentes no encontrasen motivo para murmurar respecto de las preferencias que su espíritu le impulsaba a prodigarle, pidió a un amigo que lo reemplazase cerca de ella, apenas Delfina extendió sus manos blanquísimas sobre el teclado.

Al cruzar el salón, se encontró de pronto frente a Julia, que indagaba con una marcada expresión de curiosidad el motivo del silencio que se había producido de pronto.

—¿Delfina vuelve a cantar?—exclamó dirigiéndose a Cristián.

—Sí, ¿te molesta acaso?—replicó éste sin poder ocultar un sentimiento de contrariedad.

—¿Molestarme?... ¿por qué?... Ella, pobrecita, hace lo que puede para complacerte—dijo Julia acentuando maliciosamente sus últimas palabras.

—Julia, no sé por qué empleas un lenguaje tan irónico...

Julia evadió la réplica y, en cambio, mirando a Cristián con una expresión que era la síntesis de los sentimientos que agitaban su alma, le dijo con amargura:

—¡Qué malo eres conmigo, Cristián!

Y lanzando un suspiro que levantó su seno como una ola que se pliega en una curva de aguas tranquilas, volvió a mirarlo de una ma-

nera tal, que Cristián pudo darse cuenta de que Julia ocultaba una pasión de la que él no se había dado cuenta hasta entonces. Siempre había atribuído sus asiduidades al afecto que une a dos personas ligadas por el parentesco y que han vivido juntas desde niños. Pero en aquel momento, la conducta y la actitud de su prima fueron una revelación inesperada y que por fuerza debía contrariarlo.

—¿Por qué crees que soy malo, Julia? ¿Acaso te he ocasionado daño alguno? ¿Tienes algún reproche que dirigirme? Si lo tienes, discúlpame, pues jamás he abrigado por ti sino un tierno afecto de pariente... te he querido y te quiero siempre como puede quererse a una hermana. Pienso que he sido siempre correcto en mi conducta para contigo; así que me sorprende el reproche que me diriges; discúlpame, pues repito: si te he ocasionado involuntariamente algún desagrado, te juro que si tal cosa ha sucedido, mi voluntad ha sido perfectamente ajena al hecho que puedas inculparme.

—No, Cristián, no; tú no has hecho daño alguno intencional... pero... esta noche, aquí, en esta fiesta, te has olvidado de mí por completo... En cambio—agregó Julia después de una pausa—, otras han merecido tus preferencias y han sido dignas de tus asiduas amabilidades...

—Cumplo simplemente con los deberes que me impone mi posición de dueño de casa... y tú no puedes quejarte; todos mis amigos se disputaban la ocasión de agasajarte.

—Es cierto—dijo Julia, y después de reflexionar un momento, y ya sin poder contenerse, exclamó de pronto—: No me has invitado una sola vez a bailar una pieza, siendo así que ya se ha corrido la voz de que tú no has abandonado un solo momento a esa institutriz—dijo Julia acentuando sus palabras con una evidente expresión de desdén.

—Eso dicen—exclamó Cristián con toda tranquilidad.

—Eso y algo más—exclamó Julia.

—Parece que a ti te molestan esos decires y quisieras cuidar de mi posición a fin de que no haga un papel desairado, ¿no? Mucho te lo agradezco, Julia; pero ese algo más me parece que es una cavilación de tu parte; no te contraríes por mí...

—¡Cristián! — exclamó Julia con altivez; pero, reprimiéndose súbitamente y adoptando un aire de resignación y de súplica, le pidió que le diera el brazo, y así, con aire de triunfo, del brazo de Cristián, procuró llevarlo hasta cerca del piano, a fin de que Delfina pudiese darse

cuenta de que ahora era ella la que arrojaba los dados para jugar la partida.

Terminada la romanza, en medio de una salva de aplausos y de bravos, Delfina se levantó, y tomando el brazo que le ofreciera el amigo de Cristián pidió que la llevara al jardín.

—Entonces, hagamos las paces, Cristián ; me parece que te has irritado un tanto con las noticias que te he dado.

—No, Julia ; estás en un completo error ; por el contrario, me ha complacido apercibirme de algo que ignoraba y que me servirá para guiar mi conducta—replicó Cristián con marcada intención.

Julia se mordió los labios, y apoyando su cuerpo sobre el hombro de Cristián, le dijo con acento dulcísimo :

—Cristián : ¿quieres concederme la pieza que van a tocar ahora?

—No es posible ; estoy comprometido con la institutriz—replicó Cristián, imitando, al pronunciar el título de Delfina, la misma entonación desdeñosa que empleara Julia.

Julia lanzó una risotada tan intempestiva y ruidosa que hizo dar vuelta la cabeza a las personas que estaban a su alrededor, y desprendiéndose casi con violencia del brazo de Cristián, le dijo con tono sarcástico :

—Te felicito... es una conquista que muchos te envidiarían...

—¡ Perversa !—dijo para sí Cristián, y dándole la espalda fué al encuentro de Delfina.

Julia fué en busca de la señora de Morán, y apenas pudo quedar un momento sola con la señora, le dijo con tono entre festivo y burlón :

—¡ Eleonora ; en esta fiesta se celebra el cumpleaños de Delfina !

V

Habían transcurrido apenas dos días después de la fiesta, cuando encontramos a Julia por primera vez encerrada en su habitación con el corazón agitado por un cúmulo de emociones que en vano trataba de dominar.

Su espíritu, rebelde hasta entonces a dar cabida a la realidad de los amores de Delfina con Cristián, tuvo que sufrir el choque de la evidencia en esa noche inolvidable, que fué para ella la más completa revelación de que sus presentimientos se habían confirmado plenamente.

Muchas de las personas que habían concurrido a la fiesta, especialmente sus amigas más íntimas, habían podido apreciar en todo su alcance la conducta de Cristián, y no pocas, sin sospechar que ahondaban la herida que había desgarrado el corazón de Julia, se acercaban a ella

para insinuarle con un tono de misterio confidencial el triunfo de la bella institutriz.

—Es muy bonita—decían unas—. ¡Y qué graciosa!—agregaba otra—. ¡Qué distinguida, qué voz tan espléndida, qué tipo tan aristocrático; no parece una persona de origen tan humilde!—exclamaba la más íntima amiga de Julia—. Y sobre todo, qué elegante—repuso la que había elogiado la belleza de su voz—. Sencillamente vestida de blanco, sin adornos, apenas con un cinturón de raso que cae en largos lazos sobre la falda, parece una princesa de los cuentos...

—¡Jesús! no es para tanto—había exclamado Julia en el colmo de la contrariedad al oír los elogios que sus amigas prodigaban a Delfina con tanta sinceridad y simpatía.

Y este recuerdo, unido a las demostraciones de Cristián, torturaba constantemente su cerebro.

Cuando ella abandonó la habitación en actitud airada y resuelta, era porque había visto a Delfina en el jardín, al pie de la gradería del vestíbulo, con el pretexto de vigilar a Emilito, pero, en realidad, con el propósito de encontrarse con Cristián, que debía regresar de una excursión campestre.

Un sentimiento profundo de despecho, de odio, de desesperación y de venganza agitaba su

corazón. Delfina era para ella la usurpadora de un cariño que en su ofuscación creía firmemente que no debía disputarle.

Su vanidad y las modalidades de su carácter la llevaban a confrontarse con la rival en medio de sus cavilaciones, y no podía concebir cómo un hombre de las condiciones de Cristián pudiera descender hasta fijar sus ojos en una miserable maestra, cuando ella, descendiente de su propia familia, hermosa, elegante, inteligente, instruída, reunía todos los atractivos que puede tener una mujer para hacerse querer. Es que Julia no se daba cuenta de que el amor no tiene alcurnia ni blasones; se ama porque ese sentimiento se impone y no se discute, no se somete al cálculo como una operación geométrica.

No se resignaba a darse por vencida. Ella creía amar a Cristián con toda la vehemencia de un alma apasionada, y al lado de ese sentimiento que fomentara durante tanto tiempo las fantasías de su imaginación creía poder encontrar de pronto la realización de sus aspiraciones, y el desengaño era tanto más cruel y angustioso por la circunstancia de que otra mujer se cruzara en su camino para arrebatarle todas sus ilusiones, todos sus dorados sueños de felicidad.

Si Cristián no se hubiese fijado en ella a pesar de merecerlo por todos los atractivos y cualidades de su persona, el golpe no hubiese sido tan rudo y tal vez lo soportara resignada y en silencio; pero el hecho de verse suplantada por una advenediza, sin nombre, sin méritos, sin derechos a tanta distinción, constituía para ella una humillación tal, de la que Julia protestaba desde el fondo de su alma.

—Delfina, la institutriz de Emilito, una muchachuela cualquiera, que ha ingresado en esta casa poco menos que hambrienta, una audaz que no tiene en su favor más que su carita de muñeca, su habilidad para interesar por su fingida modestia, su canto aprendido en un conservatorio de barrio, y que esta cualquiera anónima, con ese bagaje vulgar de méritos que tienen todas las que, como ella, necesitan ganar el pan de cada día con su trabajo y con su diploma, pueda alcanzar a merecer las obsequiosidades, las deferencias, las distinciones, el amor —exclamó Julia, terminando su monólogo con la última palabra que pronunció casi como un grito de dolor y de despeho—de un caballero, de un hombre distinguido como Cristián, digno de una princesa real, ¡ es un colmo, una ignominia!

»¡ Oh ! Cuando Eleonora se imponga de lo que sucede en su propia casa, dentro de este hogar

tan respetado y tan merecedor de mejor suerte, seguramente sufrirá un golpe terrible y preferirá morirse antes de consentir que su hijo realice una unión repudiada por la sociedad, en la que nuestro nombre es acatado con tanto respeto y con tanta consideración.

»Será una mancha de lodo que empañará el brillo de nuestras tradiciones seculares».

Y el egoísmo triunfante, el orgullo herido en su fibra más sensible, y la vanidad humillada, todos estos sentimientos reunidos parecían haberse complotado para asestar un golpe terrible a la altivez de Julia, que procuraba olvidar ahora su propia pasión como en la angustiosa agonía de un ser que se extingue lentamente.

Resignada en presencia del fatal desenlace de sus perdidas ilusiones, todos sus propósitos se concentraban ahora hacia un solo objetivo : destruir la felicidad de Delfina, arrebatarle sin piedad todas sus esperanzas, y ya que no había podido conquistar el corazón de Cristián, impedir de todas maneras que pudieran realizar sus promesas, poniendo de por medio el orgullo y la voluntad inquebrantable de Eleonora.

Con ese aliado, Julia creía poder realizar ampliamente el plan que se había trazado ; pero, como era inteligente y perspicaz, sabía perfectamente disimular sus intenciones ; así, cerca de

Cristián y de Delfina, había procurado conservar su actitud de indiferencia y despreocupación, cual si no tuviese la menor sospecha de cuanto sucedía a su alrededor.

Entretanto, Cristián conservaba a su vez una conducta discreta, procediendo con la mayor cautela en sus relaciones con Delfina, a fin de impedir que la señora Eleonora advirtiese sus inclinaciones; pero la pasión no razona, y en más de una circunstancia había dado motivo para que su actitud trascendiera, y la señora misma, después de las insinuaciones de Julia, tuviera más de un sobresalto.

Y esos amores de dos criaturas casi adolescentes tomaban los contornos de una pasión romántica, de un idilio acechado por el despecho de Julia y por la intransigencia de la señora.

Muchas tardes, cuando el sol empezaba a declinar, cuando las avenidas del parque se cubrían de grandes manchas de sombras, con contornos caprichosos, proyectados por los árboles, entre cuyas tupidas copas filtraban los últimos rayos del sol como hilos color de azufre, en el ambiente tibio y perfumado por los rosales en flor, cuando los pájaros llegaban de sus correrías en busca de los nidos y las fuentes dejaban oír el rumor lejano de la caída de las aguas, Delfina aparecía de pronto como una visión en

el extremo de una de estas avenidas, trayendo un ramo de claveles, que depositaba, después de aspirar su perfume e imprimir en sus aterciopelados pétalos un beso apasionado, en un banco rústico de los tantos que había a lo largo de la calle. Se detenía un instante para arrojar una mirada escudriñadora en torno suyo, y ágil y con el paso rápido como el de un niño se echaba a correr por la amplia avenida hasta llegar al jardín, donde se reunía con Emilito, a quien dejara al lado de una fuente haciendo maniobrar una pequeña escuadra de barquichuelos de metal.

Poco después Cristián se presentaba en aquel sitio, en el que todo parecía dispuesto para proteger con sombras discretas, con perspectivas y panoramas sugestivos la reunión de los enamorados. En aquel rincón del parque, lejos de las miradas de la familia y del bullicio de la casa, Delfina se había encontrado por primera vez con Cristián. Allí la había detenido, interrumpiendo su paseo en compañía de Emilito, y mientras el niño corría por las calles del parque entretenido en hacer rodar un gran disco de madera, Cristián había tomado las manos de Delfina para hablarle del cariño que sentía por ella, de la pasión que le habían inspirado su belleza, su candor, las bondades de su alma sencilla

y virtuosa, haciéndole juramentos de quererla siempre con el anhelo de ser correspondido.

Delfina, confusa, trémula, con las mejillas encendidas como la fruta del granado, balbuciente y asustada, no había podido responder a una manifestación que la tomaba de sorpresa, por más que ella se hubiese dado cuenta muchas veces de que su corazón le anunciara que sus latidos tumultuosos cuando se encontraba en su presencia tenían una significación que no se atrevía a interpretar. Algunas tardes, sentada en uno de esos bancos rústicos lejos de la casa, mientras Emilito se entregaba a sus juegos predilectos, ella pretendía leer ; pero, de pronto, las letras desaparecían de las hojas del libro, y, en cambio, el nombre de Cristián aparecía en ellas como una evocación mágica y sin que pudiese impedirlo.

Otras veces, al reunirse con ella el niño, cansado de sus juegos, la miraba con sorpresa para decirle :

—¿Lloras, Delfina...? ¿por qué estás triste...? ¿por qué has llorado?

Así, cuando Cristián se dirigió a ella en esa tarde inolvidable, cuando despertó en su alma ese sentimiento que ella misma no quería fomentar por temor a un amargo desengaño, la impresión que experimentó fué tan intensa, tan

nueva, tan emocionante, que sus labios trémulos sólo pudieron articular una palabra : «¡ Cristián !»

Y pronunció el nombre adorado como la invocación de un alma creyente hacia un ser superior en busca de amparo, de verdad, de sinceras promesas, y miró a Cristián con sus lindos ojos como iris de inocencia, y en esta mirada le decía un mundo de cosas que ella no podía articular.

Cristián lo comprendió así, y comprimiendo aún más sus manos pequeñas y heladas por la emoción, miróla a su vez con apasionamiento, y le dijo con acento cálido :

—¿ Me quieres, Delfina? ¿ Eres capaz de quererme cuanto yo te quiero?

—No sé... sí... Cristián... Usted es muy bueno conmigo... yo soy una pobre niña y usted es un señor—exclamó Delfina.

—Es cierto ; soy un señor, y por lo mismo que me crees así, no debes esperar de mí sino una conducta que justifique el nombre que me das. Mira, Delfina—agregó después— ; te quiero como se puede querer a mi edad, sin cálculo y sin malicia ; te quiero como se puede querer a un ser ideal que reune para mí todas las virtudes y todas las promesas de una felicidad.

Y desprendiendo una mano de las suyas rodeó

la cintura de Delfina para atraerla hacia él. Delfina se sintió desfallecer, su emoción era tan intensa que por momentos temió que las fuerzas la abandonaran.

—No temas, Delfina—exclamó Cristián—; no temas, mi vida; siéntate aquí a mi lado—agregó, y la condujo al banco rústico más inmediato—. Ahora dime con palabras todo lo que me han expresado tus ojos, esos lindos ojos que velan mis sueños y que he visto durante la noche, en mis soledades, mirarme dulcemente en la obscuridad de mi habitación. Dime, Delfina, una sola palabra: ¿me quieres, eres capaz, te repito, de quererme siempre con toda la ternura que yo siento por ti?

Dominada por el acento apasionado de Cristián, cuyo aliento cálido recibía en pleno rostro como una caricia, subyugada por la sinceridad que veía al través de sus pupilas, por la nobleza de sus propósitos, Delfina, a quien parecía inmensa una felicidad tan inesperada, pensó, por un instante, que todo aquello era una fantasía, un sueño delicioso, y que pronto la realidad vendría a arrebatarle ese paraíso que Cristián le prometía.

Sentía latidos dentro de su cerebro como ruidos de galope, y en sus oídos como el rumor lejano que producen las aguas en su caída en las

fuentes. Su corazón saltaba dentro del pecho agitado por las emociones sucesivas que experimentara, y era tal la conmoción nerviosa que se había apoderado de toda su persona, que ya no le era posible soportar una situación que se hacía angustiosa. El placer también hace sufrir, y su intensidad puede matar como el dolor; así Delfina creyó que iba a morir, que ya no resistiría más. Una necesidad imperiosa de decir todo cuanto agitaba profundamente su alma la decidió por fin a repetirle a Cristián que ella lo amaba también; que su vida era suya y, por último, con los ojos arrasados en lágrimas, bella como una sagrada imagen, exclamó con acento emocionado, mientras de pie, delante de Cristián, juntaba sus manos trémulas en actitud de súplica:

—Cristián, ten compasión de mí... no me engañes... ¡Oh, si me engañases—agregó con un arranque de desesperación—, me moriría, Cristián!...

Cristián, pálido y contrariado por la inmerecida sospecha, rasgó con un movimiento brusco la fina batista de su camisa, y arrancando una cadenilla de oro que colgaba de su cuello y en cuyo extremo se veía una medalla rodeada de pequeños diamantes, la puso en manos de Delfi-

na, en tanto que con voz trémula le decía apasionadamente :

—Esa imagen la colocó mi madre sobre mi pecho cuando era niño ; la he conservado hasta ahora como un talismán sagrado ; ella será siempre para ti el testigo más elocuente de mi cariño.

—Perdóname, perdóname—se apresuró a repetir Delfina arrepentida de su injusta desconfianza—. Soy una insensata... te devuelvo esa preciosa reliquia que nunca debes abandonar... Tu palabra es para mí tan sagrada como ella—. Y al decir esto desprendió un ramo de rosas blancas que llevaba en el seno y se las ofreció con una mirada tierna y apasionada, en tanto que le decía— : Es cuanto poseo... es todo lo que puedo ofrecerte—. Y al mismo tiempo imprimió un beso amoroso en la piadosa imagen de la medalla que devolvió a Cristián, quien con una amable sonrisa aceptó la deliciosa ofrenda en tanto que le decía :

—¿Y a mí?

—Aun no—replicó Delfina bajando los párpados, y, separándose bruscamente de su lado, fué al encuentro de Emilito, que avanzaba por la avenida haciendo girar rápidamente un arco de madera.

VI

Desde aquella tarde memorable en que Delfina escuchara como un salmo de amor la declaración apasionada de Cristián, y en que ella sintiera todo el inmenso anhelo de una felicidad que su alma acariciaba ahora como una sagrada promesa, procuraba observar una conducta que la pusiera al abrigo de las asechanzas de Julia, por más que ésta, como hemos dicho, fingía a su vez una indiferencia y una placidez que por cierto estaba muy lejos de sentir.

Cristián mismo, conociendo el carácter de su prima, la había prevenido de estar en guardia y esperar el momento en que él resolviera asumir la actitud que le correspondía ante su propia madre, escollo principal de vencer sin una preparación previa que pudiese desarmarla en la lucha que forzosamente tendría que empeñar.

Las resistencias de la señora tendrían que de-

bilitarse poco a poco; así convenía a sus propósitos emplear una táctica pacientemente estudiada para evitar un rompimiento con sus dolorosas consecuencias.

Cristián quería mucho y respetaba profundamente a su buena madre, modelo de virtudes domésticas. Conocía punto por punto la intransigencia y las debilidades de su temperamento aristocrático; pero sabía valorar la importancia de estas preocupaciones, que para él no constituían otra cosa que ficciones y prejuicios tradicionales en su familia.

Partiendo de estos conceptos, tenía la muy íntima convicción de que el día que hablara con la señora Eleonora de sus inclinaciones respecto de Delfina con la formalidad y el tino con que debía hacerlo, las resistencias de la señora perderían su mejor punto de apoyo ante la profesión de fe social en que fundara su resolución.

Cristián, a pesar de su juventud, era todo un hombre de experiencia y con convicciones propias, dentro de las cuales jamás había transigido, y bien sabía Eleonora que su tolerancia con respecto a su manera de sentir era fruto de su educación y del respeto que le profesaba.

Instruído, inteligente, dedicado por completo al cuidado y administración de la cuantiosa fortuna que heredara de su padre, vigilaba al mis-

mo tiempo los intereses de la señora con una dedicación y una escrupulosidad cual si se tratara de bienes extraños.

Su espíritu elevado y selecto era casi refractario a todo lo que significara una preocupación, un prejuicio social, y es por esta modalidad de su manera de sentir que en todos los actos de su vida seguía una norma de conducta personal, inspirada en sus propias convicciones. Independiente y altivo hasta la austeridad, no era, sin embargo, un excéntrico, ni un raro ; pero repugnaba a sus sentimientos delicados de hombre de bien, los tantos convencionalismos que se tramitan en sociedad como la moneda falsa, según su propia expresión.

Y precisamente por estas cualidades que imprimían a su persona un sello de originalidad, era considerado en el vasto círculo de sus amigos como un hombre bien equilibrado y de consejo. Cuando sintió los primeros aleteos de la pasión que ahora lo embriagaba, pensó que aquello pasaría sin mayores ulterioridades, consideró el hecho con toda despreocupación, atribuyéndolo a las simpatías que podía despertar Delfina en el espíritu de cualquier hombre capaz de estimar sus nobles cualidades, su abnegación para amparar la vejez de un padre anciano y casi inválido, su belleza sin ostenta-

ción. «Que tontera» dijo para sí, ante la revelación de ese sentimiento que venía a agitarlo de pronto como un mensajero que trae una nueva inesperada. Sonrió con incredulidad y dijo para sí : «¿yo enamorado?» ; pero no se atrevió a contestar la pregunta que él mismo dirigiera a su corazón hasta poco antes frío e indiferente.

—¿Cómo no debo querer a una criatura tan buena, tan delicada, tan distinguida y que tanto se destaca en el gremio a que pertenece y de las niñas de su edad y de su condición social? Delfina es una perla—prosiguió Cristián—, cuyo valor sólo pueden conocer aquellos que la tratan con la intimidad con que nosotros podemos aprèciarla.

Y con estas reflexiones, tan justas, tan meditadas y tan en armonía con la realidad, Cristián se dió por satisfecho y pensó que el interés que podía inspirarle no pasaría de una inclinación amistosa y justiciera. Era, por otra parte, demasiado noble y caballeresco para que sus sentimientos pudieran sufrir una desviación e inducirlo a urdir la trama de una conquista inconfesable, por lo mismo que Delfina era una niña pobre, humilde y con el único amparo de su propia virtud.

Pero, cuando pudo darse cuenta de que aquel atractivo hacia la bella institutriz, no era sim-

plemente una simpatía fugaz, un sentimiento de cariño por las nobles cualidades que hacían relieve en su persona, Cristián experimentó una alegría desconocida para él y comprendió que un sentimiento nuevo invadía su espíritu como el triunfo muy grato de su sensibilidad afectiva y que iba desde ese momento a posesionarse del ideal más puro que hubiera podido despertarla. Delfina se presentó ante sus ojos como una visión bienhechora, como un complemento de su vida, como una alianza simpática, como el ángel guardián que velaría por su porvenir y por su felicidad, y desde ese instante ya no pensó en ocultar sus inclinaciones, y aunque mantenía en su conducta una discreta reserva, no podía escapar a la observación perspicaz de Julia, que toda esperanza era perdida, y que entre ella y Cristián existía un abismo. Delfina triunfaba definitivamente y ella debía considerarse vencida para siempre.

La figura arrogante de Cristián había concluído por inspirarle ahora un cierto temor que ella no podía explicarse. En ciertos momentos fijaba con tenacidad su mirada en él cuando no era observada y estudiando minuciosamente los rasgos viriles de su fisonomía con la expresión resuelta y severa con que se acentuaba en el pliegue de sus labios, en el arco perfecto de sus ce-

jas, en el brillo de sus grandes ojos negros velados por largas pestañas; en todo ese conjunto, en una palabra, que daba a la mímica de la fisonomía un aire de distinción y de firmeza, Julia se sentía mordida por un sentimiento indefinible de amor, de duda, de odio y de profundo desconsuelo, y cuando esto le acontecía, terminaba por encerrarse en su habitación para exteriorizar en la quietud y el silencio su dolor y sus lágrimas.

En esos días, la presencia de Delfina se le hacía intolerable y no perdía ocasión para humillarla y reprimirla sin la más leve compasión.

Una tarde, en circunstancias en que Eleonora y ella estaban sentadas en la terraza que daba frente a la avenida del parque por donde solían encontrarse Delfina y Cristián, divisó a la enamorada pareja que venía conversando alegremente en dirección a ellos.

Cuando Delfina advirtió su presencia, instintivamente se detuvo y miró a Cristián con aire de temor y sobresalto, pero éste, que se dió cuenta inmediata de la actitud de Delfina, insistió en proseguir.

—¿Por qué te detienes?—exclamó.

—No sé, tengo miedo... ahí nos ven... ¿no te

has fijado? Están tu mamá y Julia en la terraza...

—¿Y bien?...

—¿Qué dirán?—replicó Delfina con aire azorado.

—Dirán que estamos paseando en la avenida de los plátanos ...¡qué niña erès!...

Y prosiguió tranquilamente su camino llevando en su derecha un hermoso ramo de claveles que le había entregado Delfina hacía pocos momentos y de los cuales aspiraba de trecho en trecho su delicioso perfume...

Discurriendo así llegaron hasta el pie de la terraza.

Julia estaba lívida, no esperaba presenciar ese avance de los enamorados que implicaba ya una audacia y una demostración irrecusable de que el desenlace estaba próximo, por más que su tía se resistiera a creer en el hecho sobre el que Julia había insistido ahora con una vehemencia que le llamó la atención y la dejó perpleja, a tal punto que hubo un momento en que la señora pensó para sí:

—Julia ha cambiado de color a la vista de Cristián y de Delfina; ¿será que ella es la enamorada?... todo puede ser—agregó la señora para sus adentros; y se propuso en adelante descifrar el enigma de lo que ocurría en su hogar.

—Estás muy paseandero, Cristián—exclamó Julia haciendo un esfuerzo para reponerse, y sin tomar en cuenta la presencia de Delfina.

—Ya lo ves... hemos paseado por el parque con Delfina entretenidos en presenciar las correrías de Emilito...

—¿Y Emilito?—exclamó Julia interrogando a Delfina con la mirada.

—Ha quedado en la pileta de la noria jugando con sus barcos al cuidado de Pedro, quien, como tú sabes, lo idolatra — exclamó Cristián adelantándose a la contestación que debía dar Delfina.

Pedro era el viejo jardinero de la casa—hombre de toda confianza y a quien la señora distinguía con especialidad por su competencia y por su honradez.

—¿Pedro te dió esos lindos claveles, Cristián? —preguntó Julia con aparente indiferencia y muy complacida al ver que el semblante de Delfina cambiaba de color.

—No; me los regaló Delfina—replicó tranquilamente Cristián.

—¿Cómo ahora ya no le regala usted rosas, señorita Delfina?—exclamó Julia.

—Tú has dicho que las de los rosales del parque son de mal agüero... qué poca memoria tienes, Julia, y como Delfina es supersticiosa.

—¿Usted cree en eso, señorita?—exclamó Julia con expresión de burla.

Delfina dirigió a Julia una mirada impregnada de desconfianza, en tanto que le decía:

—Siempre he creído que las flores no eran susceptibles de inspirar esas agüerías; son, en cambio, nuestras más simpáticas compañeras en la vida y en la muerte. Expresan siempre las más dulces manifestaciones de nuestros sentimientos, cuales ellas mismas tuviesen en sus cálices un cerebro para pensar y un alma para sentir. Así, en las fiestas ocupan el primer sitio, contribuyendo con la armoniosa combinación de sus colores, de sus formas artísticas y con su aliento perfumado a embellecer y a dar vida al ambiente que las rodea. Símbolos de virtud, de pureza, de castidad, coronan la frente de las vírgenes, engalanan los santuarios llevando a nuestro espíritu la más grata sugestión. Indice refinado de cultura y de galantería, a ellas confiamos nuestros secretos, nuestras caricias y nuestras lágrimas. No concibo la existencia sin las flores, como no concibo el cielo sin azul y sin estrellas. En los contrastes de la vida, ellas tejen una guirnalda que va desde la mesa del festín a la losa fría del sepulcro, vinculando así el dolor a la dicha, cual si fuesen compañeros inseparables...

—Está usted muy elocuente, señorita—exclamó de pronto la señora, interrumpiéndola amablemente—. Nos ha hecho usted una rápida disertación, un poco romántica tal vez, pero, en el fondo, muy verdadera...

—Es usted muy bondadosa, señora—replicó Delfina, agradeciendo con una inclinación de cabeza el elogio que le prodigaba Eleonora, y después de una pausa, agregó— : es un tema tan simpático, que si fuéramos a dilucidarlo en toda su amplitud, podría escribirse un libro...

—Sería muy interesante—exclamó Julia con sorna mal disimulada.

—Y tú, ¿por qué crees que las lindas flores que producen los rosales del parque son de mal augurio?—exclamó la señora de Morán dirigiéndose a Julia.

Julia sonrió con una mueca maliciosa, y después de reflexionar un instante, dijo con tono festivo :

—Pero si era una broma, Eleonora... una broma que sólo Emilito podría tomarla a lo serio ; aunque después me he convencido de que también la señorita Delfina se ha sugestionado con ella... y es por esto por lo que ahora, en vez de rosas, obsequia con claveles a mi primo Cristián —agregó riendo.

Cristián se dió perfecta cuenta de la intención

que envolvían las palabras de Julia, y en momentos en que Delfina, un tanto turbada por la agresión encubierta, se proponía replicar, se dirigió a su prima para preguntarle con la mayor naturalidad, al ver que comprimía con sus manos un libro a la rústica con cubierta de papel amarillento:

—¿Puede saberse de qué trata el libro que tanto te interesa?

—No es un secreto... es un precioso trabajo de Marcel Prevost, *Les Anges Gardiens*... ¿Lo has leído, Cristián?

—Sí, lo he leído, y te diré con entera sinceridad, que no me parece lectura provechosa para una niña... No ha sido muy feliz Julia en la elección...

—¿Por qué?—exclamó ésta con aire de sorpresa.

—Por ciertos escollos que se encuentran en sus páginas, y que tienen una significación demasiado cruda... En último caso, siempre sería un libro más útil para una madre de familia que para una niña.

—¿Lo crees así?

—Tal como lo oyes. Es indudable que el autor se propone revelar todos los peligros a que se exponen las madres entregando la educación de sus hijos a institutrices mercenarias, algunas

de las cuales son verdaderos venenos para el corazón de las niñas; pero debes tener en cuenta el ambiente en que ellas actúan para hacer las debidas y justas distinciones. En todos los gremios sociales — prosiguió Cristián — existen esos seres anormales, que, al amparo de las funciones que desempeñan y del concepto social con que se les distingue, aprovechan esas circunstancias para escudar las malas artes; pero no se puede hacer tabla rasa e imputar a todo un gremio, dentro del cual la mayoría es buena y útil, los defectos y los vicios, que son perfectamente individuales. De todo esto, y considerando las cosas como las establece Marcel Prevost, debe simplemente pensarse que dicho autor ha querido solamente dar un alerta respecto de ciertos peligros que puede correr una señorita entregada a la dirección intelectual y moral de una degenerada cualquiera; pero nunca arrojar el desprestigio sobre todo un gremio social, que presta y prestará siempre muy buenos y abnegados servicios. Juzgar de esa manera a las institutrices, en general, sería proceder con injusticia y con crueldad.

—No comparto tus opiniones—exclamó Julia, empeñada, como estaba, en llevar un ataque directo a Delfina, desvirtuando la tesis de Marcel Prevost en favor de sus intenciones—. Es-

te libro — dijo después, levantándolo en alto como un trofeo — dice grandes verdades que debemos aprovechar tanto las niñas como las madres de familia para no ser víctimas en un momento cualquiera de la audacia y de la perversidad de esas *señoritas* que se introducen en el hogar más puro para explotar la confianza que se les dispensa en provecho de propósitos inconfesables. Los tipos que describe son tomados de la vida real, tienen una psicología propia, y un conjunto, una ética que raya en la delincuencia, y todo esto es verdad, la purísima verdad — exclamó Julia con aire de triunfo.

Y abriendo las últimas páginas del libro leyó en voz alta el siguiente párrafo, puesto en boca de Ivonne:

«Si nosotros tuviéramos hijos, prefiero que permanezcan siendo toda la vida unos pequeños palurdos ignorantes antes de abrir mi casa a las *Sandra*, a las *Mag* o a las *Fanny*. Ellas nos han hecho demasiado daño.»

—¿Y bien?—exclamó Cristián—. ¿Eso qué significa?

—Significa que esas institutrices son unas malvadas, y que, sobre esos *clichés* se pueden

calcar muchos otros que tienen la apariencia de no serlo—dijo Julia con exaltación.

—No—replicó Cristián—, quiere decir simplemente que Sandra, Fanny y Mag son gentes que deben tomarse con pinzas; pero, ¿y cuántos hay en sociedad que se tramitan con aires de personajes, y que a fuerza de audacia y de tolerancia indulgente se colocan en primera línea y tienen una figuración que no merecen? Vamos, Julia, sé más razonable y no te dejes transportar por entusiasmos injustificados.

—¿Y qué me dices de esto otro?—exclamó Julia eludiendo la réplica—. Es Mme. Haumont-Segré la que habla... Escucha, Cristián, las lindezas que salen de su corazón, más que de sus labios:

«Nos roban nuestras hijas; en nuestro propio hogar, bajo nuestros ojos, en nuestra presencia, nos las transforman...»

—¿Qué tal las *nenas?*...—exclamó Julia fijando una felina mirada en el semblante de Delfina, a la que se había propuesto dar el golpe de gracia con la lectura de los párrafos que hemos transcrito—. Ya lo ves, Cristián—agregó después—, esas bribonas son como el pulpo que se adhiere con múltiples ventosas para inuti-

lizar a su víctima; así absorben ellas lentamente el cariño de las hijas.

—No ha soñado Marcel Prevost tener una propagandista tan entusiasta como tú—exclamó Cristián, pasando por alto las apreciaciones de Julia, guiadas por el propósito innoble de agredir a Delfina, que había permanecido muda y silenciosa cual si no se diera cuenta de la intención malévola de ésta—. No te felicito por las simpatías que te inspira ese libro—replicó de nuevo Cristián.

Y dirigiéndose de pronto a Delfina le dijo en tono muy amable y afectuoso:

—Señorita Delfina, ¿quiere usted que continuemos nuestro paseo?... Vamos a la Noria en busca de Emilito...

—¡Descortés!—exclamó Julia, esforzándose por aparecer tranquila y disimular así la aguda nota del desaire.

—¿Es que las institutrices roban también a los primos?—exclamó Cristián con acento de burla, y que era toda una provocación.

Julia sintió el golpe, que caía como un mazazo para aplastar su audacia... No supo qué contestar, y apenas pudo fingir una explosión de risa, que más bien parecía un gemido de dolor.

Cristián la contempló humillada y perdida en sus propias redes, y para acentuar aún más el

castigo que se proponía imponerle por su mala conducta, apenas había dado algunos pasos con intención de alejarse, volvióse bruscamente para decirle :

—¿Quieres acompañarnos?...

—Gracias — exclamó Julia procurando disimular de nuevo su contrariedad—. No te dejes robar, Cristián—agregó después como echando a broma el dicho de su primo.

Y contempló despechada y con envidia a la dichosa pareja que se alejaba de la terraza conversando alegremente, y vió a Cristián inclinarse, levantar del suelo algo que no pudo interpretar, tal vez alguna piedrecita de formas y colores caprichosos, de las tantas que había en las callejuelas del jardín, y entregársela a Delfina, y más allá, arrancar una flor para ofrecérsela de la misma manera, y los siguió con la mirada fija, como fascinada, hasta que en un recodo del parque desaparecieron entre el tupido follaje.

—¡ Cuánta felicidad ! — pensó con egoísmo.

Y después de suspirar profundamente, abrió de nuevo el libro y repitió la frase de madame Haumont-Segré, mirando al mismo tiempo a la señora Eleonora, que durante todo este episodio había permanecido silenciosa y como absorta en su libro de oraciones.

—Te lo roba, Eleonora... Delfina te transforma a Cristián—exclamó Julia, con la marcada intención de producir en el ánimo de la señora la alarma que ella se proponía.

—Es una obsesión tuya—exclamó la señora de Morán con aire tranquilo—. Conozco bien a Cristián, es un hombre sensato, con mucho dominio sobre sí mismo; así, no lo juzgo tan infantil como para dejarse subyugar como un colegial por una pasión romántica... En cambio, te diré con toda sinceridad, y no lo tomes a mal, has estado cruel con esa pobre Delfina, a quien has torturado sin piedad...

—Con mi conducta hacia ella se hace más interesante a los ojos de Cristián... A estos intrusos—agregó Julia—siempre les cuadra el papel de víctimas resignadas. Pero yo te digo, Eleonora—exclamó después de un instante de silencio y con aire profético— : si no tomas una resolución enérgica y no alejas de esta casa a ese *Ange-Gardien*, que se hace la *mosquita muerta*, y ya verás cuál será el final de estos paseos y pretextos para ir a la Noria en busca de Emilito... el tiempo no tardará en darme la razón... ya verás...

La señora escuchaba a Julia con aparente indiferencia, hojeando su libro de oraciones y fingiendo ordenar en los diversos capítulos las lu-

josas estampas de santos que le servían de guía; de tiempo en tiempo levantaba su hermosa cabeza para fijar en Julia una mirada dulce, pero al mismo tiempo investigadora.

De pronto cerró bruscamente el libro, y mirando ahora a su sobrina cual si quisiera escrutar dentro de su cerebro, le dijo con acento cariñoso:

—Julia, no me ocultes tus sentimientos... tú estás enamorada.

—¡Yo!—exclamó Julia profundamente desconcertada ante el ataque inesperado de Eleonora—. ¡Qué gracioso!...—exclamó después—. —¿Yo enamorada?... ¿Cómo se te ocurre semejante cosa, Eleonora?

—¿Cómo se me ocurre?... De una manera muy fácil de comprender. Es en vano que tú pretendas desviar de mis legítimas sospechas lo que tu corazón siente, pues yo lo adivino en tus ojos, lo veo en tu semblante, me lo dicen el temblor de tus labios, la impresión de angustia que en ciertos momentos te produce la presencia de Cristián. Tu misma conducta desde hace un tiempo, tan poco amable y con frecuencia injusta y agresiva para con esa pobre Delfina. Todos estos hechos que vengo observando sin que tú te hayas dado cuenta, han llevado a mi espíritu el convencimiento de que Cristián no te es

indiferente. Tú estás enamorada de tu primo; tu misma actitud te traiciona. ¿Por qué te empeñas en ocultarlo?... Ya sabes—prosiguió Eleonora—que yo te quiero cual si fueras mi hija, y me sería muy satisfactorio que Cristián correspondiera a tu cariño...

Julia permanecía callada, con la cara inclinada sobre el seno, mirando como una inconsciente la carátula del libro que tenía sobre las faldas, escuchaba en esa actitud y con ansiedad creciente las palabras de su tía, cada una de las cuales repercutía en su oído como un eco doloroso; pero llegó un momento en que su resistencia se agotó y el secreto que guardaba sigilosamente dentro de su pecho necesitaba expansión, la oprimía de una manera angustiosa; la hora suprema de decirlo todo había sonado, hora triste, de cruel desengaño y de esperanzas frustradas.

Necesitaba desahogar todo el dolor que había acumulado en su corazón durante tanto tiempo. La pasión que la dominaba rompería, por fin, las vallas del disimulo, de la ocultación, de las zozobras, de las conveniencias que imponen a una niña el sacrificio de sus más íntimos sentimientos. Así, no fué poca la sorpresa de Eleonora cuando vió que Julia, pálida y convulsa, se arrojó a sus brazos como una criatura

desesperada, y, ocultando en su seno su linda cabeza, rompió a llorar con un desconsuelo tan intenso, que conmovió profundamente a la señora.

—Es cierto, Eleonora—decía Julia sollozando— ; tú has leído en mi corazón, como pudo hacerlo una madre que adivina los sentimientos de su hija... pero todo es inútil ; Cristián está dominado por Delfina...

—Julia, por Dios, no llores así... eres una niña sin experiencia... es posible que Cristián no haya advertido tus inclinaciones... cálmate... yo le hablaré... ya verás que Delfina le es indiferente... es una obsesión tuya... Cristián tiene por la institutriz las atenciones que puede tener un caballero por una señorita, y más explicables aún si se considera que él es el dueño de casa, que es un hombre muy sociable ; que Delfina, a su vez, es una niña instruída, simpática, y, por consiguiente, capaz de interesarlo en esta soledad en que vivimos. Tengo la seguridad, y debes tenerla a tu vez, de que mañana, cuando regresemos a la capital y nos instalemos en nuestra casa, Cristián tomará de nuevo sus hábitos de independencia y de labor y Delfina volverá a sus tareas como una de tantas. Será una visión fugaz que habrá pasado al lado de tu primo sin

dejar otro recuerdo que aquel que puede despertar la amable sociedad en que ha vivido.

—¡ Ah, Eleonora !—exclamó Julia conteniendo sus sollozos— ; tú eres demasiado optimista y no te has penetrado aún de la transcendencia que tiene la actitud de Cristián ; quiera Dios que no tengas que arrepentirte de tu credulidad... esa advenediza te lo roba, como saben robar el cariño esas malas mujeres de que habla el autor del libro que tanto ha irritado a Cristián. Delfina lo ha vuelto poco a poco como la serpiente tentadora, y él, pobre iluso, encuentra dulces y suaves esos lazos con que la aprisiona, sin darse cuenta del móvil interesado que la guía... Es que Cristián, en su despreocupación y en su ofuscamiento, no piensa que un hombre de sus condiciones morales, de su figuración social y con la inmensa fortuna de que dispone, es un candidato codiciado...

—¡ Julia !—exclamó la señora de Morán, interrumpiéndola bruscamente— ; ¿pero no adviertes de que tú misma contribuyes a enaltecer a Delfina, cuando la supones capaz de tantas aspiraciones?

—Esas mujeres son capaces de todo—exclamó Julia en un arranque de impaciencia provocado por la calma y las reflexiones de la señora de Morán.

—¿Eso dice también tu libro?—replicó Eleonora sonriendo.

—Eso dice mi clarovidencia ante los hechos que vengo observando y en presencia de los cuales no me explico la excesiva confianza que tienes en tus propias reflexiones.

—Es que yo no estoy enamorada—exclamó riendo con franca expansión la señora Eleonora.

Julia guardó silencio, parecía meditar una resolución; de pronto se irguió delante de su tía en una actitud que impresionó a la señora. Estaba intensamente pálida, temblándole los labios y las manos, y con voz angustiada y de acento gutural, le dijo secamente:

—Eleonora, yo debo irme de esta casa; mis nervios ya no resisten más los choques y las conmociones que sufro diariamente, hora por hora, minuto por minuto. Mis resistencias se han agotado, y si no tomo esta resolución, concluiré por enloquecerme de dolor... Te suplico que nada digas a Cristián de todo cuanto acabo de revelarte, pues estoy bien segura de que se reiría, y esa malvada mujer le haría coro... me basta con el desdén, lo acepto y me resigno; pero la burla es un ultraje que no merézco y que no debo soportar.

—Lamento que tomes una resolución tan ex-

trema y te aconsejo que no lo hagas ; si tú lo juzgas a Cristián un caballero, debes pensar que jamás podrá olvidarse de las consideraciones que debes merecerle. Si alguna vez, respondiendo a tus altiveces mal disimuladas, ha podido echar a la broma y reírse de tus apreciaciones, no tienes derecho de hacerle un cargo, y no olvides, Julia, que la crueldad y el orgullo para con los débiles, con los humildes, con aquellos que dependen de nosotros, y que tienen que comer de nuestro pan para vivir, podrán humillarlos y deprimirlos, pero no es una acción noble y de personas de corazón el aprovecharse de esas circunstancias para satisfacer venganzas injustificadas. Ven, hija mía—continuó la señora de Morán—, y lamento tener que repetírtelo, has estado injusta, agresiva y fuera de la posición que ocupas en esta casa, con esa pobre maestra que, en definitiva, ¿qué daño te ha causado?... Aun en el caso de que tuviese todas las preferencias de Cristián, ¿sería de ella la culpa?... Ante todo, es menester ser ecuánime.

—Tú también la defiendes, Eleonora—exclamó Julia como reprochando a su tía el interés que parecía tomar por Delfina, y sin esperar que la señora levantara el cargo injusto, abandonó la terraza, desapareciendo por la puerta del salón.

La señora Eleonora permaneció un momento indecisa ante la conducta irregular de su sobrina... la siguió con la mirada absorta, en tanto que murmuraba lentamente :

—¿Es posible que esta criatura, siempre tan correcta y tan fina, haya perdido la cabeza de esa manera?...

Luego agregó :

—Sería esta una comedia de enamorados como para reír, si no interviniera Cristián.

Y abriendo por tercera vez su libro de oraciones, procuró tomar el hilo de la lectura, varias veces abandonada, con la que procuró ahuyentar de su espíritu la ingrata impresión que le dejara la actitud de Julia.

VII

Transcurrieron apacibles y sin zozobras para Delfina y Cristián las hermosas tardes de la quinta.

El episodio de la terraza no había dejado en el ánimo de los enamorados más que la convicción de que Julia buscaba por todos los medios la ocasión propicia para hacer desmerecer a Delfina a los ojos de Leonora, sin obtener otro resultado que el que Cristián sintiera exaltarse aún más la pasión que lo dominaba, y por parte de la señora ya hemos visto con qué tranquilidad y despreocupación escuchaba sus insinuaciones interesadas.

El banco rústico del fondo de la avenida de los plátanos era el sitio predilecto de sus encuentros furtivos, y allí, sin más testigos que Emilito, entregado siempre a sus juegos, podían li-

bremente decirse todas las cosas que siempre sirven de tema a los enamorados.

Delfina dudaba aún de tanta felicidad y era menester que Cristián le repitiera una y más veces todas las tardes que su cariño era sincero, que nada podría hacerlo cambiar de resolución, y que pronto tendría ella el convencimiento más absoluto de que sus promesas se convertirían en una realidad.

Después de insistir sobre sus dudas, concluía por pedirle que la perdonara, que ella era una niña sin mundo y sin experiencia, que jamás había creído merecer tanta dicha.

—Mírame — le decía Cristián—, lee en mis ojos, ellos te dirán mejor que mis palabras cuánto es el amor que siento por ti.

—Sí, sí, te creo, Cristián ; te creo como a mi padre... como a Dios... yo no tengo en el mundo sino dos seres a quienes amo... mi padre, mi padre—repetía, y poniéndose de pronto con el rostro encendido como una amapola, interrumpió su discurso.

—Tu padre, ¿y quién más, Delfina?—exclamó Cristián con fingida ansiedad.

—Y tú...—dijo después de una breve pausa, apoyando su hermosa cabeza sobre el hombro de Cristián, mientras éste tomaba una de sus manos para cubrirla de besos apasionados.

En torno de ellos, la Naturaleza parecía celebrar con regocijo el festín de sus amores.

Pequeñas nubes pasaban sobre sus cabezas como bandadas de palomas blancas. Una atmósfera tibia, acariciadora, impregnada de variados perfumes, se esparcía como el aliento de los rosales y de los claveles en flor, de las madreselvas también floridas, y desde cuyo tupido follaje se oía el piar de los nidos. Escondidos entre las ramas de los plátanos las chicharras y los grillos cantaban como de contrapunto, mientras una nube de mariposas pasaba, describiendo en sus vuelos curvas caprichosas, fascinadas por los haces de luz que filtraban por las copas de los árboles.

Esas tardes deliciosas eran el encanto de Delfina. La quietud, el silencio, la calma de la campiña, interrumpida solamente por el canto de los pájaros, el chirriar de los grillos, el piar de los nidos, el murmullo lejano de la caída del agua en las fuentes del jardín y de tiempó en tiempo las explosiones de alegría de Emilito entretenido en sus correrías, llevaban al ánimo de Delfina, embriagada con el ambiente saturado de fragancia, que sus pulmones respiraban con voluptuosa fruición, una sensación de bienestar y de placidez tan intensa que, instintivamente, dirigía sus ojos al cielo azul, diáfano y sereno, y una

plegaria muda, pero sentida, impregnaba su corazón de gratas promesas para el porvenir.

La llegada de Cristián, que se anunciaba desde lejos, canturreando una estrofa de las tantas que ella dejaba oír por las noches cuando la familia se reunía en el salón para hacer música, completaba su felicidad.

Después de cariñosos saludos, cual si no se hubieran visto durante mucho tiempo, Cristián tomaba una de sus manos, y era menester que Delfina fingiera ponerse seria y contrariada, para que Cristián la dejara libre.

Y su diálogos eran invariablemente los mismos, como las estrofas de un poema.

—¿Me esperabas?

—Sí... ya creía que no vendrías...

—¿Por qué creías eso?

—Porque ya los grillos habían dejado de chirriar y las mariposas han desaparecido...

—Y las chicharras se han ocultado en sus escondites—exclamaba Cristián riendo como un niño—. ¿Esas son tus compañeras durante mi ausencia, no? Son el reloj que marca la hora de mi llegada... ¿Oyes? Todavía no han concluído su concierto...

—Es que vuelven de nuevo a chirriar...

—Es la segunda parte del programa—decía Cristián riendo de nuevo, y tomándole las ma-

nos con frenesí irresistible, trataba de atraerla para besarla en la frente.

—No, no seas malo... Ahí viene Emilito—decía Delfina como último recurso para defenderse de la amorosa agresión.

—¿Por qué eres tan mala y huraña?

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú... tú eres el malo...

—Bueno, señorita—exclamaba Cristián, afectando un aire grave y ceremonioso—, puesto que usted cree que yo soy malo...

—No, no, yo no creo eso—exclamaba rápidamente Delfina— ; eres bueno, buenísimo... eres un santo...

—¿Y tú?

—Yo, yo soy mala, perversa, caprichosa...

De pronto, se oía la voz de Emilito, que interrumpía el estribillo del diálogo :

—*Fina*, *Fina*, te traigo una linda mariposa... Mira qué linda—exclamaba el niño, que llegaba jadeante para arrojarse en las faldas de Delfina, mientras con su manecita levantada le hacía ver una mariposa grande, de negras alas aterciopeladas y cubierta de lunares rojos—. Toma, *Fina*, para ti... te la regalo...

Así concluían generalmente las entrevistas de la tarde. Delfina entregaba invariablemente a

Cristián el manojo de claveles y madreselvas olorosas, y juntos, tomados de la mano, como dos niños grandes, dos colegiales que se dirigen a su casa, se acompañaban hasta la entrada de la avenida de los plátanos. Allí se detenían un momento para mirarse, como para grabar recíprocamente su imagen en la retina. Después se separaban, no sin volver la cabeza repetidas veces, hasta que Cristián, enviándole un último saludo, se internaba en el parque en busca de su caballo, que el viejo Pedro tenía de las bridas.

Delfina acompañaba a Emilito, a quien llevaba de la mano, mientras el niño, entre uno y otro salto que daba al caminar y entre mil preguntas infantiles, llegaba a la terraza, donde encontraba siempre a Julia acompañando a su tía, muchas veces leyendo, otras tejiendo primorosamente sobre fina batista, en tanto que la señora leía su libro de oraciones o alguna revista de las tantas que llegaban a la quinta.

Deteníase al pie de la gradería, saludaba respetuosamente a la señora y con deferente amabilidad a Julia, que apenas se dignaba ahora contestarle.

Alguna vez Cristián acompañaba a Delfina hasta la casa, y esto sucedía con frecuencia en los últimos tiempos, a fin de que su madre empezara a darse cuenta de que su actitud no po-

día corresponder a un simple acto de cortesía, sino a algo más, y que forzosamente tendría que interesarle. Pero la señora, con una discreción que disimulaba perfectamente las sospechas que habían invadido su espíritu, y que Julia fomentaba por todos los medios, había empezado ya a meditar un plan de conducta, y en más de una noche la había sorprendido el alma cavilando respecto de la situación de Cristián y de Julia y ante el peligro de que en cualquier momento Delfina se impusiera, conociendo el carácter de su hijo, tan firme y tan resuelto, para sostener sus determinaciones.

La señora veía venir el momento crítico de resolver el problema que se presentaba a su espíritu, ahora con la seguridad casi plena de que Cristián lo afrontaría con toda serenidad, y temblaba ante las consecuencias que podrían producirse, y es por esto que su insistencia en no querer ver lo que todo el mundo en la casa había ya observado ; sólo respondía a ganar tiempo, ya que su propósito, a pesar de todo, era el de fomentar de todas maneras la unión de Julia con su hijo.

A la espera de esta oportunidad, la señora de Morán dejaba transcurrir los días sin apercibirse de que todo su empeño encontraría una valla infranqueable de parte de Cristián, por más que

ella tuviese sobre su hijo un ascendiente indiscutible. Pero, en esto, la buena señora incurría también en una falsa apreciación : Cristián era sumiso y obsequioso ; pero su acatamiento no era sino el fruto de su educación y del cariño respetuoso con que siempre la había distinguido.

Ahora era ya tarde para pedirle el sacrificio de sus más gratas ilusiones ; ellas habían adquirido toda la realidad de un hecho consumado, y pedirle que olvidara a Delfina hubiera sido lo mismo que exigirle el sacrificio de su propia existencia.

VIII

Los últimos días de abril, con sus mañanas azules, serenas, perfumadas con las fragancias de las violetas y de los espinillos en flor, eran para Delfina mensajeros amigos de todas las promesas que debían completar su felicidad.

Se aproximaba el instante supremo en que vería realizados sus anhelos, y con él las dudas angustiosas y los presentimientos que agitaban su alma se disiparían, ante la realidad de un acontecimiento que decidiría para siempre su destino.

Cristián le había dicho una tarde :

—Tan pronto como termine el otoño, ya no tendremos que ocultarnos, ni fingir, ni desplegar esta estrategia tan llena de zozobras y de sobresaltos para ti. No quiero y no debo demorar más mi resolución e impondré de ella a mi madre.

Delfina tembló como si hubiese cometido una falta, y nada pudo contestar a Cristián; se limitó a fijar en él una mirada de agradecimiento, de amor, de plena confianza en su palabra; después inclinó su cabeza sobre el seno, y en esa actitud pensativa empezó a arrancar uno por uno los pétalos aterciopelados de una hermosa dalia que le había traído Emilito.

Cristián la observaba sonriendo plácidamente, y, mientras ella arrojaba sobre sus faldas los despojos de la flor, se entretenía en decir el estribillo conocido y aplicado a las margaritas: «Me quiere... no me quiere...»

—¡Romántico!—dijo Delfina levantando de nuevo su cabeza para mirarlo una vez más, con la expresión apasionada que se proyectaba de sus pupilas glaucas.

—¿En qué pensabas?

—En ti...

—¿En mí solamente?

—Sí... en ti y en mi papá...

—Qué alegría tendrá el viejecito cuando sepa... ¿Tú no le has escrito?

—Sí... pero de ti nada le he dicho.

—¿Por qué tanta reserva con tu buen papá?

—¿Por qué...? No sé—dijo Delfina con voz emocionada.

—¿Dudas aún?

Evadiendo la contestación, arrancó el último pétalo de la dalia, y arrojando el tallo lejos de sí exclamó :

—No me quiere...

—Mala... incrédula, estoy por enojarme contigo.

—No, no... sí, sí me quiere... era todo broma... ¿sabes?

Cristián rió ruidosamente ante la aflicción de Delfina, y sacando del bolsillo un pequeño estuche, le dijo, con aire grave :

—Este recuerdo era para una niña que se llama Delfina, que me quería mucho y que yo también quería como a mis ojos ; pero un cruel desengaño ha venido a demostrarme que todo su cariño se ha destruído como esa flor inofensiva que acaba de deshojar...

—No, no quiero—exclamó Delfina, interrumpiéndolo, mientras estiraba la mano para apoderarse de la pequeña caja forrada con cuero de Rusia perfumado, y ostentando en la cubierta con letras doradas las iniciales de Delfina.

—¿Quieres ver su contenido?—exclamó Cristión, retirando rápidamente la mano, como en un juego de niños.

—Como no es para mí—dijo Delfina con timidez y con fingido desaliento—. Ya no me inte-

sa—agregó, mirando como distraída las yemas sonrosadas de su diestra.

Pero de pronto ella también empezó a reír con la mima expresión de franca alegría con que lo hiciera Cristián, y después de un instante en que sus miradas se encontraron para hablarse un lenguaje más expresivo que las palabras, permanecieron así silenciosos, extáticos y como si un mismo pensamiento y un mismo deseo los impulsaran de una manera irresistible, abrieron sus brazos, y estrechados en un amoroso vínculo formaron por un momento un grupo de plástica belleza, que hubiera servido de modelo incomparable al genio del artista...

El pequeño estuche contenía una esmeralda purísima de gran mérito, rodeada de brillantes. Un precioso anillo que ajustaba perfectamente al anular de Delfina. Contempló emocionada la valiosa piedra, y mirando alternativamente a Cristián y a su mano engalanada con esa joya, no podía articular una palabra; en cambio, dos lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas. Ellas eran la expresión más sincera de la emoción que experimentara ante un obsequio de tanto valor y de gusto tan delicado.

—¡Qué niña eres! ¿Por qué lloras?

Delfina no contestó, acercó la mano a sus la-

bios y besando el anillo que había colocado en el anular, dijo después de una pausa :

—Y yo, ¿qué puedo ofrecerte, Cristián?...

Y despojándose del que ella usaba constantemente, un pequeño disco de oro cincelado, se lo alargó tímidamente y con mano trémula, diciéndole con voz apenas perceptible por la emoción :

—Tómalo, es un recuerdo de mi pobre madre...

Después de esta escena, durante la cual Cristián mismo se sintió conmovido más de una vez ante las candorosas manifestaciones de Delfina, se levantó de pronto para retirarse. Era ya la hora en que Emilito volvía con el viejo jardinero para regresar a la casa.

—Mañana debo salir para la estancia, necesito estar ausente durante un semana — dijo Cristián—. Escríbeme todos los días. Pedro ya tiene encargo de recibir tus cartas. Cuéntame todo lo que haces, todo lo que piensas. Yo también te escribiré.

Delfina recibió la noticia con marcadas muestras de contrariedad y de pena...

—¿Mañana muy temprano te vas?—dijo después, aparentando una calma que estaba lejos de sentir—. Y si demoraras unos días más...—agregó después de una pausa de silencio.

—No es posible... ; mi presencia es allí indis-

pensable. Me ha escrito el mayordomo hace ya varios días invitándome a que fuera... y yo he demorado la salida... ¿Tú sabes por qué? ¿No lo sabes, Delfina?...

—¡Qué bueno eres, Cristián!...

—¿Y ahora?

—¿Qué?—dijo Delfina, que había penetrado el pensamiento de Cristián y fingía no comprenderlo.

—Ahora debemos despedirnos... Cuando se emprende un viaje, los buenos amigos se dan la mano, se abrazan, se...

—Eso toca a los buenos amigos—dijo Delfina sonriendo maliciosamente.

—¿Y nosotros?

Delfina alargó su cuello y presentó a Cristián su frente tersa y cubierta de pequeños rizos. Cristián imprimió en ella un casto beso, y comprimiendo fuertemente sus manos:

—Hasta la vuelta—exclamó, y se alejó de aquel sitio de amor y de dicha con el corazón impregnado de gratas emociones, en tanto que aspiraba el perfume capitoso de los claveles y madreselvas con que lo obsequiaba todas las tardes.

... ...

Apenas Cristián se hubo alejado, no sin volver la cabeza repetidas veces para enviarle un último saludo, correspondido por ella, que agitaba su pañuelo con el brazo levantado en alto cual si la ausencia significara una larga separación y sin pensar que pocas horas después se encontrarían de nuevo en el comedor, Delfina se despojó del ànillo, volvió a contemplar deslumbrada la hermosa esmeralda, en tanto que decía para sí :

—Símbolo de su cariño, rica ofrenda de un noble corazón, ¿serás también el talismán de mi felicidad?

Luego se acordó de su padre y no pudo menos de impresionarse pensando en la inmensa alegría que iba a producir en su ánimo la inesperada noticia que aún no se atreviera a comunicarle. ¡Qué diría el noble anciano cuando ella se arrojara a su cuello para susurrarle al oído, mientras cubría de besos sus pálidas mejillas, que Cristián era su novio y que muy pronto la vería transformada nada menos que en la señora de Morán!

... ...

Delfina era creyente apasionada, y en su in-

genua convicción religiosa no se conformaba con las prácticas habituales que había observado desde muy niña. Ellas le parecían ahora mezquinas ofrendas para presentar a la Virgen, de la que tantos beneficios recibiera. Así, diariamente acumulaba promesas e imposiciones de otras prácticas que importaran verdaderas privaciones y sacrificios que se proponía cumplir tan pronto como la familia se trasladara a la ciudad.

Su felicidad era tan grande, que el aceptarla sencillamente como un hecho lógico y natural, le parecía una acción egoísta. Así, bien merecía un sacrificio de su parte como demostración sentida de su agradecimiento, cual si ella fuese realmente una gracia concedida a su fe, a sus plegarias, a su conducta de niña buena y virtuosa.

... ...

Durante la noche, cuando se recogía en su habitación, se arrodillaba delante de una pequeña imagen de la Virgen que colgaba de la cabecera de su camita de bronce, juntaba las manos en actitud de súplica y, apoyando su frente sobre el borde de la misma, solía exclamar :

—¡ Oh Virgen santa ! ¿ Será verdad que yo pueda merecer tanta dicha? ¿ Eres tú, Virgen

de mis plegarias y de mis promesas, quien ha querido concederme esta gracia tan superior a mis merecimientos? ¡ Bendita seas, madre de los desamparados; pongo en tu sagrado corazón todas mis esperanzas, todos mis anhelos de ventura! No me abandones; seré siempre tu hija más humilde y devota de tus virtudes divinas. ¡ Oh madre mía! — agregaba después, sacando del seno un relicario que colgaba de una cadenilla de oro—; tú, que estás seguramente disfrutando de la bienaventuranza, porque también fuiste buena, humilde y piadosa, intercede por mí, por esta criatura tuya abandonada a su propio esfuerzo con el único amparo de un anciano que necesita de mi cariño, de mis cuidados y de la mísera ayuda que he podido proporcionarle hasta ahora. Intercede por Cristián, por el más noble y bueno de los hombres, por quien daría mil vidas si ellas fueran necesarias a su felicidad.

Al hacer esta invocación, contemplaba la imagen de la madre, una delicada miniatura encerrada en el medallón como una verdadera reliquia. Cubríala después de besos para volver a colocarla sobre su seno al calor de sus recuerdos piadosos.

—¡ Oh santa madre, cuya felicidad en este mundo ha sido tan fugaz; si pudiera compartir

también contigo las horas de dicha que me esperan! ¡Ah! si vieras, cuánto te amaríamos, porque Cristián había de quererte como a una segunda madre.

Era así cómo Delfina, en la soledad de su habitación, cuando en torno de ella todo era quietud y reinaba el silencio de la noche, interrumpido de tiempo en tiempo por rumores lejanos y confusos, por el chirrido infatigable de los grillos, por el grito del ave que pasa como asustada, por el balido de la oveja, confundido con el de la hacienda vacuna, que suspende su rumiar incesante para lanzar un mugido prolongado que se refunde en el ambiente como un eco doloroso y lastimero.

En ciertas noches se sentía invadida por un sentimiento de pavor y de misterio que ella misma no podía explicarse, y en esos momentos no se atrevía a asomarse al balcón que tenía vistas al parque, porque ese panorama nocturno, iluminado por los rayos del plenilunio de abril, poblaba su imaginación de fantasmas y de apariciones siniestras con que sus ojos descifraban las sombras de los árboles en sus contornos caprichosos.

En una de esas noches, dos días después que Cristián saliera para la estancia, mientras se hallaba entregada con más fervor a implorar la

protección de la Virgen, a quien ofrecía ahora el ramo de claveles y madreselvas, por ausencia de éste, pudo oír claramente, en medio del silencio que la rodeaba, el galope lejano de un caballo que ella hubiera podido distinguir entre muchos otros, tan acostumbrado estaba su oído a ese mismo rumor.

—¡ Cristián ! —exclamó sobresaltada—. ¿A estas horas ya de regreso? No es posible— agregó.

Y, sin embargo, el rumor se aproximaba cada vez más y, de pronto, oyó el ruido seco de la tranquera que se abría con el chirriar desafinado de sus goznes herrumbrosos ; después, el choque seco del cierre ; un momento de silencio y de nuevo el galope precipitado del caballo.

Delfina, sobresaltada, inquieta y temerosa, tuvo un extraño presentimiento que hizo estremecer todo su cuerpo.

Desde el primer instante había aplicado su oído atento contra las varillas de la persiana, y cuando el rumor del galope le pareció que ya era cercano, dirigió su mirada escudriñadora para ver a través de las rendijas, y en ese mismo momento, saliente de un oasis de sombra, en la mitad de la avenida principal del parque, la luz de la luna iluminó por completo la figura arrogante de Cristián, montado gallardamente

sobre su caballo favorito, un tordillo árabe de pura sangre.

—¡ Cristián !—exclamó de nuevo y cayó de rodillas casi desfallecida ante el balcón, sintiendo ahora otro golpe : el de su propio corazón, que parecía querer vencer la resistencia del pecho con golpes fuertes y tumultuosos.

Repuesta un tanto de su primera impresión, dijo para sí :

—¡ Qué tonta soy ! ¿Por qué he de impresionarme? ¿Acaso tiene nada de particular que Cristián regrese antes de la fecha que había fijado? ¿Por qué he de pensar en nada malo?

Y sin embargo, eran tales la aprensión y la angustia que experimentaba, que durante toda esa noche no pudo conciliar el sueño.

Invadían su cerebro mil conjeturas, a cual más penosas y contradictorias, y en vano quería ahuyentar de la imaginación las sombras de tristeza y de zozobra que se adueñaban de ella ; todo su esfuerzo era vano. Quería ponerse alegre pensando en que Cristián había apresurado su regreso porque no podía vivir en su ausencia.

—¡ Me quiere tanto !—decía para tranquilizarse ; pero en seguida volvía a recaer en sus aprensiones y en los temores que la asaltaban.

Quiso rezar, pero tuvo que desistir de ese propósito, pues interrumpía sus oraciones para sen-

tarse de golpe en la cama y juntar sus manos en actitud de profundo desaliento.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó—. ¿Por qué estas dudas tan mortificantes? ¿Por qué este presentimiento que agita mi alma cual la amenaza de un peligro?

Y su agitación fué extrema cuando llegaron a su oído una serie de rumores que venían a decirle claramente que todos los habitantes de la casa se habían puesto en movimiento. Saltó del lecho como impulsada por una resolución súbita y se dirigió al balcón para convencerse de la realidad. Su sorpresa y su angustia no tuvieron límites cuando pudo observar al través de la celosía, que el salón y el comedor estaban iluminados, que las personas de servicio entraban y salían apresuradamente como obedeciendo a una consigna, y aún más, cuando de pronto, oyó el rodar de un carruaje que se aproximaba, después el mismo chirriar de la tranquera y por último vió distintamente el breack de la casa que se detenía ante la escalinata. En ese momento, Julia y la señora de Morán aparecieron en la terraza para recibir al médico de la localidad, quien, saltando del estribo sombrero en mano, preguntó con acento de marcado interés:

—¿Qué le pasa, señora, a mi amigo Cristián?

Un grito cuyo eco se perdió en el silencio de

la noche salió del pecho de Delfina como una exhalación de dolor.

—¿Has escuchado, Julia?—exclamó la señora de Morán después que hubo cambiado con el médico los cumplimientos de estilo y pedídole disculpa por haberlo molestado a hora tan insólita.

El grito de Delfina había repercutido en el corazón de la señora como un eco siniestro y misterioso y no atinaba a darse una explicación respecto a su origen. En cambio, Julia más perspicaz y prevenida, sospechó desde el primer momento que aquella exclamación de dolor no podía provenir de otro sitio que de la habitación de Delfina. Así, contestando a la interrogación de su tía le dijo con aparente indiferencia en tanto que penetraba al salón :

—He escuchado ese grito que por cierto me ha hecho estremecer, pues parecía el de una persona víctima de alguna violencia, y por el timbre de voz no puede ser otra que Delfina.

—¿Delfina? — exclamó la señora de Morán con aire de sorpresa.

Y mirando a Julia con semblante adusto le dijo en tono de suave reproche :

—Julia, para ti Delfina constituye una obsesión que ha concluído por ofuscarte...

—Juraría que de ella ha partido el grito...

Sólo que tú creas en los duendes—agregó después con acento burlón.

... ...

Entretanto, en la habitación de Delfina podía percibirse el murmullo de una oración. La pobre niña cuya desesperación había llegado al colmo, arrodillada delante de su Virgen protectora murmuraba entre suspiros y sollozos una plegaria por Cristián, a quien imaginaba ya rodeado de mil peligros.

El reloj del comedor cuyo timbre metálico alcanzó a oír distintamente dió tres golpes, y el médico aún no había salido. ¿Qué tendría Cristián, tan fuerte, tan robusto, tan tranquilo? se preguntó Delfina profundamente contrariada por su situación que le impedía reunirse a las personas de la familia para informarse mejor y prestar al mismo tiempo su ayuda...

—¡ Dios mío, qué desgraciada soy !—exclamó—, tengo que ocultar mi afecto como una delincuente, y no es un delito querer al hombre que me adora ; sin embargo, la familia, la sociedad, los convencionalismos que distancian a las personas pesan sobre mí como una montaña... Mañana apenas tendré el derecho de informar-

me como podría hacerlo cualquier persona de la casa...

Hizo una pausa y después agregó:

—Y Cristián pensará en mí y sentirá deseos de que esté a su lado, de que vele su sueño.

Envueltas apenas en sus ligeras ropas de dormir, acurrucada ahora junto al balcón para espiar el movimiento del personal de la casa, vió de pronto salir al médico acompañado de nuevo por la señora de Morán y Julia. Detúvose el doctor un instante en la terraza; pero le fué imposible a Delfina, por más que aguzara el oído, descifrar la conversación que sostenían; únicamente cuando se despidió, pudo escuchar claramente estas palabras que pronunció el médico al poner el pie en el estribo del carruaje:

—Mañana podremos apreciar mejor la marcha de la fiebre. Cristián es un muchacho vigoroso, y por el momento puedo asegurar de nuevo a usted que no veo peligro...

—Confío en usted, y muchas gracias, doctor— exclamó la señora de Morán respondiendo a un nuevo saludo del médico.

Delfina sintió en su corazón como un aleteo de alegría al escuchar las palabras del médico, promesas tranquilizadoras que disipaban un tanto las dudas angustiosas que la atormentaban. Siguió con mirada atenta el rodar del carruaje

que se iba alejando perdido entre las sombras de la amplia avenida, y juntando sus manos exclamó :

—¡ Virgen purísima, protege esa noble existencia, haz que pronto pueda verlo sano y guapo como siempre, ilumina la mente de su médico para que tenga acierto ; yo te ofrezco mi vida en holocausto ! Mísera criatura, conozco el sufrimiento desde la edad más tierna. Mi alegría ha sido siempre compañera inseparable del dolor. Hoy me sonríe una plácida aurora, y ya en el horizonte de la dicha prometida veo avanzar las densas nubes que tratan de obscurecerla.

Después de este monólogo se dirigió a la pequeña cómoda donde guardaba el anillo que le regalara Cristián, y abriendo el estuche exclamó :

—Esta preciosa piedra, digna de tu corona excelsa, es para ti, Santa Madre de los Dolores ; para ti... es nada, para una pobre maestra, es demasiado.

IX

Tan pronto como el alba empezó a difundir sus diáfanas claridades y penetraron por las rendijas de la celosía de la habitación de Delfina los primeros rayos de luz color de ópalo, saltó del lecho donde había pasado una noche de insomnio, de dudas y torturas indecibles. Se vistió apresuradamente y bajó al jardín como de costumbre.

Reinaban por todas partes la quietud y el silencio; las puertas de la casa estaban cerradas, las personas de servicio no habían abandonado aún sus viviendas, y sólo Pedro, madrugador infatigable, iba de un arriate a otro para observar sus plantas y dar comienzo a su tarea diaria.

La presencia del viejo jardinero fué para Delfina un motivo de alegría. Apenas lo divisó, se dirigió a él, y saludándolo con el tono afectuoso con que acostumbraba hacerlo, lo interrogó

sin preámbulos sobre el penoso acontecimiento que había convulsionado la casa durante la noche.

Pedro tenía por Cristián más que el cariño el respeto y la gratitud que puede sentir un hombre por su bienhechor ; lo quería con la ternura con que un padre puede querer a un hijo. Lo había visto crecer con el vigor y la lozanía con que había visto crecer a sus plantas predilectas. Cuando niño, lo había llevado en sus brazos, entretenido en sus juegos y correrías, secundado en sus caprichos infantiles, siempre complaciente y amable. Ahora lo veía todo un hombre y se esforzaba en toda ocasión para serle útil, con ese apego con que se adhieren a nuestra existencia las almas buenas y desinteresadas.

El niño Cristián formaba parte de sus mejores años, de su goce de vivir.

Cuando se le pedía algún dato respecto de una planta, alguna de las que llamaran la atención por su belleza, por su desarrollo prodigioso o por su edad, siempre tomaba como punto de comparación a Cristián. Así, hablando de una hermosa palmera fénix, decía con aire de orgullo : «Esta palmera tiene la edad del patrón. La planté el mismo día que nació. Esta magnolia—agregaba invariablemente, señalando el hermoso árbol—dió sus primeras flores cuando el ni-

ño tenía cuatro años». Vinculaba de esta manera sus afectos con la predilección que tenía por ciertas plantas, a las cuales cuidaba con más esmero, porque ellas representaban una etapa de la vida del patroncito Cristián, como él solía llamarlo para demostrar todo el afecto y toda la devoción que sentía por su persona.

Cristián, por su parte, correspondía largamente a las afectuosidades del viejo jardinero, tratábalo como a un amigo de la infancia colmándolo de atenciones, y no pocas veces pasaba horas enteras en su casita rústica hablando de las plantas cual si se tratara de viejas amigas, de las reproducciones, de dar a los invernáculos mayor amplitud y de aumentar el número de peones que estaban bajo su dirección.

Muchas veces le había propuesto jubilarlo, traer un jardinero joven para que él pudiera descansar y pasar su vejez con más holgura y con menos trabajo.

—Ya estás viejito, Pedro—solía decirle Cristián sonriendo— : tienes derecho a un merecido descanso, estas tareas ya se hacen fatigosas para ti.

Pero el viejo lo interrumpía con aire contrariado para rehusar agradecido la generosa oferta :

—¡ Oh ! aun soy fuerte, todavía puedo traba-

jar. Luego, estos hombres de ahora vienen llenos de exigencias, quieren ganar mucho y trabajar poco; ésos son unos sabios, y cuando usted los pone a la prueba, no saben hacer un trasplante, no saben cómo se comienza para practicar un injerto; en fin, no, no, niño Cristián, por Dios, no traiga de esa gente a esta casa, sólo sirve para proporcionar disgustos.

Y después de un instante de silencio, durante el cual quedaba pensativo y como entristecido, solía agregar:

—¿Es que usted no está contento de mi trabajo?... tal vez yo no me doy cuenta de que no lo ejecuto tan bien como antes: ¿es así, señor Cristián?

—No seas caviloso, Pedro — replicaba Cristián—, todos estamos contentísimos de ti y de tu trabajo.

Y donándole un cigarro se despedía de él con demostraciones afectuosas que en muchas circunstancias lo dejaban emocionado.

Cuando se advirtió de sus amores, dijo para sí:

—Sería una linda pareja, pero la señora Eleonora no permitirá jamás esa unión... ¡oh! conozco muy bien a la señora, antes se dejará matar—agregó, en su lenguaje crudo—que admitir a la señorita Delfina en familia. Y pobrecita, ella es muy buena; pero no se da cuenta

de cómo es la gente rica y de campanillas—exclamó haciendo badajo con la diestra y agitándola nerviosamente—. En fin, por mi parte, con tal de que el patroncito fuera feliz, qué importa todo lo demás... Al fin, también se han visto príncipes y reyes que se han casado con niñas pobres... por lo menos así lo enseñan los libros que yo he leído—dijo el viejo con toda la ingenuidad de un hombre sencillo y candoroso, a pesar de sus años.

Sin sospecharlo, Pedro se había convertido insensiblemente en el confidente más discreto de los enamorados. El había sorprendido los primeros encuentros, los había visto pasearse por las largas avenidas del parque mientras Emilito se entretenía en la pileta de la noria en hacer navegar sus pequeños barcos. Después, las citas en el banco rústico, los pedidos de claveles de Italia que le hiciera Delfina para componer sus ramos rodeados con madreselvas y diosmas, y por último, una tarde, mientras Pedro estaba trabajando en una colección de almácigos, al levantar la cabeza, vió a poca distancia a Cristián que imprimió un beso apasionado en la mano de Delfina.

Con todo disimulo, Pedro había tratado de alejarse; pero Cristián, que conocía la nobleza de ese hombre y sabía que era capaz de guar-

dar toda la reserva que convenía, lo llamó afectuosamente. Pedro acudió solícito al llamado descubriendo su cabeza poblada de matas de tupidos cabellos canosos.

—Mira, Pedro—le dijo con tono afectuoso— ; ya sabes cuánto aprecio tengo por ti ; no tengo por qué ocultarte mis acciones, porque ellas serán siempre correctas ; lo que acabas de presenciar, significa para ti que la señorita Delfina será un día tu patrona, ¿oyes, Pedro?... ahora, sé discreto, nada más debo decirte.

Pedro sintió la impresión como de un vaho caliente que le subía al rostro, miró alternativamente a Cristián y a Delfina, y después de un momento de silencio, con las córneas brillantes por la emoción, orgulloso al mismo tiempo por verse tratado con esa distinción confidencial, juntó sus manos como en actitud de súplica y dijo con acento de voz casi solemne :

—Niño Cristián, que Dios los bendiga.

Aquella nota de sinceridad, de cariñoso interés, sencilla e ingenua, porque brotaba de un alma siempre buena, en el ambiente apacible del campo, rodeados por la naturaleza amiga, engalanada con sus mejores adornos : flores y perfumes, en la hora del crepúsculo, bajo un cielo de azul intenso con diafanidades de rojo y de cobalto ; aquel grupo formado por dos personas

jóvenes en cuyo semblante se irradiaban la felicidad, la pasión y un mundo de promesas; el viejo Pedro completaba el cuadro de una escena patriarcal, cual si fuera el padre que bendice, que derramara sobre sus cabezas juveniles la bendición anhelada.

Y Pedro había guardado el secreto dentro de su pecho como se guarda una reliquia dentro del santuario. En vano Julia había tratado con esa fina diplomacia que emplea la mujer apasionada y celosa de escudriñar la conciencia del viejo, con preguntas, rodeos y dádivas, respecto a la conducta de Cristián con Delfina: nada había conseguido.

Y Julia había concluído por desistir de su empeño, clasificando duramente al pobre jardinero: «Este es un zorro viejo—se había dicho—, ni con torturas lo harían hablar, cuando él no quiere...»

Así, Delfina se dirigió a él en la seguridad de obtener todas las noticias que su corazón anhelante le reclamaba para calmar la excitación y la angustia de que estaba poseída.

Pedro, por su parte, no se hizo rogar para informarla minuciosamente de cuanto había sucedido.

Por la mañana de ese mismo día recibió orden de hacer llevar el caballo de Cristián a la es-

tación, a fin de que lo encontrara a la hora del último tren de la noche. Cristián había regresado enfermo, y seguramente, debido a su vigor físico, había preferido el caballo al carruaje, que también se le mandara. «Según el médico, esta cabalgata no había sido prudente ; pero, en fin, usted sabe, señorita—dijo Pedro—, que el señor Cristián es muy fuerte, muy guapo y no se abate por dos días de enfermedad.» Cuando el médico regresó al pueblo, Pedro, guiado por el interés afectuoso que le inspiraba su patroncito, había subido al pescante del break con el objeto de informarse del estado de salud de su querido enfermo, y lo que el médico no se había atrevido a comunicar a la señora de Morán por temor de comprometer una opinión arriesgada, no tuvo reparo en insinuarlo a Pedro : probablemente se trataba de una fiebre tifoidea de mal carácter, pues ya en el comienzo se iniciaba con síntomas que no dejaban de alarmarlo.

Delfina escuchaba pálida y temblorosa las palabras del viejo jardinero, y hubo un momento en que buscó instintivamente un punto de apoyo, pues sentía que las fuerzas la abandonaban y que iba a desfallecer.

¡ Cristián gravemente enfermo ! Era una fatalidad de su destino que venía de pronto a

perturbar toda la dicha que pocos días antes hacía de ella la mujer más feliz.

Sentada en un banco del jardín, apoyando en su mano fría y crispada su frente dolorida, largo rato permaneció en esa actitud, en tanto que un torbellino de pensamientos a cuál más sombrío y mortificante cruzaban por su cerebro.

—¿Qué haré ahora?—murmuró con acento dolorido—. Ya no podré verlo, no podré estar a su lado, no me permitirán constituirme en enfermera para velar sus noches de fiebre y tal vez de insomnio. ¡Dios mío, inspírame con tu santa protección, haz descender sobre mi corazón, también enfermo, un poco de calma, y a mi cerebro una idea que me salve de esta situación desesperante!

En ese momento se abrió bruscamente la celosía de la puerta del salón, y la señora de Morán, con el semblante descompuesto por la aflicción que la dominaba y el desvelo de la noche, avanzó hacia la terraza alisando sus cabellos en las sienes, en tanto que suspiraba profundamente.

A su vista, Delfina no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y de emoción. Saludó como de costumbre a la señora, quien contestó el saludo de una manera displicente, en tanto que decía:

—¿Tan temprano, señorita? ¿Es que Emilito también ha madrugado?

Sin contestar la pregunta de la señora respecto del niño y como una persona aturdida por un suceso que la impresionara intensamente, avanzó con paso rápido hacia la terraza, y con una ansiedad que no le fué posible disimular se dirigió a la señora para informarse del estado del enfermo.

—¿Es verdad que el señor Cristián está enfermo, señora?—exclamó Delfina, traicionando, como decimos, la calma con que en vano quería ocultar su emoción.

—Sí, un poco enfermo—contestó fríamente la señora, mirando con aire severo a Delfina, cual si en su mirada le dirigiera un reproche, y sin adelantar una palabra más, la señora se dejó caer en uno de los sillones que adornaban la terraza, suspirando de nuevo con una inspiración profunda y quejumbrosa, cual si faltara aire a sus pulmones.

Delfina permanecía de pie delante de ella, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y sin atinar a tomar una resolución; de pronto, como inspirada por un pensamiento súbito, rompió el prolongado silencio para decir a la señora:

—Desde ya puede usted disponer de mí; soy buena enfermera—agregó con una sonrisa forza-

da— ; puedo pasar muchas noches desvelada, sin experimentar cansancio...

—Gracias, señorita—exclamó Eleonora volviendo a dirigir a Delfina la misma mirada con expresión fría y severa—. He pensado en hacer venir dos enfermeras si fueran necesarias. Entretanto, con Julia, que es muy inteligente y prolija para cuidar enfermos, llenaremos satisfactoriamente las indicaciones del médico, y Cristián estará perfectamente asistido.

Delfina sintió sobre el pecho la opresión de una mano de gigante ; no pudo articular una palabra, hizo una inclinación de cabeza respetuosa y se retiró para ocultar su dolor y sus lágrimas.

X

Había transcurrido una semana desde la noche que llegara Cristián enfermo, y durante ese tiempo, que para Delfina se convertía en días interminables de penas, lágrimas y sobresaltos, sólo había podido obtener las vagas noticias que le transmitía Pedro con afectuosa complacencia.

Desde muy temprano abandonaba su habitación, aprovechando la circunstancia de que todos durmieran aún, se dirigía con paso rápido al fondo del jardín, a la casita rústica del viejo jardinero, y allí se entregaba sin reparo a su desesperación y a su dolor.

El pobre viejecito, movido a compasión, trataba de calmarla, haciéndole comprender que Cristián seguía mejor, que la enfermedad no ofrecía peligro, que el médico se lo había asegurado, pues él no perdía ocasión, a pesar de

sus años, para treparse al pescante, al lado del cochero, cuando iba en el break en busca del doctor.

Luego, Pedro tenía permiso para entrar en la habitación del enfermo. En ciertos momentos, Cristián mismo lo reclamaba, unas veces consciente, otras delirante por la alta fiebre.

—Dígame la verdad, toda la verdad—exclamaba invariablemente Delfina, tomando cariñosamente entre las suyas, pequeñas como las de un niño, la mano callosa y apergaminada del jarñinero—. Yo sé que usted lo quiere a Cristián como a un hijo. Usted conoce nuestra situación, Pedro — agregaba Delfina con ojos llorosos—. Usted sabe que yo no tengo el derecho de interesarme por él más de lo que conviene a mi posición, y que mientras mi corazón llora más que mis ojos debo aparentar una tranquilidad que ya no puedo fingir. ¿Por qué debo sufrir así, Dios mío? Ya mis resistencias se abaten y me siento morir de desesperación. En la casa parece que se hubiera impuesto la consigna de esquivarme. Miro el semblante de todos para sorprender una impresión, y encuentro en todos una frialdad y una calma que me confunden. ¡Pedro!—exclamó en uno de esos momentos en que su cerebro, como enloquecido de dolor, se poblaba de pensamientos siniestros,

de temores, de incertidumbres y ansiedades desconsoladoras—. ¿Qué puedo hacer? Déme usted un consejo como un padre que guía a un hijo en el momento supremo de un peligro. Usted sabe que Cristián es todo para mí. Usted sabe que me adora y que tal vez en un instante cualquiera de tregua de su enfermedad, diga a la señora Eleonora el compromiso que ha contraído conmigo. Yo no puedo sufrir más. ¡ Dios mío, ayúdame tú en este trance horrible !

Pedro, conmovido profundamente ante la actitud y la angustia de Delfina, sólo atinaba a tranquilizarla con frases triviales y con seguridades que él mismo no podía tener, pues sabía perfectamente que la situación de Cristián era muy grave y que su vida se hallaba seriamente amenazada.

¿Dar un consejo?... Pero, ¿qué podía sugerirle él, pobrecito, impresionado a su vez por la enfermedad de su querido patrón, a quien veía día a día perder terreno con ese ojo clínico que dan el cariño y la intuición de los profanos al lado de un enfermo?

—Revelaré todo a la señora—exclamó Delfina en un paroxismo de desesperación— ; le diré todo cuanto sufro, le haré mirar bien mi semblante, donde podrá encontrar perfectamente marcadas las hondas huellas de ese sufrimien-

to ; todo se lo diré, y me creerá, y si es necesario juraré por la salvación de mi alma y por las cenizas de mi madre—dijo con marcada afectación.

Después de oírla, Pedro sonrió con una expresión de amargura y de incredulidad, y dirigiendo a Delfina una mirada en la que se veía la demostración más sincera de compasión y de duda, acentuando sus palabras :

—No haga usted eso, señorita ; la señora no lo encontrará bien...

Había tal convicción en las palabras de Pedro, y las pronunció con tal acento de seguridad, que Delfina, como despertando de un sueño, y tocando la realidad fría y egoísta, dijo con desaliento :

—Tiene usted razón, Pedro ; ella es madre, y la situación de su hijo formaría un contraste doloroso con mi revelación y mis súplicas—y ponderando de súbito la situación que le creara la enfermedad de Cristián, vió ante sus ojos a Julia, triunfadora funesta e implacable ante su dolor y sus lágrimas.

Vió el abismo que se abría fatal y voraz como una fiera hambrienta para arrebatarle la dicha prometida, y en un instante de desesperación suprema pensó en que la muerte sería para

ella una dulce solución si Cristián llegara a faltarle.

—¡ Qué horror !—agregó después, cubriéndose los ojos con ambas manos—. ¡ Qué horror ! —repitió, pensando en su anciano padre abandonado.

Es que el amor es egoísta, y como todas las pasiones, se antepone a todos los cálculos ; pero Delfina quería demasiado al autor de sus días para olvidarse de que el pobre anciano necesitaba de su sostén moral y de su ayuda.

Entretanto, la enfermedad de Cristián había hecho progresos inquietantes, y ya no era solamente el médico de la localidad quien le prestara asistencia ; se habían unido los más reputados clínicos, que concurrían diariamente para celebrar consultas.

Pocas veces se presentaba a Delfina la ocasión propicia de encontrarse con la señora, pues vivía como recluída en sus habitaciones y sin abandonar un momento la cabecera de su hijo.

Reinaban por todas partes el silencio y la quietud de las casas abandonadas ; los sirvientes cumplían con sus obligaciones sin dirigirse la palabra y procurando hacer el menor ruido. Cuando tenían que comunicarse alguna orden, lo hacían en voz baja y con aspecto de personas misteriosas. Se había suprimido el agua de los

surtidores y de las fuentes, deteniendo también la rueda de la noria, que había quedado inmóvil y con sus recipientes a medio volcar. El toque de campana con que se anunciaba la hora de las comidas ya no dejaba oír sus tañidos alegres como un llamamiento de buen augurio. Habían cesado las reuniones en el comedor, y a Delfina se le servía en un departamento o en la habitación destinada para escuela de Emilito.

Toda la casa estaba triste, envuelta en un ambiente casi conventual.

Julia se había puesto inabordable. Cada vez que Delfina le dirigía la palabra para informarse de su novio, contestábale con monosílabos y con desgano, afectando al mismo tiempo una actitud de despreocupación que formaba un contraste penoso con su propia aflicción.

Así, esta desgraciada criatura vivía ahora en aquella casa como un huésped olvidado, y el único consuelo que podía compensar en parte sus zozobras angustiosas era el momento en que podía dar un desahogo a su dolor, en la casita rústica de Pedro, donde siempre encontraba una palabra de aliento y el interés afectuoso de un noble corazón.

No pocas veces habíalo sorprendido con los ojos enrojecidos, triste, concentrado y caviloso. En esos momentos Delfina no se atrevía a in-

terrogarlo; el temor de que Pedro le diera malas noticias enmudecía su voz y se limitaba a suspirar profundamente hasta que el viejo le dirigía la palabra para llevar a su ánimo abatido un rayo de esperanza.

Una mañana, cuando ya había corrido la voz de que el estado del enfermo se había agravado aún más, corroborando la penosa noticia la circunstancia de haber permanecido toda la noche en la quinta el médico de cabecera, la mucama que servía habitualmente a Delfina le llevó un mensaje de parte de la señora: «La señora le ruega que a las once se encuentre usted en el salón, pues necesita hablarla».

Delfina sintió que la sangre se retiraba bruscamente de su semblante, sus piernas temblaron y casi no pudo articular una palabra.

—¿No sabe usted para qué es?—dijo después, haciendo un esfuerzo para dominar la intensa conmoción que acababa de experimentar.

—No podría decirle, señorita... La señora me ha encargado que le diga eso... y nada más.

—Está muy bien—exclamó Delfina—. A esa hora estaré allí.

Miró su pequeño reloj anudado a la muñeca izquierda con una cadenilla de oro. Eran las nueve y cuarto. Mil suposiciones y conjeturas cruzaron por su cerebro. ¿Cristián habría reve-

lado a su madre la pasión que le ocultara? ¡ Oh ! ¡ Qué feliz sería entonces! Podría verlo, estar a su lado, prodigarle sus caricias y sus cuidados, y estaba segura de que salvaría del peligro que lo amenazaba. ¿Sería posible tanta felicidad en medio del dolor que la embargaba? Y una ráfaga de alegría y de esperanza devolvió a su espíritu atribulado un poco de aliento y de coraje, y desde ese instante los minutos le parecían interminables hasta que llegara la hora de la cita.

—¿Y qué le diré a la señora?—se preguntaba Delfina, sugestionada por una impresión de optimismo que hacía resurgir una por una sus ilusiones, sus esperanzas, los gratos recuerdos de sus primeros momentos con Cristián—. Le diré mis alegrías y zozobras, le diré el inmenso dolor que me aflige ante el peligro de su enfermedad; le diré también que la querré como a una madre; que seré su hija sumisa y respetuosa; que no le quitaré el cariño de su hijo—agregó ingenuamente — y le pediré perdón si es necesario... Perdón, ¿por qué?—dijo después de un momento de reflexión— ; yo no he hecho daño alguno, jamás me hubiera atrevido a fijar mis ojos en él. Siempre oculté como un secreto en lo más íntimo de mi alma las simpatías que ha-

bía despertado en mi corazón... Yo no tengo la culpa—agregó ingenuamente—si me quiere tanto... El se ha empeñado en hacerme creer tantas cosas. ¿Acaso he cometido una falta escuchando sus promesas? Pero, ¡qué tonta soy!... El anillo de esmeralda que me ha regalado es la mejor prueba de su cariño; lo llevaré puesto, la señora se sorprenderá... Le diré que es el símbolo de su cariño, jurado antes de salir para la estancia...

Quedó un instante pensativa y después prosiguió:

—No, no debo hacer ostentación de lujo, podría creer que soy vanidosa, que me halaga el brillo de las joyas... ¡Ah! ¡si Cristián no fuera tan rico!

Esta última reflexión era el punto más escabroso para la delicadeza de sentir de Delfina.

Muchas veces, cuando las fantasías de su imaginación la transportaban a ese mundo de las quimeras que abre horizontes color de rosa en el espíritu de los enamorados, cuando hacía el recuerdo de sus horas felices forjando nuevas visiones para el porvenir, un sentimiento de tristeza surgía de pronto para arrojar sombras dentro de su espíritu y disipar en un instante todas sus alegrías, todas sus promesas de felicidad.

Cristián era muy rico, y este hecho, que hubiera halagado tanto la vanidad de otra mujer que no tuviese el temple de alma de Delfina, y las delicadezas que constituían precisamente una de las maravillas de su exquisita sensibilidad afectiva, era para ella una íntima preocupación.

—¡ Ah !—decía muchas veces en la soledad de su vivienda— : si Cristián fuera pobre como yo; si tuviera como yo que ganar el sustento diario, tendríamos nuestra casita, alegre, inundada de sol, con un lindo jardín que nosotros mismos cultivaríamos, viviríamos en compañía de mi viejecito y nada faltaría a nuestra felicidad. No se necesita tanto dinero para conquistarla. Ella es una planta que arraiga, crece lozana y da sus bellas flores tanto en la morada del pobre como en el suntuoso palacio del rico. Todas las noches, después de un día de trabajo, nos reuniríamos de sobremesa para hacer el inventario del día y preparar el programa de nuestras tareas para el siguiente. Cristián me entregaría el dinero que hubiese ganado, lo guardaríamos en una pequeña caja destinada a ese depósito de nuestra riqueza ; yo prepararía la lección para mis discípulos, y mi papá nos leería las últimas noticias de los diarios. Después haríamos música, pensaríamos en que alguna

vez tendríamos ahorros suficientes para descansar, y así, tranquilos, contentos y enamorados de nosotros y de la vida, miraríamos con fe las promesas del porvenir y todo el mundo estaría encerrado para nosotros dentro de las cuatro paredes de nuestra casita alegre e inundada de sol.

El destino había dispuesto las cosas de otra manera : la pobreza, el trabajo, el esfuerzo propio para luchar y vencer, la felicidad conquistada por ese camino difícil y escabroso, tenían indudablemente la poesía con que revisten sus aspiraciones las almas buenas e ingenuas. La pobreza no constituye una virtud, pero tampoco las virtudes se adquieren con dinero.

Reflexionando así, Delfina concluía por engolfarse en un cúmulo de deducciones, de incertidumbres, de dudas que sólo servían para confundirla más ; llegada a este punto, concluía por sonreír plácidamente y someterse al fallo de ese mismo destino al cual hacía responsable de sus inútiles cavilaciones.

—Cristián me quiere con toda su alma—exclamaba después, y ese solo pensamiento colmaba todas sus aspiraciones ; lo demás era secundario y no debía pesar tanto en la manera como ella podía corresponder a ese cariño.

Eleonora tampoco podría suponer que al corresponder a tanto cariño la guiara un sentimiento mezquino de vil interés. Su conciencia estaba tranquila y podría presentarse a la cita con la frente alta, en la que se reflejarían en todo momento la pureza de sus intenciones y la nobleza de su conducta. Luego, cada una de sus palabras sería la expresión más sentida de la verdad.

Delfina abrigaba la esperanza de que un día no lejano podría conquistar las simpatías y el cariño de la señora, aumentando así la felicidad de Cristián, dispuesto hasta dislocarse del afecto de la madre si opusiera resistencias a la realización de sus propósitos.

Pensó después en Julia, intransigente y orgullosa, y tuvo para ella un sentimiento de indulgencia y de perdón.

—¡Cuánto la habré hecho sufrir sin quererlo!—exclamó Delfina recordando en ese instante todos los episodios en que Julia no había podido ocultar su encono al darse cuenta de las marcadas preferencias de Cristián—. ¡Ah! pero ella siempre se pagó con mis lágrimas, y no son pocas las que me ha hecho derramar injustamente.

En tanto que se entretenía en evocar estos re-

cuerdos, dominado su espíritu por grata impresión de optimismo, se aproximaba el momento de acudir al llamado de Eleonora.

—¡ Valor !—exclamó Delfina en un arranque súbito—. Estamos a treinta de abril, esta fecha marcará un día memorable en mi existencia.

XI

Faltaban algunos minutos para la hora fijada por la señora Eleonora, cuando Delfina se presentó en la puerta del salón que comunicaba con la terraza.

Una intensa emoción había secado su garganta, palpitábale fuertemente el corazón, y en las yemas de sus dedos temblorosos sentía como hormigueos punzantes que embotaban su sensibilidad.

La semiobscuridad de la vasta sala no le permitió distinguir en el primer momento la presencia de Julia, que, recostada con laxitud en uno de los sillones sostenía en su diestra un libro que cerró bruscamente tan pronto como divisó a Delfina en la terraza.

—Pase, señorita—exclamó Julia— : tenga usted la bondad de sentarse un momento, que Eleonora no tardará en llegar.

El tono con que Julia hiciera la invitación nada tenía de cordial. Era una simple indicación correcta, pero fría y casi ceremoniosa, como podría hacerlo con una persona extraña. Esta actitud no dejó de preocupar a Delfina; pero, reflexionando que desde algún tiempo atrás en Julia era habitual esa manera de tratarla y aun más acentuada después de que se había impuesto de sus amores, encontró una explicación que si no la tranquilizaba del todo por lo menos no le daba mayor motivo para hacer conjeturas desfavorables.

—¿Y el señor Cristián, sigue mejor?—se aventuró a preguntar después de un momento de silencio y en un tono de naturalidad que llamó la atención de Julia.

—¡Qué hipócrita!—pensó ésta para sus adentros—, nadie creerá de lo que es capaz esta palomita cándida con garras de halcón... Sí, sigue mejor, señorita—contestó Julia—; sigue mejor —repitió, y luego agregó—: La noche la he pasado entera a su lado; apenas me he recostado un par de horas al amanecer.

Era una mentira de Julia, una gota de veneno que quería infiltrar en el corazón de Delfina, ella, que no lo había visto desde el día que se despidiera para ir a la estancia, alegre, sonriente, y más cariñoso que nunca.

Delfina sintió que la lengua se le pegaba al paladar y no pudo articular una palabra.

En ese momento, Emilito hizo su entrada ruidosa como de costumbre. Venía con traje de fiesta.

—Travieso—exclamó Julia— : ya te he repetido mil veces que debes suprimir esos alborotos, ya sabes que a Cristián le causan daño...

El niño quedó como abochornado y acercándose a Delfina le dijo cariñosamente :

—Señorita : ¿sabe usted que me llevan a la ciudad con el tren de las cuatro...?

—Ven acá—exclamó Julia interrumpiéndolo.

Y cuando Emilito estuvo próximo, lo atrajo hacia sí cariñosamente, lo besó en la mejilla y después de hablarle algunas palabras al oído, el niño hizo una afirmación con la cabeza y cruzó, lentamente y de puntillas, todo el salón hasta la puerta que daba a la terraza por donde desapareció.

Delfina estaba desconcertada. La presencia de Julia en la entrevista que iba a tener con la señora no le parecía de buen augurio y no dejaba de inquietarla ni la creía propia, desde que ella no tenía por qué enterarse de sus intimidades con Cristián, lo que forzosamente tendría que manifestar a la señora.

Julia permanecía silenciosa y como concen-

trada en un pensamiento que la absorbiera por completo. Delfina miró con disimulo el reloj que llevaba a guisa de pulsera, y pudo observar que había transcurrido ya media hora desde su entrada al salón. De pronto, Julia abandonó su asiento, hizo correr un sillón cerca de una de las ventanas laterales, y descorriendo la pesada cortina de damasco rojo para tener abundante luz, se dejó caer en la cómoda poltrona, abrió de nuevo su libro y se puso a leer con marcado interés.

Pocos minutos después se abrió la puerta del fondo y apareció en ella la señora de Morán con el semblante pálido y desencajado, y envuelta su hermosa cabeza en un tul blanco que daba mayor realce a su fisonomía de «Mater Dolorosa» y ponía más en relieve el sello de distinción que fluía de toda su persona.

Al verla, Delfina se estremeció cual si estuviera delante de un juez, y poniéndose rápidamente de pie, la saludó con la respetuosa deferencia con que lo hacía habitualmente.

—¿Y el señor Cristián?—dijo después traicionando un poco el temblor de sus labios la emoción de que estaba poseída.

—¡Pobre Cristián!—se limitó a decir Eleonora por toda contestación.

Y lanzando un suspiro indicó a Delfina con ademán expresivo que se sentara.

La señora se sentó a su vez en un extremo del sofá. Julia permanecía siempre abstraída en su lectura cual si la escena que iba a desarrollarse no le interesara mayormente.

Después de una tregua de silencio, y mientras Delfina, subyugada por un cruel presentimiento al ver que Julia permanecía tranquilamente en su sitio, empezó a darse cuenta de que su corazón la había engañado, la señora de Morán le dirigió la palabra en estos términos con acento frío y reposado :

—Señorita Delfina, un doloroso acontecimiento ha llenado esta casa de consternación y de zozobra ; necesitamos todos la mayor tranquilidad y la mayor quietud para rodear a nuestro pobre enfermo de todas aquellas atenciones que su estado reclama ; así, la presencia de Emilito, tan turbulento y tan inconsciente por su edad, del daño que puede causar con sus ruidosas explosiones infantiles, se hace sumamente molesta ; entonces hemos resuelto con Julia alejarlo de esta casa, y hoy a las cuatro sale con el tren para ir a la de una parienta, donde permanecerá hasta que se resuelva la enfermedad de Cristián.

Delfina estaba aterrada... no atinó a articular una sola palabra, y cuando rehaciéndose un tan-

to quiso pronunciarla, la señora la interrumpió para agregarle :

—Por consiguiente, señorita, queda usted libre desde este momento para regresar á casa de su padre.

Si el cielo se hubiese desplomado ante sus ojos para unirse con la tierra, Delfina no habría experimentado una impresión de mayor espanto y de más cruel angustia. Miró alternativamente a Eleonora y a Julia, que en ese momento fijó en ella sus ojos impregnados de odio y de triunfo, y sin poder resistir la profunda emoción que la dominaba, prorrumpió en una explosión de llanto, que hizo exclamar a la señora de Morán :

—¡ Por Dios, señorita ; cálmese usted ; no es motivo para que usted se desespere de esta manera ! Por otra parte, puedo asegurarle que siempre tendrá mi protección más decidida...

Estás últimas palabras repercutieron en el cerebro de Delfina como un ultraje, pues Eleonora no podía ignorar los vínculos que la unían a Cristián, y esta manera de proceder de parte de la madre era la declaración más brutal y violenta para sus sentimientos de enamorada. Se la echaba a la calle como a una persona cualquiera. Sus servicios no eran ya necesarios. Se tomaba de pretexto la dolorosa circunstancia

de la enfermedad de su novio para romper esos vínculos que constituían la felicidad de dos criaturas que una madre santa y buena hubiera debido respetar.

Esa conducta alevosa y cruel estaba preparada y estudiada de antemano. Julia había puesto en ella toda su perfidia, todo su encono, todo su despecho, y las turbulencias infantiles de Emilito servían admirablemente a sus planes siniestros.

Delfina, en el colmo de la desesperación, tuvo, sin embargo, un momento de lucidez, a pesar de la confusión, del caos con que se agolpaban las ideas a su cerebro dolorido.

—Yo podría, señora—dijo tímidamente—, encargarme de que Emilito se condujera con toda corrección teniéndolo alejado de la casa...

—No, señorita, no; agradezco en lo que vale su generoso ofrecimiento—replicó la señora de Morán—; pues está resuelto que el niño vaya a casa de los parientes; ellos están ya avisados y dentro de pocas horas saldrá de la quinta. Entretanto—agregó—, puede usted prepararse para salir mañana; el carruaje la llevará a usted a la estación. Aquí tiene usted—dijo la señora— el importe de sus mensualidades y un regalo para que usted compre algo para su padre— y alar-

góle la mano para entregarle un sobre que contenía el dinero.

Delfina, ahora de pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, bella como un ángel que hubiera plegado sus alas ante el dolor, no hizo un solo ademán para aceptar el dadivoso ofrecimiento.

La señora de Morán, un tanto contrariada por esa actitud, miró alternativamente a Julia y a Delfina, y, dirigiéndose a ésta con acento de afectuosa reconvención, exclamó :

—Pero, señorita, ¿qué le pasa a usted? No es motivo para tanta aflicción ni para que usted, siempre tan correcta, tan fina y tan educada, produzca, con toda sorpresa mía, una nota tan discordante y tan fuera de sus hábitos... y... diré más, ya que usted me obliga... tan poco respetuosa. Sírvase tomar el importe de su sueldo — agregó la señora Eleonora, estirando de nuevo su brazo para entregar a Delfina el sobre que contenía el dinero.

—Perdón—exclamó ésta con el semblante cubierto de una palidez alarmante— ; quiera perdonarme—repitió—. Usted ha sido siempre tan bondadosa para conmigo, pero ahora, en este momento, es usted muy cruel—dijo con acento lúgubre.

—¿Cruel, señorita... ? Tenga la bondad de ex-

plicarme el significado de esa expresión, que importa un severo reproche y que no atino a comprender.

—Si Cristián estuviera presente — exclamó Delfina poseída de una exaltación brusca; pero no pudo proseguir.

Apenas pronunciadas esas palabras, la voz se anudó en su garganta y un fuerte sollozo convulsionó todo su pecho. Cubrió con ambas manos su semblante dolorido, y, cuando hubo secado sus lágrimas, estaba transfigurada. Miró fijamente a Eleonora con sus grandes ojos de iris azul, cual si en la intensa expresión de esa mirada quisiera decirle todo cuanto sus labios no le permitían articular.

—¡Cristián!—exclamó la señora con acento irritado—. ¿Por qué nombra usted a Cristián? ¿Qué relación puede tener mi pobre hijo casi moribundo con sus sueldos de institutriz?

Estas palabras fueron el golpe de gracia. Delfina iba ya a revelarlo todo. ¡Iba a abrir su corazón y a extraer de él como de un cofre de cristal todos los recuerdos, todas las promesas, todo el tesoro de sus días felices, todos sus sentimientos íntimos y especialmente aquellos a los cuales diera vida Cristián con su conducta apasionada y leal! Pero repugnaba a su espíritu delicado una confesión semejante en presencia

de Julia, que la contemplaba con una sonrisa de burla y de triunfo.

Así, después de un momento de silencio, inclinó su cabeza sobre el pecho, y con paso lento, sin proferir una queja, sin lanzar un suspiro, se alejó del salón como una sombra que poco a poco se desvanece. Cruzó la terraza en la misma actitud, y cuando la señora Eleonora la vió desaparecer detrás de los tupidos rosales, pasó una mano sobre su frente como para alejar un pensamiento que la mortificaba : dejó caer, como podía hacerlo una persona en estado de inconsciencia, el pequeño sobre que contenía el sueldo de Delfina, y después de haber permanecido un largo intervalo recostada en el sofá, se levantó, balbuceó algunas palabras que Julia no alcanzó a comprender y abandonó el salón seguida de ésta, que no podía ocultar la contrariedad que se pintaba en su semblante. Eś que Julia hubiera deseado presenciar una escena ruidosa, hubiera deseado escuchar las protestas de Delfina para intervenir a su vez y humillarla hasta el ultraje arrojándola del salón como podía hacerlo con una persona del servicio... Su plan había fracasado, y dábase perfecta cuenta de que el destierro de la institutriz era un episodio penoso para la infeliz criatura, pero no constituía una solución. Cristián estaba allí, enfermo, postra-

do, delirante, inerme ; pero la esperanza de una curación flotaba aún en el ambiente de la quinta y alentaba los anhelos de todos. Lo que Julia pensó en esos momentos no podemos decirlo ; es tan difícil penetrar en las sinuosidades del corazón humano cuando late a impulsos de la pasión y del despecho. ¡ Tal vez un pensamiento siniestro cruzaba por ese cerebro atormentado... tal vez... !

XII

Al día siguiente de esta dolorosa escena, Delfina abandonó la quinta llevando en su alma una congoja infinita, y aunque todavía la alentaba la esperanza de que Cristián pudiera mejorar de su enfermedad, el golpe que recibiera con la actitud resuelta de la señora de Morán había perturbado de tal manera su cerebro, que por momentos creía perder la razón.

Todas las ilusiones que había concebido y acariciado en su imaginación por el llamado de la señora, se habían desvanecido como simples quimeras, y la realidad desnuda y brutal la había herido en pleno rostro, frente a la resolución implacable de Eleonora y a la actitud desdeñosa y calculada de Julia.

Cuando se instaló en el vagón del tren como una persona que toma el camino del destierro, sus ojos buscaban en vano un panorama que pu-

diese substraerla por un momento a tan penosos recuerdos; pero su esfuerzo resultó inútil. La casa, el jardín, la avenida de los plátanos, la casita rústica de Pedro, los rosales floridos, todo ese conjunto de cosas materiales que habían contribuído a deleitarla en sus días felices, desfilaban ahora por su retina como visiones de pasados sueños, como recuerdos extinguidos de una dicha próxima tal vez a perderse para siempre.

Cuando la máquina dió el arranque cual si fuese una persona que lo hace con desgano, y oyó el choque repetido y a intervalos rítmicos de los distintos vagones, sintió repercutir en su cerebro cada uno de ellos como un aviso de la realidad dolorosa que la alejaba tal vez para siempre de aquellos lugares queridos, y en la primera curva del camino, pudo divisar a lo lejos el mirador de la casa que parecía surgir de entre el follaje para darle también su despedida.

Delfina contempló por última vez aquel nido de felicidad, y extendiendo los brazos fuera de la ventanilla, exclamó con acento emocionado:

—Adiós, Cristián, alma nobilísima, el mejor de los hombres, ni aun la muerte podrá separarme de ti.

Y continuó mirando fijamente, como fascinada, la última fila de árboles del bosque,

hasta que en una vuelta del camino aquella simpática visión desapareció de pronto cual si la tierra, por una ilusión de óptica, huyera en sentido contrario de aquel que llevaba el convoy, arrebatando con una potencia de gigante, casas, árboles, panoramas, y cubriéndolo todo en un instante con largas cimeras de humo como retazos de nubes.

—¡ Adiós !—exclamó Delfina agitando por un momento su pañuelo ; después se replegó en su asiento para entregarse a sus pensamientos cristianos buscando en vano un consuelo para su alma desolada.

Cuando el tren se detuvo en la estación Central, le pareció como que despertara de una pesadilla. Los múltiples ruidos de la ciudad repercutían en su oído con un estrépito tan intenso, que acabaron por aturdirla. Marchaba desorientada e indecisa. Los ruidos, los ecos, los gritos de los pregoneros, el ir y venir de las gentes, el roce, los choques, los vehículos, todo aquel conjunto desordenado e incesante, le parecía tan extraño y hostil, que por fuerza tuvo que detenerse para coordinar sus pensamientos. Es que el agotamiento de sus energías había llegado a un grado extremo, y en su pobre cerebro se sucedían las ideas, los recuerdos, las impresiones dolorosas, con la rapidez del vértigo, y un terror

inexplicable la impulsaba a huir, a buscar un refugio, casi a gritar para pedir auxilio.

En esta situación de ánimo, llegó a casa de su anciano padre en momento en que, como hemos visto al principio, estaba entregado con la emoción más afectuosa a la lectura de la carta que le escribiera pocos días antes.

La hemos visto, por último, desfallecida en el sofá por este mismo agotamiento nervioso, después de tantas y tan intensas impresiones.

Los cuidados solícitos y amorosos del anciano restituyeron a Delfina toda la calma de que necesitaba disponer, a fin de informar a su padre de los tristes episodios que habían ocurrido durante los últimos días de su permanencia en la quinta.

—Mucho tengo que decirte ; tengo que abrir mi corazón como un tabernáculo donde se guardan las reliquias más sagradas ; sólo a ti, padre mío, puedo confiar esas intimidades de mi alma, pues sólo tú eres capaz de apreciar cuánto he sufrido y cuánto he gozado ante la esperanza que me prometía un mundo de felicidades. Esa esperanza no ha muerto aún, pero el dolor y las lágrimas la acechan con las incertidumbres del enigma ; y aun no puedo decirte cuál será la resolución que le impondrá el destino.

El anciano miraba fijamente a su hija, sin

darse cuenta del alcance de sus palabras. Un vago temor lo había asaltado, pues las ideas de Delfina parecían un exponente de un cerebro delirante, y hubo un momento en que creyó que estuviera enferma y hasta palpó con mano temblorosa su frente y sus mejillas ante la sospecha de que estuviera febriciente.

Delfina comprendió la sospecha y se apresuró a decirle :

—No, papá ; no, no estoy febril, las cosas que has oído te las explicaré mejor mañana. No me lo exijas ahora ; la herida de mi corazón sangra aún y sería para mí una verdadera tortura el desgarrar aún más esa herida. Necesito calmar mis nervios ; necesito el descanso como si volviera fatigada de un viaje largo y penoso. Mañana lo sabrás todo y me darás tus sabios consejos, pues necesito de ellos ; mi alma tiene sed de reparación, y tú, papá querido, tendrás que guiarme en este trance penoso al que la fatalidad me ha vinculado.

Y besando cariñosamente al anciano en ambas mejillas se retiró a su habitación.

—Esta criatura está enferma, indudablemente está enferma—exclamó con desaliento el afligido padre, y sosteniendo su frente con ambas manos, quedó largo rato pensativo y meditando sobre el misterio que encerraban las palabras de

Delfina, su regreso inesperado y la transformación que se había operado en su semblante.

... ...

... ...

Al día siguiente se presentó Delfina con aspecto más tranquilo. Su fisonomía era la de una persona resignada. Saludó al anciano con una amarga sonrisa, mientras recibía un cariñoso beso en la frente.

—Así me agrada verte — exclamó éste—, y ahora cuéntame todo, dime todos tus pensamientos, cuéntame la historia de tus tristezas y de tus alegrías ; yo necesito saberlo todo, porque yo también estoy triste y no acierto a darme cuenta de tu regreso, de tus emociones, de la pena profunda que te aflige.

—Un momento más—exclamó Delfina—, debo escribir una carta y es urgente que lo haga para tener hoy mismo la contestación.

Y sentándose delante de una pequeña mesa de escritorio llenó rápidamente y con mano segura cuatro carillas de papel.

—Es una carta para Pedro, el jardinero de la quinta, el hombre más bueno y sincero que he conocido—exclamó Delfina volviendo la cabeza hacia el sitio en que estaba su padre, y

mientras pasaba sus labios por el papel para humedecer la goma del sobre.

Una vez que puso la dirección, se levantó, tomó su sombrero, que colocó con despreocupación sobre su cabeza, y dándole un beso en la mejilla, le dijo sonriendo:

—Vengo en seguida... ten paciencia, ya lo sabrás todo.

Y salió apresurando el paso como en los buenos tiempos en que iba a tomar el tren para volver a la quinta.

Apenas el anciano, que la había seguido con mirada tierna en todos sus movimientos, la vió alejarse, se dió una palmada ruidosa en la frente y moviendo tristemente la cabeza exclamó con acento de la más íntima convicción:

—¡Amor... amor...! tú eres el protagonista de este enigma... ¡oh! yo también he tenido veinte años y también me he curado de esas heridas que tanto lastiman... ¡Pobre Delfina!... ¡pobre hija mía! ¡Cuánto habrás sufrido!... ¡Cuánto sufrirás aún!

XIII

… … … … … … … … … … … … … … … …

—Ahora, dime todo, no me ocultes una sola cosa—exclamó el anciano acariciando las pálidas mejillas de Delfina.

Y al decir esto, tomó asiento a su lado en la actitud de un confesor que se prepara a oír los pecados de un penitente.

Delfina suspiró profundamente, y después de secar sus ojos, humedecidos por las lágrimas, refirió a su padre todos los episodios de sus amores con Cristián, todas sus promesas, toda la sinceridad caballeresca de su conducta.

—Yo era la niña más feliz, veía ante mis ojos un horizonte de ventura y de paz; Cristián no podía engañarme, porque es demasiado noble y altivo para abusar de su posición social y comprometer el porvenir de una pobre maestra que

nada había hecho para provocar sus simpatías. Era el destino que nos había reunido y nuestra felicidad no encontraba más obstáculo para ser completa que las resistencias de la madre, aferrada por sistema a sus principios aristocráticos y a los convencionalismos sociales. Yo, padre mío — siguió diciendo—, hice presente a Cristián estas circunstancias; insistí en que no debía disgustar a la señora; le manifesté con toda sinceridad que sería muy doloroso para mí que por mi culpa fuera a distanciarse de su familia; pero toda reflexión en ese sentido era completamente vana. Cristián tiene a ese respecto ideas propias y una despreocupación de hombre superior que lo hacían aún más simpático a mi cariño. Llorando le supliqué que meditara respecto de mi situación; que se diera perfecta cuenta de que yo, pobre criatura de condición humilde, tenía que ganar mi pan con el trabajo diario, y que él, todo un señor, rodeado de los halagos y de todas las consideraciones de que tan legítimamente disfrutaba, podría encontrar una niña de su condición que también lo hiciera feliz, y que al unirse a ella no tendría que vencer resistencias y prejuicios que siempre reflejarían sobre mi persona la antipatía y el rechazo de la familia. Y te confieso, padre mío, que al decirle estas cosas, sentía que mi alma se

despedazaba, porque lo quiero, porque estoy enamorada de ese hombre, por quien estaba dispuesta a sacrificarme. Y aunque yo hubiese tenido que exhalar el último suspiro diciéndole lo que mi corazón no sentía, lo hubiera hecho, siempre que mi conducta contribuyera a su felicidad y a la paz de su hogar. Todo fué inútil. Mis reflexiones parecían aumentar su cariño. ¡ Ah ! me parece verlo cuando nos reuníamos por la tarde en el banco rústico de la avenida de los plátanos, lejos de la casa y de las miradas de la familia, mientras Emilito se entretenía en sus juegos, acompañado de Pedro, el jardinero.

Al llegar a este punto de sus confidencias, Delfina hubo de interrumpirse para comprimir sus labios con el pañuelo ; un sollozo profundo convulsionaba su garganta y le impedía hablar.

—Me parece verlo—repitió después de una tregua de calma—de pie, delante de mí, sonriente y satisfecho, burlarse de mis aprensiones y reírse ruidosamente como un niño, cuando le manifestaba mis dudas crueles, mis temores, y lo invitaba a reflexionar sobre su conducta. «Eres una «maestrita palmeta» decíame fingiendo un aire compungido y de arrepentimiento, como aquel que afectan los niños traviesos cuando se les reprende. «Sí, mamita—decíame cariñosamente en otros momentos— ; mañana iré a

la hora de clase de Emilito para aprender a ser juicioso... pero hoy todavía estoy libre para hacer travesuras, y usted, señorita Delfina, a pesar de toda su autoridad no podrá impedírmelo.» ¡ Cuánta bondad, cuánta dulzura hay en el corazón y en las palabras de ese hombre!

»Todo estaba preparado y convenido para informar de nuestros amores a la orgullosa señora de Morán. A su regreso de la estancia debía notificarla de su resolución irrevocable.

»La señora fingía no darse cuenta de la conducta de Cristián y de la simpatía que sentía por mí. Es posible que interpretara todo como un pasatiempo de su hijo, y en cuanto a mí, sabía que era demasiado virtuosa y con una clara noción de mis deberes para no conducirme de otra manera que no fuese ajustada a estos sentimientos. De ahí que jamás, seguramente obedeciendo a su temperamento frío y a la altivez mal entendida de sus principios sociales, se permitiera la menor alusión respecto de nuestra conducta.

»¡ Oh ! noche fatal — exclamó Delfina evocando el triste recuerdo de la llegada de Cristián gravemente enfermo.»

Y describió a su padre el triste episodio de esa noche y las de los días sucesivos durante los cuales se le tuvo alejada de la intimidad de la fa-

milia como a una réproba y con una crueldad sin ejemplo, privada hasta de las noticias de su querido Cristián, que sólo podía obtener por intermedio de Pedro de una manera furtiva e incompleta.

—¿Qué podía hacer el pobre viejito por más que lo quiera a Cristián como a su Dios tutelar? ¡Cuánto me han hecho sufrir, padre mío! Un poco más, y es la muerte, como dice el divino poeta.

»El treinta de abril, fecha que jamás se borrará de mis recuerdos, tuve un rayo de esperanza. Recibí una invitación de la señora Eleonora para que me presentara en el salón a las once de la mañana, pues deseaba hablarme.

»No podría describirte las emociones que experimenté ante ese llamado. Todo podía pensarlo, menos lo que iba a sucederme. Mil conjeturas, tranquilizadoras unas, siniestras las otras, agitaban mi cerebro, y no sé por qué me había sugestionado de que la señora me pedía una entrevista para hablarme de Cristián en la seguridad de que le habría revelado su pasión, y que al fin, la señora, vencida en sus resistencias por su noble actitud, me tendería la mano como a una hija.

»¡Cómo me había engañado mi corazón!

»¡Cuán lejos estaba de sospechar la trama

que se había urdido en contra de mí al amparo de la enfermedad de Cristián, imposibilitado de defenderme imponiendo sus deseos!

»Con toda frialdad, con la altanería propia de las personas encumbradas y a quienes dominan la vanidad y el engreimiento de la posición que ocupan, fuí humillada y escarnecida hasta el ultraje y tuve que soportar impasible burlas despiadadas de Julia que necesitaba saciar en mi desgracia la sed de venganza y de despecho por la indiferencia con que la trataba su primo.

»Fuí despedida de la quinta como una empleada mercenaria, pero tuve la suficiente energía para rechazar las dádivas ofensivas de la señora Eleonora con que trataba seguramente, por consejo de Julia, de deprimir mi dignidad y mi amor propio.

»Salí de aquella casa desatinada y enferma, con el cerebro aturdido por el cúmulo de impresiones que lo habían invadido en una semana de vía crucis de dolor y de espasmos indecibles.

»He dejado allí una parte de mi vida, nada sé de él, ni podré saberlo; me entrego ahora al destino, estoy resuelta y preparada a mayores sufrimientos; cúmplase la voluntad de Dios—exclamó Delfina, mirando a su padre con tierna expresión de cariño.

—¡Pobre hija mía!—dijo el anciano, que ha-

bía escuchado con una actitud de religiosa compostura el relato de Delfina sin interrumpirla un solo momento—. ¡ Qué injustos han sido contigo, que no tienes culpa alguna ! Ten calma, hija mía. Cristián se curará y, entonces, tendrás la legítima compensación a tu conducta, tan elevada, tan noble, tan digna de una niña que, si no tiene fortuna, tiene la distinción y la exquisita sensibilidad para sentir y corresponder a un sentimiento tan noble y tan puro como el que te vincula a un hombre que se ha cruzado en tu existencia apacible y modesta cual corresponde a tu posición. Dios no ha de querer que esa existencia tan útil y vivida tan noblemente pueda desaparecer.

—¡ Oh padre mío ! Cuando pienso que Cristián puede sucumbir a su enfermedad, no sé si tendría resistencia suficiente para soportar esa inmensa desgracia.

—Ten fe, hija mía, y no te dejes dominar por tan tristes presagios. Sé fuerte por mí, por tu anciano padre que tanto necesita del calor y del amparo de tu juventud y de tus energías.

XIV

En los últimos días de mayo se produjo el triste desenlace.

En plena posesión de su conciencia, pocas horas antes de morir, reclamó Cristián la presencia de la madre, expresando al mismo tiempo el deseo de que lo dejaran solo con la señora.

Destacábase en la semiobscuridad de la vivienda sobre la blanca batista de la almohada como una sagrada imagen la hermosa cabeza del enfermo. Intensamente pálido, inmóvil, ojeroso, con la boca entreabierta, los labios secos y cubiertos como de una película negruzca, con sus grandes ojos sombreados por pestañas espesas, largas y sedosas, tenía la fisonomía de Cristián la imponente expresión del moribundo, acentuada aún más por el marco que formaban su tupida cabellera y la barba nazarena que circundaba sus mejillas descarnadas.

Su respiración era fatigosa y por momentos se detenía en una inspiración brusca, cual si estuviese próximo a exhalar el último aliento.

Había en la habitación un silencio solemne, casi religioso, y la luz gris que penetraba por las persianas filtrando después por las cortinas no permitía distinguir bien los objetos, algunos de ellos con formas fantásticas y de contornos indefinidos.

Una imagen del Cristo, copia de Guido Reni, colgada a la cabecera de la cama, tenía los mismos colores, el mismo aspecto de dolor, las mismas entonaciones que daban al semblante del enfermo esa expresión de sufrimiento y de próxima agonía que indicaba claramente que el triste episodio final no tardaría en producirse. Sus labios temblorosos y los músculos de la cara contraídos por espasmos nerviosos no le permitían articular claramente las palabras. Así, cuando vió entrar a la señora, pálida a su vez y con la nota más marcada del dolor y del esfuerzo para ocultarlo haciendo relieve en su semblante, le dirigió una mirada dulce y afectuosa, indicándole al mismo tiempo con su mano trémula que se acercara al lecho.

La señora tomó cariñosamente entre las suyas la mano de su hijo, descarnada y ardiente por la alta fiebre, y llevándola a sus labios con

la despreocupación de su amor de madre dolorida, imprimió en ella un beso prolongado, a tiempo que le decía emocionada:

—¡Pobre hijo mío! ¿Sufres mucho?

Cristián no contestó, miró fijamente a su madre con expresión severa e intensa, procurando al mismo tiempo dibujar en sus labios secos una sonrisa de amorosa despreocupación. Después, haciendo un supremo esfuerzo por la fatiga que entorpecía su respiración, pudo a duras penas articular con ronco y velado acento estas palabras:

—Madre mía... tú sabes que amo a Delfina... la quiero con toda mi alma y me uniré a ella... la considero digna de mí y será el dulce complemento de mi destino...

Su voz se apagó y no pudo proseguir. El esfuerzo había sido superior a su resistencia. Quedó un instante silencioso, con los párpados caídos, teniendo siempre entre las manos de Eleonora su mano temblorosa y por momentos helada e inerte, cual si la vida hubiese empezado ya abandonarle.

Después de ese breve instante de calma, durante el cual su respiración se había hecho casi angustiosa, levantó de nuevo los párpados, y sus grandes ojos, de mirar imperioso y altivo, estaban ahora como velados y sin brillo.

—¡Quiero verla!—exclamó de pronto con voz

cavernosa— ; quiero decirle estas cosas en presencia tuya... quiero...

No pudo proseguir ; su voz se había extinguido bruscamente, y la señora, profundamente alarmada por el cambio repentino que se había producido en su fisonomía, se inclinó sobre su pecho para escuchar mejor el rumor de su respiración, imprimió después un beso en su frente cubierta de sudor frío, en tanto que le repetía con acento acariciador y que revelaba al mismo tiempo una intensa emoción :

—Cálmate, Cristián ; cálmate, hijo mío ; no es el momento ahora para hablar de eso... tan pronto como te mejores se hará tu voluntad...

Cristián volvió hacia la madre una mirada profunda, parecía dirigirle un reproche y una duda... sus labios se plegaron en una sonrisa que también decía muchas cosas... su párpados cayeron de nuevo y quedó aletargado.

Después de un momento, volvió a contemplar a Eleonora con la misma expresión de duda y con voz apenas inteligible le dijo :

—¿Dónde está Delfina?... ¿Por qué no viene?... ¿No ha venido a verme una sola vez desde que estoy enfermo?... ¿Me ha traído claveles?... ¡Si supieras cuánto la quiero!...

Al oír las preguntas de Cristián la señora se estremeció. No tenía ya ni coraje para mirarlo.

En ese momento le repugnaba engañarlo. Era una situación solemne y angustiosa para su corazón de madre y no atinaba a encontrar una contestación que satisficiera las legítimas exigencias de su hijo, sin que ella violentara su conciencia. Cristián estaba a las puertas del sepulcro, y en ese instante supremo en que las vanidades de la tierra aparecen tan pequeñas y vulgares ante el gran misterio que se inicia con solemnidades dolorosas e imponentes, las palabras que acababa de pronunciar eran la confesión sincera y apasionada que agitaba su cerebro en las postrimerías de la vida, el principio de la expiación que debía sufrir Eleonora.

Y ella sintió todo el peso del reproche, toda la inmensidad de su desgracia, y el egoísmo que hasta entonces la había inducido a considerar a Delfina como una intrusa indigna del cariño de su hijo, se convirtió en un sentimiento de compasión y de ternura para Cristián y para ella misma.

Esa pasión, nacida en los albores de la juventud, en medio de las alegrías, de la despreocupación y la esperanza en un porvenir mensajero de dulces promesas, era tronchada de pronto por el más doloroso de los episodios, la muerte venía implacable a reclamar sus diezmos.

Cristián no desplegó más los labios, había caído en un estado de sopor y de abandono que presagiaba su próximo fin ; su respiración dejaba oír ahora estertores continuos, y sólo de tiempo en tiempo agitaba sus manos temblorosas, cual si buscara algún objeto perdido dentro de las ropas de la cama.

Eleonora había caído de rodillas, ocultando con ambas manos su semblante inundado de lágrimas. En su corazón de madre se agitaba sombrío y tenaz el presentimiento de que minuto por minuto se extinguía aquella noble y juvenil existencia.

Después de observar un momento esa actitud, levantó la cabeza, y sus ojos se encontraron con la imagen del Cristo que colgaba de la cabecera. Era también un semblante dolorido con expresiones indelebles de sufrimiento y de agonía.

—¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !—exclamó Eleonora juntando sus manos en actitud suplicante y una oración sentida y de suprema invocación movía sus labios—. ¡ Ultima ofrenda de su cariño, postrer recurso de las almas creyentes cuando se han agotado los frágiles auxilios de la tierra ! ¡ Cristián, hijo mío, perdóname si he sido ciega para no leer en tu nobilísimo corazón los sentimientos que lo impulsaban !

Y al decir esto, besó repetidas veces su mano yerta, cubriéndola al mismo tiempo con un raudal de lágrimas.

Pero Cristián no podía escucharla ya. Había entrado en el período agónico, y sólo daban señales de vida algunos estertores respiratorios que cesaban por momentos. Se extinguía así lentamente ese organismo, pocos días antes fuerte, robusto, lleno de vida y de promesas. Un alma pura con candores de adolescente, pero ya todo un hombre preparado para la lucha con la palanca formidable de sus convicciones y de su carácter... todo un corazón noble y altivo.

Eran las cinco y algunos minutos de la tarde cuando exhaló el último suspiro...

XV

Al día siguiente se impuso Delfina del triste desenlace.

Para describir la desesperación de la infortunada criatura sería menester reunir todas las notas del dolor en una sublime estrofa que condensara todo un poema de amor y de lágrimas. Sería menester escribir una página musical que pudiese llevar al alma el sentimiento más intenso de la pasión y del sacrificio, o hacer surgir del mármol la inspiración genial del destino adverso que troncha en sus albores esa alianza tan simpática de amor, de juventud, de belleza y de purísimos ideales. Todo lo demás llevaría el sello vulgar de las descripciones convencionales y románticas.

La última esperanza, que en medio de tantas zozobras y angustias acariciaba aún, se cubría ahora con los crespones del dolor y abando-

naba para siempre el corazón apasionado de Delfina.

—¡ Cristián !—exclamó con un gemido prolongado, cuando sus ojos se fijaron como fascinados ante la nota fúnebre que traían los periódicos, y que a pesar de la evidencia su corazón aún se resistía a creer.

Y en medio de tanta desesperación, sus labios pronunciaron la más elocuente oración de amor y de lágrimas, la más sentida plegaria de un alma creyente y desolada. Y trajo a su memoria el pasado feliz, perdido para siempre, y su existencia solitaria tendría que replegarse ahora sobre el único amparo que podría sostenerla : su pobre padre, anciano y torturado a su vez por la inmensa pena que afligía a su hija idolatrada, ante la cual tendría que hacer esfuerzos sobrehumanos para aparecer tranquilo y valiente.

Y en ese instante supremo de desesperación y de dolor, tuvo impulsos irresistibles de huir, de tomar el tren, de presentarse de improviso en la quinta para reclamar el postrer derecho a que la impulsaba su alma apasionada : contemplar por última vez a su querido muerto, derramar sobre él el bálsamo de sus lágrimas, cubrir su cuerpo con todas sus flores predilectas, junto con los azahares de su corona nupcial envueltos en los crespones de su felicidad perdida ;

pero sintió que sus fuerzas no la ayudaban ; el sufrimiento había agotado todas sus energías, y procuró encontrar en los consuelos de su fe cristiana un alivio a su inmenso duelo. Dirigió al cielo sus miradas, y su alma creyente pudo ver en el azul purísimo las promesas de otra felicidad más duradera que aquella que acababa de perder... *fiat voluntas tua*... e inclinó su cabeza ante el hecho irreparable y fatal.

... ...

... ...

Después que pasaron algunos días, días interminables, en los que se renovaban todos los episodios de su existencia como imágenes lejanas, y sobre las que el tiempo parecía haber acumulado una serie de años vividos en un instante, Delfina, abrumada siempre por el peso de su desgracia, trató de reunir todas las fuerzas que podía prestarle su espíritu atribulado y se presentó a su padre, ya con aspecto tranquilo y como dispuesta a afrontar con coraje su nueva situación. El pobre viejecito, alentado por ese cambio, tomó de nuevo el hilo de sus tareas, y sus discípulos, como bandadas de pájaros alegres, invadieron de nuevo su modesta vivienda.

Empezaba así para la desventurada criatura

una nueva tarea de abnegación y de amor filial. Su padre reclamaba ahora todos sus afectos, todas sus ternuras, todos sus desvelos, a fin de que los últimos años de su vida pudieran deslizarse tranquilos en la placidez del hogar. Era un esfuerzo sublime que se imponía diariamente, y con el cual atenuaba sus propias amarguras.

Con la muerte en el corazón y la sonrisa en los labios, engañaba piadosamente al autor de sus días, que contemplaba con íntima y jubilosa complacencia la calma apacible y consoladora que aparentaba Delfina.

—¡ Si supiera cuánto sufro y cómo me siento morir en este vacío inmenso en que ha quedado mi alma!... ¡ Ah, pobre viejecito! —agregaba después de una pausa— ; vive engañado, pero vive ; mis alegrías son como los últimos parpadeos de un cirio próximo a extinguirse ; pero ellas te dan la ilusión de la luz ; sea, cúmplase mi destino hasta que mis fuerzas me den aliento para sufrir! El trabajo me ayudará a soportar esta situación—exclamó Delfina.

Y desde ese momento pensó en reanudar a su vez sus tareas de maestra, en las que, seguramente, encontraría la reacción saludable que tanto anhelaba.

Así, con toda la apariencia de una persona resignada y tranquila, trataba de ocultar sus lá-

grimas, sus días tristes y sus noches de insomnio. Había hecho de sus recuerdos como el culto de una nueva religión, pues le era imposible olvidar sus horas felices, las tardes placenteras que pasara al lado de Cristián en la casita rústica de Pedro, en el banco de la avenida de los plátanos al borde de la pileta de la noria, mientras Emilito se entretenía en hacer navegar entre palmoteos y alegrías estrepitosas sus barquichuelos de cuerda.

Todos los dulces recuerdos de esas horas inolvidables acudían a su memoria, envueltos ahora en la fúnebre mortaja como larvas brillantes extinguidas al nacer.

Y la figura arrogante de Cristián, sonriente y enamorado, se presentaba en sus sueños como una visión alentadora de sus esfuerzos y de su sacrificio. Delfina interpretaba esos sueños como un mandato, como una tregua, hasta que llegase para ella la hora suprema de reunirse a esa querida visión.

En su alma juvenil y apasionada, el tiempo no tenía límites. Su existencia estaba subordinada a sus pasadas impresiones y a sus recuerdos, vivir poco o mucho le era igual, habían muerto los atractivos que le hubieran hecho grata y feliz esa existencia. Ahora, las tareas del magisterio, las atenciones que prestaba a su padre, las ocu-

paciones domésticas y las distracciones con que el anciano trataba de hacerle olvidar esa situasión, todo ese conjunto de circunstancias influía poderosamente en su espíritu para hacer menos tristes y monótonas las horas de descanso, de soledad y aislamiento en que vivía. Después buscaría en la paz y en la quietud de un claustro el último refugio a su vida desgraciada.

Su espíritu atribulado le reclamaba esa quietud, el silencio, el alejamiento del roce continuo con las gentes; sentía una suprema necesidad de vivir para ella misma, dentro de sus pensamientos íntimos, en sus dolores inextinguibles, de los recuerdos que guardaba en su memoria como flores secas, sin vida, sin perfume.

¡Cuánto hubiera dado por poder substraerse al medio en que hasta entonces había vivido tranquila, confiada, con el cerebro impregnado de esperanzas, de doradas ilusiones, de felicidades infinitas!

Empezar una nueva existencia poniendo entre el pasado y el porvenir barreras infranqueables; un abismo si fuese posible para no escuchar jamás eco alguno que pudiese recordarle las personas que habían contribuído con sus crueldades a hacer más dolorosa su inmensa desdicha.

Dominada por estos sentimientos, contempla-

ba al través de su intenso dolor la visión seductora de esta nueva existencia entre las bóvedas silenciosas del claustro. Alejada del mundo no alcanzarían hasta ella ni los ecos de la vida agitada y turbulenta ; los altos y carcomidos muros macizos y resistentes como defensas inexpugnables, interceptarían todas las palpitaciones mundanas, y el tiempo se encargaría poco a poco de amoldar su espíritu a ese ambiente donde su existencia transcurría tranquila, monótona y sin otra aspiración que la de merecer como una gracia divina la paz y la resignación que tanto anhelaba.

Pero ella, para quien la actividad, el trabajo y el movimiento constituían una necesidad suprema, ¿podría habituarse a la disciplina monótona y siempre igual, a la obediencia absoluta, a renunciar a todas las actividades de su cerebro alimentado durante tantos años con el ejercicio sano y fecundo del estudio sin que llegara un momento en que experimentase la decadencia de esas facultades que había cultivado con tanto esmero?

Forzosamente su cerebro tendría que sufrir la acción del medio y la influencia de una vida vegetativa que la conduciría poco a poco a la atrofia de sus células superiores, y entonces, ¿qué quedaría de ella?... los despojos de su

personalidad transformada en un ente movido por el automatismo inconsciente al servicio de una misión infecunda por lo mismo que no era sentida. Así, pensó un instante en que esa perspectiva de sepultarse en aquel inmenso panteón al lado de otros seres para quienes esa existencia constituía tal vez una suprema dicha, producía en su ánimo una invencible impresión de terror.

¿Acaso en las soledades misteriosas del claustro, entregada a las prácticas religiosas más austeras, podría extinguir ese amor que aun sentía por la memoria de Cristián? Ese sentimiento innato en la criatura humana, ¿no sería más poderoso y más arraigado en todo su ser que la adoración mística de los ideales divinos

¿Sería su voluntad suficientemente poderosa para subyugar a estas prácticas los recuerdos palpitantes de una pasión que aun dominaba todos sus actos y se imponía a sus resoluciones? ¿Y no cometería una verdadera profanación dentro del sagrado recinto al llevar adheridos a ella como su propia sombra esos mismos recuerdos, esas impresiones mundanas de las cuales aun podía substraerse y que eran repudiadas por la consagración absoluta con que debía entregarse a las prácticas religiosas? ¿Cómo olvidar? ¿Cómo decirle al corazón: «Deja de latir» y al cerebro: «Deja de pensar»?

En ellos estaba incrustada la memoria de Cristián, y muchas veces su arrogante figura, de la que su retina estaba impregnada, se presentaba ante sus ojos para sonreírle; otras, para darle el postrer adiós desde su lecho de moribundo.

Todas estas dudas e impresiones asaltaban su espíritu levantando en él sombras pavorosas, cual si temiera que al pronunciar sus votos de desaparecer para el mundo moriría en el perjurio.

Es que Delfina se olvidaba de sus veinte años y no se daba cuenta de que la exuberancia de vida y de juventud clamaba por la independencia y la libertad de que no disfrutaría jamás dentro del claustro, y no pocas veces, al pensar en ese recinto de quietud y de silencio, sentía helarse todo su cuerpo cual si su vida estuviera próxima a extinguirse.

En ese ambiente impregnado de olor a humedad y a casa abandonada, con ráfagas de aire saturado con el perfume del incienso y el humo de las pavesas próximas a apagarse, formando así una atmósfera que parecía constituída con aire viejo respirado por mucha gente y devuelto como un vaho acre que irrita la garganta, en una tarde gris con filtraciones de luz difusa que parecía haber dejado su brillo adherido a los vidrios ennegrecidos de los altos ventanales, Del-

fina recorría con su imaginación el desolado claustro y pensaba para sí:

—Pero esa vivienda es un sitio de penitencia, de abnegación, de supresión de cuanto puede vincularnos a la existencia... ¿Y la celda?—se preguntaba después—. ¡Tan desolada y fría como el claustro, tan solitaria y sombría como una tumba!

Con estas reflexiones no se atrevía a tomar una resolución. Tal vez consultando a un eclesiástico podría tener una ayuda y un consejo al exponerle sus dudas, sus vacilaciones, sus temores de que un buen día su fe cristiana no fuese un apoyo suficiente para mantenerla firme y satisfecha en sus propósitos. Era demasiado joven para proceder por su propio cálculo, bajo el dominio de impresiones tan recientes y dolorosas, que el tiempo se encargaría tal vez de modificar. Era humano y sensato pensar así, sin precipitarse por una pendiente que podría conducirla a la felicidad como a la desesperación, si, después de pronunciados sus votos, surgiesen en su alma el deseo y la necesidad de vivir una existencia más en armonía con su edad, con sus hábitos de independencia y de trabajo.

Por otra parte, hasta que viviera su padre, jamás pensaría en abandonarlo. Eran dos seres do-

lientes que se debían mutuo apoyo, y Delfina no se hubiera atrevido a comunicar al anciano una resolución de tanta trascendencia, por la seguridad de que ella importaría un golpe funesto para el autor de sus días.

—¡ Dios mío, consérvalo a mi lado muchos años !—había exclamado Delfina—. Sea él, pobre viejecito, con su cariño y con el consuelo de verle vivir, el mejor bálsamo para cicatrizar la profunda herida de mi alma. Después, si un día llego a encontrarme sola, entonces será el momento oportuno para resolver. Entretanto—y Delfina se postró ante la imagen venerada de su Virgen protectora—, ¡ recibe, madre santa, consuelo de los afligidos, todos mis votos por consagrarme a ti en la hora suprema de mi desamparo !

Y después de una breve oración hizo la señal de la cruz y se levantó como aliviada de la contrariedad que le producía el conflicto que se había adueñado de su espíritu ante la idea de abandonar el mundo.

Cual si la breve oración en que había ofrecido sus votos a la Virgen, en la consagración ingenua de su alma sencilla y sin más experiencia del mundo que aquella que podía tener una niña de su edad, virtuosa y abnegada, suscitase en su ánimo otras preocupaciones, quedó un lar-

go rato pensativa y como concentrada en una idea fija. Extendió después sus brazos hacia la sagrada imagen, juntó sus manos en actitud de plegaria y, como una persona que encuentra de pronto la solución anhelada después de muchos cálculos y cavilaciones, exclamó casi con alegría :

—¡ La hermana Josefa !... ¡ Ah ! bendita seas en la región de la luz, donde descansas, alma selecta y santa ! ¡ Tú serás mi amparo, y en la imitación de tu vida consagrada por completo a la caridad, al amor del prójimo, al alivio de los dolores, al servicio de los humildes, de los desheredados, pondré todas mis fuerzas, todos mis desvelos, toda mi juventud, toda mi fe cristiana !

La Hermana Josefa, a la cual se refería Delfina en su jubilosa exclamación, había sido, en efecto, una santa mujer consagrada a la caridad bajo la nívea toca de las Hijas de San Vicente de Paúl. Habíala conocido desde muy niña, frecuentando la escuela en la cual era maestra de labores, y desde esa época había quedado grabada en su espíritu la noble y sencilla figura de la bondadosa Hermana. Más adelante, había podido apreciar las inagotables manifestaciones de caridad con que se consagrara al alivio de los menesterosos ; así, su silueta simpática se le presentaba a cada instante, pues

no pasaba semana que no la encontrara en la calle llevando humildemente una espuerta repleta para repartirla entre sus pobres, entre los niños enfermos, entre las madres desgraciadas.

Varios años había seguido en esa piadosa tarea a la noble mujer, haciendo el bien sin esa ostentosa repercusión que amengua el mérito de la buena acción. En los últimos, ya achacosa, encorvada, con el semblante del color de los cirios, encuadrados en las blancuras resplandecientes como nimbos de las severas tocas que le daban el aspecto de una persona venerable, surcado todo él por líneas que parecían trazar las huellas de otras tantas amarguras, la Hermana Josefa, a pesar de su traje sencillo y burdo, propio de la Orden, de su actitud siempre humilde, de la despreocupación con que caminaba por las aceras, sin que al parecer nada llamara su atención, no podía ocultar su origen aristocrático y del cual la traicionaban los rasgos de su fisonomía, la belleza de sus manos y un aire de distinción difundido en toda su persona, que por fuerza, debajo de sus modestos hábitos, hacía surgir a la gran dama que cambiara los blasones de su casa por el título anónimo de sor Josefa.

—¡Ah! nunca podré alcanzar a merecer la gracia que alentó a esta débil criatura en el ca-

mino del bien ; pero ella será mi norte, y su piadosa existencia me servirá de noble ejemplo.

Y cual si en esos momentos un aliento misterioso de consuelo hubiese descendido desde lo alto, Delfina se sintió satisfecha y casi feliz con haber encontrado para su porvenir una solución a la que ajustaría su vida una vez que el destino la dejara sola en el mundo.

—¡ Hermana de la caridad !—exclamó después de un breve intervalo de silencio—. ¡ Ah ! ¡ qué sacrificios no haría porque viviese aún esa noble sor Josefa, a la que en el instante habría transmitido sus deseos y sus votos y habría podido escuchar de sus labios el relato de tantas obras buenas y benéficas, y, sin embargo, completamente ignoradas !

En un momento le vino a la memoria el recuerdo de una mañana de invierno, fría, lluviosa, en la que había encontrado a la valiente Hermana refugiada en el quicio de una puerta, sosteniendo apenas el paraguas, que parecían querer arrebatarle las rachas de viento helado. La lluvia la había sorprendido en su visita matinal a los pobres, y no pudiendo proseguir su camino, se había refugiado allí a la espera de una tregua.

Delfina, a su vez, se encaminaba al desempeño de sus tareas de maestra.

Aquel momento inesperado había sido para ambas un motivo de alegría y de gratas expansiones. Delfina procuró proteger a la hermana contra la acción de la lluvia, aunque el cariñoso auxilio llegaba tarde, pues la pobre religiosa tenía las ropas pegadas al cuerpo, tal era la cantidad de agua que habían absorbido. En cambio, le procuró un verdadero alivio sosteniendo el paraguas, pues sus fuerzas se habían agotado y estaba próxima a cerrarlo.

Cuando la lluvia les permitió tomar a cada una su rumbo, la hermana no pudo impedir que Delfina besara cariñosamente su mano, en tanto que la buena «sor» le decía sonriendo amablemente: «Hija mía, aunque vamos por distintos caminos, tenemos la misma misión: yo, llevo a mis pobres el pan para el cuerpo, y tú, el alimento para el espíritu; la tuya es más escabrosa y con menor recompensa; yo, sirvo a Dios; tú, a la sociedad; pero, nuestras tareas convergen en un punto: ambas hacemos el bien; eso es suficiente; es una gran recompensa.»

¡Oh bienaventurada! ¡Cuánto habrás sufrido tú también antes de renunciar a los halagos de la familia, de la fortuna, de la encumbrada posición social, para abrir tu corazón al menesteroso, al desheredado, a todos aquellos

que tienen hambre y sed de justicia, de pan, de aire y de luz, de que haya un ángel en la tierra en forma de mujer abnegada y pía, que se interese por sus miserias, por sus desdichas, por sus lágrimas !

Y has cumplido noblemente tu misión, desconocida, anónima hasta tu postrer aliento, lejos de la patria adorada, del hogar y de todo aquello que más has podido amar en la tierra.

Parodiando al poeta, podríamos decir : ¿qué ha quedado de ti, de tu memoria, de los actos sublimes que has realizado? No se ha escrito una página que consagre y perpetúe el recuerdo de tu bella existencia ; no se encuentra una cruz que señale el sitio donde yacen tus sagrados despojos, para cubrirlos de flores, para doblar ante ella la rodilla, inclinar la cabeza reverente y dedicarte la ofrenda de una plegaria.

Pasaste como una estela luminosa, llevando a todas partes el consuelo de tu acción y de tu palabra inspirada, y un día el ángel del dolor te cubrió con sus alas y sus mantos de nubes, para llevarte a la región eterna de los elegidos.

¡ Bienaventurada seas, noble y santa !

... ...

XVI

Un año había transcurrido desde la muerte de Cristián, y aunque en el corazón y en el pensamiento de Delfina se mantenían vivos los recuerdos de su pasada felicidad, ya no protestaba del destino, ni tenía palabras de amargo reproche para la señora de Morán y para Julia. Ellas también habían muerto en sus recuerdos, y su alma generosa y buena, incapaz de conservar el veneno del rencor y del odio, había puesto en sus labios palabras de indulgencia y de perdón.

—También sufrirá Eleonora, quería mucho a su hijo, pero su egoísmo fué más fuerte que su cariño y el extravío de su conducta será para ella un eterno remordimiento. Dios la perdone—agregó Delfina—y le dé energías y consuelos para sobrellevar su desgracia con cristiana resignación... En cuanto a Julia—exclamaba des-

pués—, es una criatura sin corazón. No conoce la vida sino los halagos placenteros. Mucho daño me ha hecho, pero también la perdono, y sólo deseo, como castigo de su conducta injusta y cruel, que tenga un minuto de arrepentimiento.

Desahogando así su corazón, Delfina se sentía como aliviada y podía concentrar todos sus sentimientos en el recuerdo piadoso que consagraba a la memoria de Cristián.

Su existencia no tenía ya más halagos que el cariño de su anciano padre, y los cuidados amorosos que le prodigaban sus veinte años habían desaparecido como un iris fugaz y sólo aspiraba a tener energía para cumplir los sagrados deberes que se había impuesto.

Ajustada su vida a estos nobles propósitos, había encontrado la calma para su espíritu, y especialmente las distracciones del trabajo diario y metódico contribuían no poco a aumentar la conformidad con que sobrellevaba su desgracia.

Ella se consideraba otra, cual si su propia persona hubiese sufrido un desdoblamiento : la Delfina de los días felices, de las alegrías infantiles, de las promesas color de rosa, la prometida de Cristián, adorada y enaltecida hasta el estrado de una reina, había muerto el mismo día

que falleciera su prometido. Aquélla era la grata ilusión de una existencia feliz que se deslizaba con las sonoridades melodiosas del ritmo que marcaba las horas de su inmensa dicha. Esa había desaparecido como desaparecen en el horizonte los rayos de luz crepusculares después de haber deslumbrado la mirada con las variadas combinaciones de sus colores. La de ahora era una pobre mujer, una maestra humilde y laboriosa, que ganaba su pan como otras muchas prestando su contingente anónimo en la noble y patriótica tarea de enseñar.

Pero el destino que había sido tan cruel para Delfina, debía depararle una compensación inesperada, ya que no podía devolverle todo el bien que había perdido.

Una mañana, en momentos en que se disponía a salir para acudir al desempeño de sus tareas, sonó bruscamente el timbre de la calle, y un sirviente, a quien ella creyó reconocer, le entregó con aire ceremonioso y cumplido una carta con sobre de luto: «De parte de la señora Eleonora de Morán» dijo, y haciendo una inclinación de cabeza desapareció.

Delfina, pálida y temblorosa, no atinaba a dar un paso, miraba aquella carta con la sorpresa y el estupor con que podría mirarse a un fantasma que se presentara de improviso para po-

ner a prueba nuestra serenidad, y repetía mentalmente el mensaje que acababa de recibir, cual si despertara de un sueño.

—No — gritó de pronto en un arranque de exaltación involuntaria—, no debo abrirla— agregó, mirando el sobre donde estaba escrito su nombre con caracteres bien inteligibles—. La señora de Morán ha muerto — exclamó después— ; una querida tumba nos separa. ¿Qué quiere ella de mí?

En ese momento se presentó su padre, que volvía de dar una lección de piano, y al ver a Delfina en medio del patio, en una actitud de meditación y a una hora en que no era habitual en ella el permanecer en casa, tuvo inmediatamente el presentimiento de que algo de anormal había acontecido.

—¿Qué te pasa, Delfina, hija mía?—dijo el anciano, mientras acariciaba sus mejillas con golpecitos suaves—. Dime, ¿qué te pasa?—repitió, viendo que Delfina permanecía encerrada en un profundo mutismo—. ¿Y esa carta?— exclamó después observando la que Delfina acababa de recibir.

—Esta carta—exclamó Delfina con voz emocionada—es de la señora Eleonora de Morán.

—¿De la señora de Morán?—exclamó don

Anselmo, abriendo los párpados y estirando su labio inferior en el colmo de la sorpresa.

—Sí, de la señora de Morán; pero yo no debo recibirla... la señora de Morán ha muerto para mí el mismo día que falleció Cristián... No—repitió de nuevo—. ¿Por qué viene a turbar con su recuerdo más que ingrato la paz que ahora disfrutamos? ¿Por qué viene a renovar mi dolor?

—Hija mía—dijo el anciano con un tono que significaba una insinuación de calma y de olvido—, tú la has perdonado...—agregó después, en tanto que miraba a Delfina como para estimular en ella una reacción que disipara la mala impresión del momento.

Delfina permanecía silenciosa y pensativa... De pronto dijo con entonación tranquila y como resignada:

—Tienes razón, padre mío, la he perdonado y debo mantener ese sentimiento de olvido como un juramento solemne... Luego—agregó—debo pensar que es la madre de Cristián, y tal vez esa alma elegida de Dios la haya inspirado...

—Dame la carta, yo la leeré—exclamó su padre, y tomando la carta que le entregó Delfina sin la menor resistencia, la invitó a que pasaran a la sala para informarse de su contenido.

La carta, que el viejecito leyó con voz fuer-

te y con la más completa calma, estaba concebida en estos términos:

«*La Eleonora*, mayo... de 19... — Señorita Delfina: Un sentimiento profundo de dolor y de congoja me impulsa a dirigirle estas líneas. Es una madre desgraciada quien le escribe y que daría toda la existencia si con ella pudiese reparar el daño que sin quererlo ha hecho a usted y a su pobre hijo.

»Cristián ha muerto pronunciando su nombre; sus últimas palabras y el último aliento que ha salido de sus labios yertos han sido para usted... Si yo pudiera decirle cuánto he sufrido al escuchar esas ansias de mi hijo moribundo, usted habría sido menos severa para juzgar de mi actitud.

»Hija mía: permítame que le dé este nombre, porque en el trance doloroso de la vida de mi hijo la he bendecido a usted desde el fondo de mi alma como lo he bendecido a él cuando sus ojos se cerraron para siempre.

»Venga a mi lado; mis brazos la esperan para estrecharla contra mi corazón... Venga, Delfina; tantas veces la he deseado... ¡tantas!

»Venga, lloraremos juntas a ese noble muchacho que hemos perdido. Yo me he impuesto la misión de quererla, y siento que la quie-

ro, porque usted era digna de mi cariño, porque usted era digna del cariño de Cristián.

»No he abandonado la quinta y no la abandonaré jamás. De esta casa, donde él ha sido tan feliz y tan desgraciado, haremos el santuario de nuestras plegarias y de nuestros recuerdos.

»Delfina: por la memoria sagrada de Cristián, haga usted ese sacrificio.

»La abraza cariñosamente, Eleonora de Morán.»

Al terminar la lectura de la carta, gruesas lágrimas corrían por las mejillas descarnadas del anciano, que no le permitieron ver desde el primer momento el semblante de Delfina, que, pálida como una muerta, no profería una palabra, ni derramaba una lágrima.

Ambos se miraban en silencio. Aquella carta no permitía comentarios. Era la voz de la conciencia y del dolor que implora. Era tan sincera y tan sentida en la expresión de la verdad, que por fuerza se imponía al respeto y a la conmiseración de Delfina.

Después de esa tregua de silencio, el señor Anselmo la interrogó con voz temblorosa por la profunda conmoción que lo embargaba:

—¿Qué harás ahora, hija mía?

—Iré, padre mío: estoy vencida; iré.

—Yo te acompañaré—exclamó el anciano, entregando a Delfina la carta con las más visibles muestras de satisfacción por la resolución de su hija.

Delfina se dispuso a enviar en seguida la contestación, en tanto que decía con acento de solemnidad y de amargura :

—¡ Ah, Julia ! ángel siniestro de aquella casa : ¡ cuántos daños has causado !... ¡ Dios te perdone como te he perdonado yo !

XVII

La entrevista de Delfina con la señora de Morán dió lugar a un episodio de dolor tan intenso, tan sentido, tan sincero, que era capaz de conmover aún al más indiferente.

Cuando la sirvienta de confianza abrió la puerta del salón para anunciar la presencia de Delfina, ésta vió avanzar desde el fondo, envuelto en la penumbra, algo como una sombra de mujer que se acercaba a ella con los brazos extendidos, sin proferir una palabra, y de pronto los arrojó sobre su cuello para exclamar con profunda emoción :

—Delfina, hija mía... cuánto le agradezco su carta y su presencia en esta casa... Sea usted bien venida.

Y besándola después repetidas veces en ambas mejillas mientras sus ojos se cubrían de lágrimas, exclamó :

—¡ Pobre hijo mío !... ¡ Ah ! ¡ si usted supiera

qué desgraciada soy, cuánto he sufrido y cuánto sufro aún ! ¡ Ah ! ya no resisto más—agregó la desconsolada señora, y se dejó caer en un sillón repitiendo entre sollozos y gemidos el nombre de su hijo.

—Es menester tener resignación y conformidad—dijo Delfina profundamente conmovida ante tanto dolor y sin encontrar más expresión de consuelo que ésas palabras que repetía como podría haberlo hecho con una persona cualquiera.

Después de un momento, la señora de Morán levantó sus ojos hacia ella, y envolviéndola en una mirada de ternura y de compasión, le dijo suspirando :

—Usted, pobrecita, usted también ha llorado mucho... Cristián la quería tanto...

Al oír estas palabras, Delfina se arrodilló delante de la señora, y tomando una de sus manos la besó respetuosamente mientras le decía con acento emocionado :

—Señora, mis ojos ya no tienen lágrimas, he agotado el sufrimiento hasta donde puede llegar una criatura desgraciada... ahora, rezo siempre por él y tengo fe en que mis oraciones aumentarán la paz de su alma. Le pido a Dios que le dé descanso en la bienaventuranza, en el seno de los buenos y de los justos, y a mí, todo el valor que necesito para cumplir con un voto...

—¿Un voto?—exclamó Eleonora interrumpiéndola.

—Sí, señora, y lo hubiera yo cumplido si los deberes sagrados que tengo cerca de mi anciano padre no me lo impidieran..

La señora de Morán comprendió todo el pensamiento de Delfina y tomándole cariñosamente las manos exclamó con acento maternal:

—Delfina, yo le propongo un cambio; le pido una tregua que de antemano debe concederme; su padre y yo necesitamos de usted, no nos abandone, y cuando el destino cumpla su ley con nuestra existencia, usted cumplirá su promesa y realizará su voto.

Delfina no pudo contestar; el pedido de Eleonora la impresionaba tanto y era tan tocante el acento con que pronunciara esas palabras, que sólo se limitó a mirar a la señora con sus grandes ojos azules, y después de un prolongado silencio, se concretó a decir:

—He pronunciado ya mis votos con un juramento solemne ante una imagen de la Virgen y ante la memoria de Cristián.

—¡Ah! usted no me ha perdonado, Delfina—exclamó la señora de Morán con amargura.

—Señora, una pobre mujer desdichada como yo no ha podido jamás molestar a usted con reproches y prevenciones que he alejado de mi co-

razón tan pronto como supe la triste nueva de la muerte de su hijo.

—Yo quiero que usted se quede en esta casa —exclamó la señora de Morán—, yo le suplico que usted me acompañe, que usted reemplace en mi corazón y en mis días tristes el cariño que he perdido; yo necesito también cumplir un voto, un voto también sagrado, porque es la voluntad de un moribundo. Es menester que yo la vea siempre, que tenga la ilusión del pasado, porque viéndola a usted, me siento cerca de Cristián, porque él la ha buscado en los supremos instantes de su existencia... quería verla... tal vez tuviera que decirle muchas cosas que la muerte no le ha permitido. ¡Ah, Delfina!—agregó después, con exaltación creciente—. Si usted me abandona, no sobreviviré por mucho tiempo a mi pobre hijo; cumpla usted a mi lado una obra piadosa, usted es buena y no rechazará esta súplica...

—Señora, estoy verdaderamente confundida con sus palabras... Usted ordena, disponga usted de mí—exclamó Delfina revelando en su semblante una emoción extrema.

—Gracias, gracias, hija mía—dijo Eleonora—; no sabe usted cuánto bien me hacen sus palabras... ¡Oh, cuánto me lo agradecerá Cristián!... Ya no tendré remordimientos... Yo no

hubiera podido vivir pensando en que involuntariamente, sin meditar en el dolor que causaba a mi pobre hijo y a usted, la había alejado de su lado, y que, con una crueldad que no está en mis sentimientos, no sólo no le permitía verlo, sino que, en el momento más penoso de su enfermedad, y cuando su presencia hubiera sido para él un consuelo inmenso, la alejé de esta casa como a una extraña, como a una mercenaria... ¡Oh Julia! ¡Cuánto daño has hecho! —agregó la señora como hablando consigo misma.

Mientras la señora de Morán se expresaba en esos términos, reveladores de los móviles de su conducta pasada, Delfina observaba el enorme cambio que se había verificado en su persona. Eleonora había envejecido en un año de una manera increíble. Los rasgos de su fisonomía, que le daban un sello característico de distinción y de belleza, se habían transformado en surcos profundos, como se observa en el semblante de las personas que sufren de una larga enfermedad. Sus cabellos encanecidos y alisados sobre las sienes aprisionados en una sencilla toca de Chantilly, la hacían aparecer de más edad de aquella que realmente tenía. Estaba demacrada, pálida, ojerosa y un tanto encorvada, ella, que marchaba siempre erguida y con la frente levantada. Vestía aún de riguroso luto

teniendo como único adorno un medallón que caía sobre el pecho, sostenido por una cadenilla de platino y en el cual se veía una artística miniatura con el retrato de Cristián, de un parecido notable.

—En esta triste soledad paso mis días—exclamó, mientras volvía a ocupar el sillón que había abandonado con la llegada de Delfina—. Usted será para mí un consuelo, usted será en adelante mi hija; yo quiero darle este título porque así lo hubiese querido nuestro pobre Cristián. Aquí, confundiremos nuestras lágrimas con nuestros recuerdos, rezaremos juntas, hablaremos de él; usted me contará sus amores perdidos y yo me haré la ilusión de que lo esperamos, de que debe llegar, de que está con nosotros... ¡Pobre Cristián, pobre hijo mío!—exclamó después de un momento de silencio y prorrumpió en una nueva explosión de llanto tan intensa, tan dolorida, que Delfina no pudo menos de emocionarse profundamente, sin encontrar ahora palabras que pudieran servir de alivio a la desconsolada madre—. Hija mía—agregó después de un momento, mientras secaba sus ojos—. Usted está en su casa, usted será la que gobierne y dirija todo, pues yo no tengo ya ánimo para ocuparme de esas cosas. Después que falleció Cristián, sólo una vez he

salido al jardín. Vivo en este encierro y paso los días en la habitación en que perdí a mi hijo, que he transformado en oratorio. Ya verá usted, Delfina; es una capilla del mejor gusto; todos los domingos viene un sacerdote a celebrar la misa, que escucho rodeada de las personas de servicio, y Pedro, el viejecito Pedro, que tanto quería a Cristián, ayuda la misa con unción tan grande, que ha concluído por impresionarme. ¡ Pobre Pedro! él también ha sentido esta gran pérdida; no pocas veces lo he sorprendido llorando como un niño cuando recuerda todas las generosidades y benevolencias de su joven patrón.

»Todos los días lleva flores para adornar el altar, sin dejar una sola vez de colocar un ramo de claveles de Italia, madreselvas y diosmas al pie de la cruz del Señor.»

El acto piadoso de Pedro hizo recordar a Delfina los ramos de claveles elegidos con que obsequiaba a Cristián cuando se reunían en el banco rústico de la avenida de los plátanos. Era un rasgo delicado del noble viejecito, una ofrenda que tenía para ella significación que por fuerza debía ignorar Eleonora. ¡ Cuánto se lo agradeció Delfina desde lo más íntimo de su corazón!

... ...

—Usted no me ha preguntado por Julia—exclamó la señora de Morán—, y me lo explico: el recuerdo de esa criatura ha debido ser para usted muy penoso, ¿es verdad, Delfina?

—Me es indiferente—replicó Delfina con una calma que agradó a Eleonora.

—Es usted muy buena, Delfina... es menester que la olvidemos y que seamos indulgentes con ella... No creo que pueda ser feliz—agregó después de una pausa.

—¿No es feliz?—exclamó Delfina con aire de sorpresa.

—¿Usted no sabe que se ha casado?

—Lo ignoraba por completo.

—Sí; Julia se ha casado. Ha realizado un matrimonio de conveniencia, pues no puedo creer que sintiera amor por el hombre que ha elegido.

—Julia estaba enamorada de Cristián—exclamó Delfina con toda naturalidad.

—No; se engaña, hija mía. Julia no es capaz de enamorarse, porque no es capaz de sentir toda la fuerza de una pasión. Indudablemente, tenía cariño por Cristián; habían vivido juntos; Cristián fué siempre muy bueno y obsequioso con ella, y era natural que se inclinara a él por una simpatía perfectamente explicable; además, ella era pobre, ambiciosa, amiga del lujo

y de la ostentación, y Cristián habría sido el mejor partido para conquistar la posición social a que ella aspiraba, y por estas mismas razones, olvidándose de sus altiveces y de la posición que ocupaba a mi lado, se resolvió a aceptar como marido al hijo de don Marcelino, aquel jovenzuelo ensimismado a quien el pobre Cristián había clasificado muy bien de parásito de la familia.

Delfina guardó silencio, dominada por el ambiente de aquel salón, que traía a su memoria nuevos recuerdos y nuevas impresiones. Como una visión fugaz se presentó ante su mirada absorta aquella noche de fiesta, en que del brazo de Cristián lo había recorrido agasajada y feliz, embriagada con el perfume de las flores, aturdida con los aplausos que habían merecido las notas que salieran de su garganta en ese momento de inspiración de artista enamorada, confundida en esa reunión selecta por tantas demostraciones de simpatía, y más que todo, por las palabras cariñosas y la actitud de Cristián. Aquel ensueño se había disipado y su recuerdo constituía ahora una nota dolorosa. El salón se presentaba frío, triste, como una habitación de casa abandonada. Ya no se veían flores en los artísticos jarrones, ni los colores del damasco y el brillo de los espejos con los reflejos de tan-

tas luces que se reproducían al infinito por una hábil combinación de sus numerosas lunas.

Los muebles, los cuadros, los objetos artísticos y los mismos espejos, cubiertos con fundas de tela a la cual el tiempo y el uso habían dado un color amarillento, parecían ellos también sensibles al dolor que se había adueñado de aquella casa.

Sobre una consola, dos candelabros de plata antigua conservaban aún en sus brazos los trozos de bujía con las pavesas retorcidas como un recuerdo fúnebre del día que se velaron en ese mismo salón los despojos de Cristián.

Delfina hacía vagar su mirada por todos los ámbitos, y en algunos momentos creía ver surgir de la penumbra visiones fantásticas con formas caprichosas. De encontrarse sola en aquella vasta sala invadida poco a poco por las sombras que avanzaban como tenues crespones al declinar el día, hubiera experimentado la impresión de la soledad y del abandono tan sugerente para inspirar temores y sobresaltos, y hubiera huído de aquel recinto en busca de luz, de aire, de vida y de movimiento, porque en aquel ambiente se respiraba el aire confinado de los antiguos claustros con ese olor característico que producen el abandono, la ausencia de luz y la humedad que impregna las paredes.

La señora de Morán permanecía silenciosa como concentrada en un pensamiento fijo, y Delfina no se atrevía a interrumpir esa quietud que se imponía a su espíritu, cual si ella adivinara las ideas que cruzaban en esos momentos por el cerebro de la señora. Había en ese silencio, en esa tranquilidad aparente, algo de solemne, de místico, de profundamente doloroso que inspiraba respeto, y que penetraba el alma de Delfina, abrumada también por sus propios recuerdos.

Los retratos de familia con la expresión severa y adusta de sus fisonomías inmóviles, parecían contribuir a aumentar la nota de tristeza y de desolación que dominaba en aquella sala.

XVIII

Era a fines de mayo cuando Delfina, acompañada de su padre, se instaló definitivamente en la quinta.

La señora de Morán le había exigido que su padre viviera también con ellos; por otra parte, no era posible que Delfina le abandonara, especialmente durante el invierno que se anunciaba ese año con rigideces de temperatura muy poco amables para una persona de la edad del viejecito.

Además, estando solo en la ciudad, no renunciaría a continuar sus tareas de maestro de piano y de violoncelo, algunas de las cuales tenía que desempeñarlas en el domicilio de sus discípulos.

Delfina había aceptado sin resistencia la nueva posición que le creara Eleonora, como un homenaje a la memoria de Cristián. No dudaba,

por otra parte, de que la señora procedía con la más profunda sinceridad, y que las revelaciones de su hijo pocas horas antes de morir habían producido en su espíritu el cambio de ideas y de conducta tan opuesta a la que siempre había observado para con ella.

El empeño que desplegaba ahora para persuadirla de que sentía por ella todo el cariño y toda la admiración que puede sentir una madre dolorida por una actitud tan abnegada, había convencido a Delfina de que no encontraría motivo para arrepentirse al vincular su existencia a la de Eleonora, desde que, por otra parte, sus sentimientos, sus recuerdos piadosos, sus oraciones y sus mismas lágrimas iban dirigidos a la memoria de un ser que ambas habían idolatrado en la medida de sus afecciones recíprocas. Pero en el espíritu delicado de Delfina se suscitaba de nuevo un punto obscuro que perturbaba un tanto su tranquilidad. Ella era pobre, no había contado con más recursos que aquellos que le proporcionaron sus tareas de maestra, y no era posible que aceptara sin restricciones, tanta generosidad, tantos beneficios para ella y su anciano padre, sin que su amor propio se sintiera herido. Y este hecho constituía para ella una continua preocupación y un problema,

que aun, a pesar de sus continuas cavilaciones, no había podido resolver.

... ...

Una mañana, más temprano que de costumbre, abandonó la casa para visitar los sitios donde habían transcurrido las horas más felices de su vida.

Era la mañana de uno de esos días grises que predisponen el ánimo a las ideas tristes. El ambiente estaba saturado con los vapores húmedos que parecían exhalarse de la tierra y de las plantas. Los árboles empezaban a despojarse de sus hojas que habían perdido ya su color verde brillante, y muchas de ellas habían tomado el aspecto de las láminas de hierro oxidado; otras parecían retazos de tela desprendidos de un traje de arlequín, mitad rojas y mitad amarillentas; todo el aspecto del jardín con las plantas descoloridas, sin su brillo y sin las flores con que la Naturaleza se engalana bajo los rayos tibios del sol de primavera, era también triste. Parece que en ciertos momentos, las cosas materiales tuvieran una sensibilidad especial para sentir y armonizar así con el estado de nuestro ánimo.

Delfina avanzaba lentamente, deteniéndose

de tiempo en tiempo para contemplar una planta, para desprender una flor, para traer a su memoria un recuerdo de los tantos que guardaban esos lugares queridos.

Dominada por sus pensamientos íntimos, se forjaba ahora la ilusión de que Cristián no había muerto, de que estaba próximo a ella y de que la esperaba como en otros tiempos alegre y sonriente en el banco rústico de la avenida de los plátanos.

Al doblar una calle se encontró de pronto con los grandes rosales, e involuntariamente se estremeció; el recuerdo de Julia y sus vaticinios funestos sobre esas plantas se presentaba vivo a su memoria, y sin saber por qué, le pareció que estaban mustias y tristes como flores doloridas.

Era que el jardín estaba un tanto descuidado, no se veían ya las huellas de la mano inteligente y cuidadosa de Pedro. Así, todo respiraba tristeza y olvido, y en no pocas calles habían invadido los yuyales para aumentar aún más la expresión de soledad y de abandono que reinaba por todas partes.

Cuando Delfina llegó a la entrada de la avenida de los plátanos, sintió que su corazón se oprimía y que tenía necesidad de hacer inspiraciones profundas, pues le parecía que faltaba

aire a sus pulmones. Se detuvo un momento para recostarse en el tronco añoso de uno de los gruesos árboles, indecisa si debía avanzar o alejarse de aquel sitio. Pero sus recuerdos la atraían como un llamado misterioso hacia aquel banco rústico donde todas las tardes esperaba a Cristián, y donde por primera vez había oído de sus labios enamorados tantas y tan dulces promesas. Después de un último instante de vacilación, se encaminó hacia él. A poca distancia, antes de llegar, una bandada de gorriones asustados alzó el vuelo para refugiarse en las copas de los plátanos, y cuando contempló de cerca el asiento rústico, cerró sus ojos instintivamente para fijar después con más seguridad la visión que tenía por delante: todo el asiento, como la losa de un sepulcro, estaba cubierto de claveles, de madreselvas y diosmas, secos y marchitos por la acción del tiempo.

—¿Es ilusión mía—exclamó Delfina, restregándose nerviosamente los ojos con ambas manos—o es una realidad que debo creer y palpar para convencerme? ¡Ah! ésta es obra de Pedro—dijo Delfina presa de una intensa emoción—. Debajo de tu corteza burda como la de estos plátanos se oculta un alma delicada, capaz de sentir en una forma exquisita estos refinamientos de piadosa devoción. Eres tú segu-

ramente quien ha tratado de conservar este recuerdo y has traído la ofrenda de sus flores perfumadas y predilectas para adornar este sitio de nuestros amores perdidos y de tanta dicha pasada.

Delfina cayó de rodillas ante ese banco que representaba para sus recuerdos algo como el altar donde se consagró la unión de sus dos almas. Oró largo rato, y después de besar las flores, que en efecto había colocado Pedro, huyó de ese sitio con el alma desolada...

... ...

Al encontrarse esa mañana con la señora Eleonora, tuvo una inspiración súbita, una idea que de pronto había germinado en su cerebro y que se le presentaba rodeada de proyecciones simpáticas. Así, después de saludarla con la expresión afectuosa de costumbre, le dijo con aspecto risueño:

—Señora: tengo que transmitirle una idea que, si merece su aprobación, constituirá para mí un motivo más de gratitud hacia usted, y para usted, seguramente, una satisfacción que podrá compensar en parte sus horas de soledad y de tristeza.

—¿De qué se trata, hija mía?—exclamó la señora un tanto sorprendida.

—Se trata de fundar una escuela para los niños pobres...

—¿Aquí en la quinta?

—Aquí mismo, señora...

—¡Delfina!—exclamó la señora con jubilosa entonación—. Usted es un ángel; es una idea brillante, luminosa, que pondremos en ejecución inmediatamente.

—De modo que...

Eleonora la interrumpió para abrazarla efusivamente.

—Hija mía, si es en lo que yo había pensado más de una vez... No precisamente en una escuela, sino en alguna institución de caridad a la memoria de Cristián, y que llevara su nombre... Ahora, la idea de usted concreta mis pensamientos y nada encuentro que realice con más ventaja esa aspiración mía. Desde hoy mismo discutiremos el punto en todos sus detalles, con la intervención del señor Anselmo, y mañana manos a la obra—exclamó Eleonora transfigurada por la satisfacción del bien que iba a realizar y de haber encontrado por fin la manera de darle forma.

—¡Cuánto le agradezco, señora, que usted haya aceptado esta idea con tanta decisión, y cuán-

tos beneficios procurará usted a esas pobres criaturas desheredadas injustamente de la instrucción y de las enseñanzas de que tanto necesitan!

—¿Y usted será la directora? ¿Usted sola podrá atender tantas tareas?... ¡Oh, yo la ayudaré, Delfina!... ¡Y qué grato me será emplear mi tiempo en bien de esos pobres niños!...

Al oír los propósitos de Eleonora, Delfina sonrió con una expresión de ternura tan marcada, que no pasó inadvertida para Eleonora.

—¡Ah, Delfina! ¡si usted leyera dentro de mi cerebro, ya vería cómo se han modificado mis sentimientos y mis ideas; cómo miro y considero ahora los hechos y las personas de una manera tan diversa de otros tiempos!... ¡Ah! ¡a usted le debo esta transformación!... En fin, hablemos ahora de nuestra escuela. Su papá también podrá ayudarnos—agregó la señora—. ¡Pobre viejecito! a veces se me ocurre que lo hemos sacrificado en esta soledad tan monótona, en la que aun no puede pasar sus horas entretenido con su violoncelo o con el piano. Pero existe una manera de remediar su tedio y en la que aun no había pensado: haré llevar el piano junto al armónium del oratorio y allí podrá hacer música sagrada, y usted misma podrá acompañarla.

Delfina sonrió de nuevo, y con aire agradecido exclamó:

—Mi papá está muy bien y muy contento. Se ocupa de jardinería con Pedro, y esa tarea lo entretiene muy agradablemente. El cuidado de las plantas es como el cuidado de los niños; ellas agradecen el riego, el calor y la luz con manifestaciones evidentes—dijo Delfina riendo de la ocurrente comparación—. Sus manifestaciones de agradecimiento las encontramos en las flores perfumadas y hermosas y en las frutas deliciosas que nos brindan en proporción al interés que desplegamos por su existencia y por su prosperidad.

XIX

Con el proyecto de instalación de la escuela, al fin había resuelto Delfina el problema que tanto la había atormentado y que tanto escozor producía en su amor propio. En adelante no viviría en la quinta como una persona amparada por la munificencia de la señora de Morán, ni su padre como un inválido al cual se ofrece un generoso refugio para la vejez. Ella volvería a ganar su pan con el trabajo diario, además de realizar una obra altamente meritoria y patriótica.

La señora Eleonora estaba verdaderamente encantada con el proyecto, y como una persona enferma que sale de un período de letargo, emprendió por sí misma, con una actividad sorprendente, la tarea de dirigir las instalaciones a fin de que la escuela pudiera funcionar en el más breve plazo.

La idea de ver aquella casa triste y silenciosa, como una mansión abandonada, convertida en un centro de vida, de actividad y de bulliciosa alegría infantil, se reflejaba de una manera intensa en su espíritu, produciendo insensiblemente una tregua benéfica a su dolor.

Comenzaría para ella una nueva existencia, aplicada noblemente a hacer el bien y a compartir con generosidad señorial con los seres más humildes las rentas de su cuantiosa fortuna y la que había heredado por la muerte de su hijo.

Su entusiasmo no tenía límites. A cada paso exteriorizaba apresuramientos que hacían sonreír a Delfina, pues la señora de Morán estaba en todo. Estimulaba a los constructores con primas, fuera de los convenios escriturados, y a los trabajadores con dádivas generosas a las que no estaban acostumbrados y que se traducían en otras tantas bendiciones.

Los niños pobres tendrían enseñanza escolar según los sistemas más adelantados, tendrían un precioso uniforme discutido y aprobado en consejo pleno, compuesto por la señora, el señor Anselmo y Delfina. Además, se les proporcionaría alimentos, horas de recreación, con juegos adecuados, con el agregado de un pequeño teatro, a fin de ampliar aún más el programa de su filantrópica iniciativa.

Diariamente, durante largas horas, discutían con Delfina los detalles más minuciosos, a fin de que la escuela pudiera funcionar sin entorpecimiento alguno, y era tal el sentimiento de íntima satisfacción que revelaba en todas sus palabras y proyectos la señora Eleonora, que un día, en una de esas sesiones preparatorias, Delfina no pudo menos de exclamar :

—Señora, a este paso, y con todos los agregados que usted proyecta, concluirá usted por desalojarse de su propia casa para convertirla en un vasto asilo.

Eleonora sonrió con marcada expresión de amargura, y replicó :

—Ese proyecto vendrá a su tiempo... Usted ha adivinado mi pensamiento.

... ...

Dos meses después, la escuela había empezado a funcionar. Todas las mañanas, un cómodo carruaje construído expresamente conducía a la quinta bandadas de niños que se disipaban bulliciosos por las amplias avenidas y calles del jardín, entretenidos en sus juegos, hasta que el número fuese completo y el toque de campana los llamara a clase.

La señora de Morán contemplaba enterneci-

da desde la terraza la llegada de los niños, y provista de golosinas las repartía amorosamente a esas pobres criaturas, cual una madre afectuosa pudiera hacerlo con sus hijos.

En el conjunto, tenía ella sus predilectos : una niñita de rara belleza que había perdido su madre era la simpatía de la señora.

—¿Cómo te llamas?—le dijo una mañana, descubriéndola de entre un grupo que había dado caza a un gorrión y discutía ruidosamente los mejores derechos sobre el prisionero y la manera de alojarlo.

Uno de ellos, un chicuelo de fisonomía franca y resuelta, quería imponerse con cierto despotismo ; de ahí las protestas de los demás.

—*Nenera* me llamo—dijo la niña, fijando en la señora sus grandes ojos rasgados, inteligentes y expresivos, de iris azul de mar.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho años, señora...

—¿Son muchos hermanitos?

—Somos cinco... Tres varones y dos niñas... y otro que murió porque mi mamá no tenía leche para darle...

Al oír este relato, la señora de Morán se estremeció... «Murió de hambre—pensó para sí horrorizada—. ¿Cuántos como él?... ¡pobrecito!»

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Yo lo sé porque mi papá siempre lo dice.

—¿Y tu papá en qué trabaja?

—Es peón del ferrocarril.

—¿Y quién cuida de tu casa y de tus hermanitos?

—Antes de venir a la escuela, yo y mi hermana... que es mayor... se llama Albertina, pero todas le decían Tina, y mi papá también...

—Y tú, tan chica todavía, ¿qué sabes hacer?

—¡Oh! yo sé hacer muchas cosas—contestó la chicuela con aire de engreimiento—. Yo sé cocinar, sé lavar y planchar, sé remendar ropa...

—¿Y qué más sabes hacer?—dijo la señora de Morán, contemplando ahora enternecida a la pequeña ama de llaves, que alzaba un palmo del suelo...

—¡Ah! yo sé preparar la sopita para el nene, yo lo cargo para hacerlo dormir, y de noche, cuando llora, se asusta y llama a mamá, yo me levanto, lo cargo, lo hago pasear, le doy azúcar para que se calle y duerma y le digo que mamita está en el cielo.

En ese momento se oyeron los toques de campana que llamaban a las niñas. *Nenera* hizo una reverencia a la señora y corrió a reunirse con sus compañeras, que en filas de a dos se en-

caminaban a la sala de clase cantando una estrofa apropiada al acto y que había compuesto Delfina.

—¡ Pobrecita !—exclamó la señora de Morán, viendo alejarse a la niña dando saltos y palmoteos de alegría— : tan linda, tan despejada y tan conforme en su inocencia infantil con la crueldad de su destino.

Estos episodios de la vida real, de los cuales tuvo que imponerse muchas veces cuando se entretenía en conversar con los niños, llevaban a su ánimo un sentimiento de satisfacción y de bienestar tan grande, que cada día se felicitaba más y daba gracias a Dios por la inspiración que había tenido Delfina en procurarle con ese bálsamo de la caridad un alivio tan eficaz.

Cada niño de los que concurrían a la escuela representaba una historia viva de miserias, de privaciones, de desdichas y no pocas veces de lágrimas. Eleonora informábase con interés de todas ellas para derramar en esos humildes hogares el consuelo de una ayuda inesperada. Así, no se limitaba a la protección de los niños ; sus manos generosas enjugaban no pocas de esas lágrimas y rescataban no pocas miserias y amarguras.

Durante la noche se reunían en el comedor, y

en las largas veladas de invierno, mientras ardían en la chimenea grandes trozos de espinillo, que daban al ambiente una temperatura suave y acariciadora, el tema de conversación obligado era la escuela. Delfina daba cuenta de sus progresos, del adelanto de los niños; leía a la señora las notas de aquellos que más se habían distinguido, y no pocas veces refería anécdotas jocosas cuyos protagonistas eran los mismos niños en sus inagotables travesuras.

Durante estas amables veladas se entretenían al mismo tiempo en confeccionar ropitas para las niñas pobres que por su edad no podían aún concurrir a las clases. Otras veces, en preparar el programa de alguna fiesta a la cual invitaban a los padres de las niñas.

El señor Anselmo, sentado en uno de los extremos de la mesa, una verdadera figura patriarcal, hojeaba las revistas, y cuando encontraba algo que pudiera interesarlas, leía en voz alta, haciendo después los respectivos comentarios.

Corría así apacible y llena de gratas impresiones la existencia de estas personas, distanciadas ayer por los prejuicios y convencionalismos sociales, y vinculadas hoy por la desgracia y el dolor, que tanto acercan a las almas buenas.

Al verlas en esas noches de invierno, reunidas en el vasto comedor, tranquilas y al parecer satisfechas, se hubiera creído que constituían una sola familia. El recuerdo de Cristián no se borraba de su memoria ni de sus corazones; pero, ese sentimiento, que antes se exteriorizaba con explosiones de dolor y de lágrimas, se había concentrado ahora en un verdadero culto al cual se vinculaban las plegarias que diariamente elevaban a Dios en el pequeño oratorio de la quinta.

Después de terminadas las lecciones, y cuando los niños reunidos en el comedor que expresamente se les había destinado, habían tomado la merienda que la misma señora de Morán se complacía en servirles, se retiraba acompañada de Delfina, satisfecha cual si hubiese cumplido una alta misión, para encerrarse ambas en el oratorio, donde permanecían hasta la hora de la cena.

Era tan grande la complacencia de Eleonora ante el éxito de la escuela y las prácticas de caridad inagotable con que distribuían su tiempo, que un día, después de haber discurrido con el mayor entusiasmo respecto de ese tema, la señora de Morán dijo a Delfina:

—¿Y todavía persiste usted en dar cumplimiento a sus votos?

Delfina se daba cuenta día a día, de que ese pensamiento se amortiguaba siempre más en sus recuerdos, y que con el ejercicio de la enseñanza, las prácticas piadosas y la caridad en las que tomaba parte acompañando a la señora Eleonora, aquel juramento, pronunciado en un instante de supremo dolor y de desesperación infinita, no se imponía ya a su espíritu como un mandato ineludible.

Sintió como si desde el fondo de su alma surgiera una voz más poderosa que su voluntad, y que imponía nuevos rumbos a su existencia ofrecida en holocausto al ideal purísimo de sus perdidos amores. Su corazón estaba vencido. Ahora era su cerebro de mujer sensata e inteligente, el que abría ante ella otros horizontes, otros atractivos, y a semejanza del símbolo de la fe cristiana murmuraba dulcemente a su oído el triunfo de su nueva vida: «con esas prácticas vencerás».

—¡Y al fin he vencido!—exclamó después de un momento de silencio y contestando así a la pregunta de Eleonora cual si hablara consigo misma.

—¡Bendita seas!—exclamó la señora de Morán, atrayéndola con un abrazo cariñoso y besándola en la frente.

La visión luminosa de la hermana Josefa surgió de los pasados recuerdos para llevar de nuevo a su oído el eco de sus palabras proféticas : «ambas hacemos el bien ; es una gran recompensa...»

XX

El cementerio del pueblo de C... está situado en una loma que termina en declive suave hacia el poniente y al pie de la cual corre un arroyo que serpentea en una vasta extensión de verdura, circundado en ambas orillas por sauces añosos que inclinan sus ramas lloronas como gigantescas cimeras hasta hundirlas en las aguas, siempre mansas y cristalinas.

Por entre el tupido ramaje de los sauces asoman de trecho en trecho los racimos de flores color de sangre de los ceibos torcidos y encorvados, y en el borde, surgiendo de las aguas, juncales y espadañas, donde las aves acuáticas ocultan sus guaridas.

Esos sitios, con sus bellezas naturales, eran el punto de reunión predilecto de los habitantes del pueblo y de la multitud de veraneantes que acudían todos los años.

Allí, bajo el follaje de los árboles que proyec-

taban grandes manchas de dulcísima sombra, se celebraban alegres meriendas y no pocas veces en los pasajes más frondosos podían sorprenderse juveniles parejas que tenían necesidad de substraerse a la curiosidad de los demás para decirse libremente sus cuitas de enamorados. La vecindad del cementerio no era motivo para que faltaran a esas reuniones y a esos idilios la animación, la alegría ruidosa y la despreocupación más completa; por el contrario, la mansión de los muertos parecía tener atractivos especiales, pues era una visita obligada de casi todos los paseantes, una vez agotado el improvisado programa de sus fiestas y excursiones.

Después del descanso sobre la hierba perfumada con el trébol y la variedad de flores silvestres que prosperaban en las orillas del arroyo, el cementerio era un nuevo punto de reunión. Es que ese cuadrado de tierra dividido en secciones simétricas, con sus bien alineadas calles de árboles, entre las que predominaban los cipreses sugestivos con sus altas copas en forma de conos y la multitud de plantas y flores con que la piedad de los deudos mantenía el recuerdo de sus muertos queridos, no inspiraba sentimientos de tristeza, de soledad y de la nada de la vida, como sucede en los cementerios de las grandes ciudades.

En ese recinto no se encontraban las vanidosas ostentaciones de la riqueza y del arte, que en la mayoría de los casos no son sino un exponente disimulado de la ambición de los vivos. Allí todo era sencillo y humilde : modestas cruces de madera y de hierro con inscripciones medio borradas por el tiempo, algunas lápidas de mármol rodeadas con una verja también de hierro y a la que trepaban tupidas enredaderas con flores olorosas y campánulas azules. Antiguos sepulcros en forma de capillas dentro de los cuales ardían pequeñas lámparas pendientes de la cúpula.

La tumba de Cristián estaba también allí. Un cuadrado de mampostería levantado medio metro del suelo y cubierto con una gran chapa de mármol blanco, en la que se veían escritos en letras de bronce el nombre y apellido del extinto, la fecha de su nacimiento y el día de su muerte.

El modesto sepulcro estaba rodeado por un macizo de verdura, y de trecho en trecho hermosas plantas de rosas, que lo cubrían en parte con sus ramas floridas.

Todas las mañanas Pedro era infaltable al fúnebre recinto. Las mejores y más fragantes flores de la quinta eran para adornar el sepulcro, y su celo para cumplir la piadosa ofrenda había

llegado a impresionar tanto a la misma señora de Morán, que jamás se atrevía a pedir flores al viejo jardinero. Pedro hacía un reparto equitativo entre las que colocaba en el oratorio, aquellas que destinaba al sepulcro de Cristián, a su patrón, como él decía, y las que reservaba para el adorno de la casa, que entregaba invariablemente a Delfina.

... ...

Una tarde, después de terminar las tareas de la escuela, Delfina, acompañada de su padre, tomó el camino del cementerio llevando el inolvidable ramo de claveles de Italia, madreselvas y fragantes diosmas en flor. Esas visitas piadosas las repetía con frecuencia; generalmente, los domingos muy de mañana.

Complacíanle la soledad, el silencio y de una manera especial la ausencia de esos visitantes para quienes el sagrado recinto constituye un medio de distracción, formando así un contraste poco simpático con el recogimiento que deben inspirar el descanso y la paz de los que fueron.

Esa tarde, a la entrada de la primavera, la Naturaleza parecía regocijarse con el resurgimiento de la vida de las plantas y de las flores,

con el canto de las aves que corrían de rama en rama buscando sitios apropiados para hacer sus nidos.

Pero el recinto del cementerio estaba cubierto como por una fina trama de hilos de oro, irradiaciones de iris del sol poniente que se dibujaba en el horizonte como una hostia inmensa, roja, que se hundía poco a poco en los abismos de nubes apiladas en grupos caprichosos y que cambiaban de color y de formas a medida que avanzaba la hora del crepúsculo.

La mansión de los muertos estaba casi desierta. Algunos visitantes retardados iban desfilando por la calle central en dirección a la salida; en el fondo se distinguía una pareja entretenida, al parecer, en la lectura de las inscripciones que cubrían las lápidas.

Delfina se dirigió, como de costumbre, por una de las calles laterales, y a poco andar torció a la derecha, y después de algunos pasos se detuvo. En ese sitio estaba la tumba de Cristián.

Su padre, respetando la intimidad de sus sentimientos, comprendiendo cuán grato le sería el estar sola para entregarse a sus prácticas piadosas, deteníase invariablemente a la entrada, en tanto se procuraba un descanso en el banco del guardián.

Arrodillada delante del sepulcro después de

haber depositado sobre él el ramo de claveles, apoyaba sus brazos sobre el mármol, mientras que, con las palmas extendidas sobre la frente, ocultaba su semblante a la mirada de los extraños.

Abstraída en sus oraciones y en el cúmulo de recuerdos que acudían a su memoria, largo rato había permanecido en esa actitud, sin apercibirse de que la pareja que había observado en el fondo cuando ella entrada venía caminando en dirección al sepulcro de Cristián.

Al rumor de la alegre conversación que parecían sostener, Delfina levantó instintivamente la cabeza, y cuáles no serían su estupor y la sorpresa dolorosa que en ese momento experimentara, cuando vió cerca de ella a Julia del brazo de su marido...

—¡ Julia !—exclamó fijando en ella una mirada que hubiera expresado muy bien el espanto que podría producir una aparición de ultratumba, e inclinando súbitamente la cabeza, casi hasta apoyar la frente sobre el mármol, volvió a ocultar su semblante con ambas manos.

—¡ Delfina !—exclamó a su vez Julia, llevando una mano al corazón, cual si se sintiera desfallecer.

Permaneció un instante como indecisa, dirigió una mirada triste hacia el sepulcro de Cris-

tián, y, después de suspirar profundamente, prosiguió su camino sin proferir una palabra.

Su marido la observaba con aire de atontamiento y sin encontrar explicación a la sorpresa y a la actitud de Julia en presencia de aquel encuentro inesperado.

Estaba intensamente pálida y sus piernas temblaban, como si fuera presa de un escalofrío.

—¿Qué te pasa?—exclamó de pronto el marido, notando que el brazo de Julia, que se apoyaba en el suyo en actitud de abandono, estaba agitado por contracciones que en vano quería dominar.

Julia no contestó, y antes de dejar el sagrado recinto, volvió la cabeza en dirección al sitio donde dejara a Delfina, hizo devotamente la señal de la cruz, en tanto que murmuraba, con voz emocionada: «Le disputé su cariño... ¡Qué injusta y mala he sido con esa pobre criatura!... Ella es mejor que yo... ¡Oh! lo quería realmente...»

FIN